

Bárbara Alpuente

El amor se me hace bola

¿Y si tu vida no se parece
a lo que habías planeado?...
¿Y si es todavía mejor?



Lectulandia

«Me han dicho que el hombre de mi vida aparecerá cuando menos me lo espere, pero... ¿cuánto tiempo tengo que no esperármelo para que aparezca?».

El amor ya no dura mil años. A pesar de la presión social, cada vez son más las mujeres que no siguen los patrones vitales marcados por madres y abuelas. Muchas no acaban de encontrar al hombre de su vida, ni falta que les hace. ¿Son fracasadas o son pioneras de un nuevo modelo de feminidad? Bárbara Alpuente se convierte en una divertidísima antiheroína y nos ofrece una historia, a caballo entre la ficción y el retrato generacional, sobre las vicisitudes que comporta ser mujer en el siglo XXI. ¿Quién no ha ido alguna vez a la peluquería para reforzar su autoestima y ha salido hundida en la miseria? ¿Quién no ha vivido sola y se ha comprado 400 gramos de jamón de york porque la cifra sonaba de lo más razonable? ¿Y quién no ha pensado que moriría sola, bien sola, víctima de un trozo de fuet atrapado en la garganta?

Lectulandia

Bárbara Alpuente

El amor se me hace bola

¿Y si tu vida no se parece a lo que habías planeado?... ¿Y si es todavía mejor?

ePub r1.1

Jacomus 04.12.14

Título original: *El amor se me hace bola*

Bárbara Alpuente, 2014

Ilustraciones: Kira Oriola

Diseño de cubierta: Kira Oriola

Editor digital: Jacomus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DECÁLOGO: DECLARACIÓN DE INTENCIONES

La venda antes de la herida.



Las páginas que os disponéis a leer no forman parte de un alegato a la soledad, sino a la libertad, sea lo que sea eso.

El amor se me hace bola ridiculiza tanto a hombres como a mujeres, porque todo comportamiento humano es susceptible de ser parodiado. Si no piensas así, es mejor que te abstengas de leer este libro (siempre y cuando no te abstengas de comprarlo).

No sugiero que estar soltera sea la situación ideal, así como tampoco creo que lo sea estar en pareja. De hecho, no confío en que la situación ideal exista.

Ésta es mi visión de la vida, no represento a nadie y mucho menos a un género. A ratos ni siquiera me represento a mí misma.

Este libro no pretende fomentar la guerra de sexos. En esta batalla, más mediática que real, yo me declaro neutral.

En el punto anterior me ha salido un pareado sin haberlo preparado.

En el punto anterior me ha salido otro pareado, pero éste sí que estaba preparado.

Los dos puntos anteriores no aportan absolutamente nada a este decálogo.

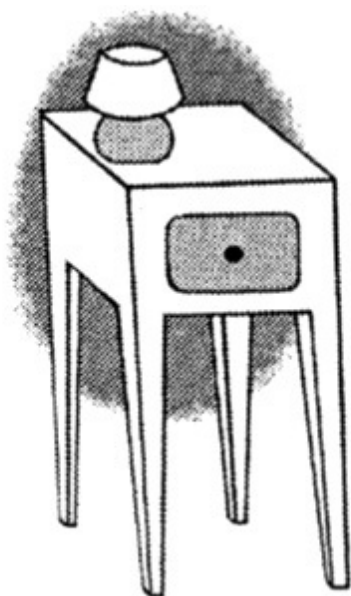
Os recomiendo que no me toméis muy en serio; al menos no más de lo que lo hago yo.

Éste es el décimo punto para poder llamarlo «decálogo», pero es que sólo me salían nueve.

Y ahora ya sí, podéis empezar a leer... ¡Qué nervios!

INTRODUCCIÓN: EL AMOR SE ME HACE BOLA

Póngame una mesilla de noche.



Tras mi última separación me mudé a la casa en la que vivo ahora. No tenía nada y debía empezar de cero a amueblar mi nuevo hogar; metáfora inevitable de lo que empezaba a ser mi vida.

Recorrí los pasillos de una tienda de muebles de mi recién estrenado vecindario buscando dos mesillas de noche. Era el último toque que me faltaba para poder llamar «hogar» a mi nuevo apartamento.

Por fin localicé un diseño que me gustaba, pero sólo tenían una mesilla y yo quería dos, como todo el mundo, como la gente normal que confía en encontrar a alguien a lo largo de su vida, y ese alguien merece su propia mesilla de noche... Y si no merece una mesilla de noche es evidente que tampoco me merece a mí como novia.

Así que me fui a casa y quedaron en avisarme cuando les llegara la pareja, porque las parejas de los muebles llegan con mucha más facilidad que las parejas de algunos seres humanos (tipo yo).

No había pasado ni una semana cuando recibí la llamada del encargado de la tienda. Mis mesas gemelas me estaban esperando. Llegué allí, comprobé que estaban en buenas condiciones y, cuando me encontraba a punto de pagar, tuve un momento de lucidez (porque esto a veces me pasa). Ya no quería dos mesillas de noche. ¡Quería sólo una!

¿Por qué? ¿Y por qué no? ¿Por qué tengo que planear mi vida basándome en un futuro en pareja? ¿Por qué tiendo a repetir el estereotipo? ¿Por qué no empezar la aventura rompiéndome los esquemas?

Esta nueva etapa la afrontaría sola. No estaba dispuesta a condicionar mi destino

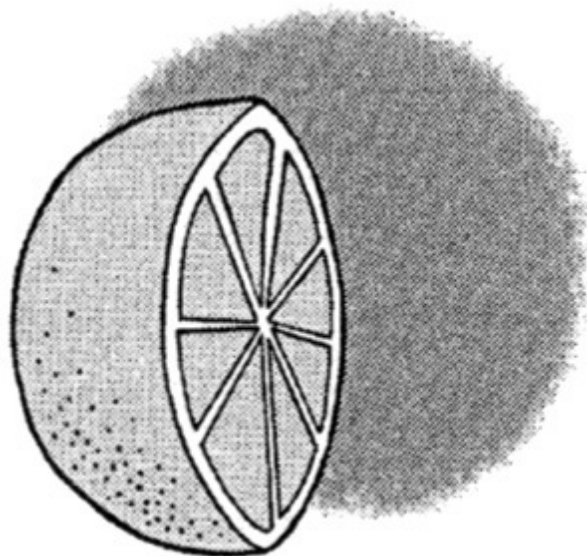
con la búsqueda de un hombre. Ya no.

Desde entonces vivo con una sola mesilla de noche.

Pero no ha sido sencillo llegar hasta aquí...

1. HOLA, ¿ESTÁS SOLA?

La autosuficiencia tiene un límite: el omóplato.



Iba yo *enmimismada* caminando por una estrecha acera cuando, de repente, veo aproximarse a una pareja que avanza hacia mí con paso decidido. Parecen contentos, se ríen y se hacen carantoñas. Yo levanto la cabeza y les reto a que intenten pasar, pero la parejita no muestra intención de apartarse o de soltarse las manos para que quepamos todos. Ellos esperan claramente que les ceda el paso, pero mi madre desde muy pequeña me enseñó a cederles el paso sobre todo a las personas mayores y de las parejas «felices» nunca mencionó nada (nótense las comillas escépticas). Les miro sin pestañear, cada vez están más cerca, caminan rápido, yo acelero también el paso, estamos ya a la misma altura de la calle, y cuando ya casi vamos a chocar, ella le suelta a él la mano y en posición de fila india pasan a mi lado a regañadientes. La calle es MÍA. ¿Qué he ganado con este reto estúpido? Pues oye, yo me entretengo, y por otro lado pretendo acabar con la tiranía de las parejas que creen que por ser más en número merecen más espacio. A ver si por estar sola voy a tener que arrinconarme para que vosotros disfrutéis de vuestro amor. No. Solidaridad la justa, que os venís muy arriba.

Algunas veces estoy tomando un café junto a un ventanal, ocupando una mesa grande yo sola, y entran dos que se creen muy enamorados pero que acabarán rompiendo como todo el mundo, y me miran como diciendo: «Quítate, vete a una mesa pequeña y deja paso a los que vamos en pareja». Pues mira, ahora que lo pienso, igual echo aquí la tarde...

Y en otras ocasiones voy sentada en el metro y a mi derecha se sienta una chica y a mi izquierda un chico, intuyo que son pareja y podría moverme, pero no lo hago por su bien; todos sabemos que la distancia en el amor es muy sana. Mírame a mí, que

estoy a años luz de mi alma gemela y lo feliz que soy.

Los solteros debemos protegernos de la aparente felicidad de las parejas, porque todo el mundo sabe que se trata de un complot para que nos sintamos desgraciados por no seguir el rumbo del sistema. Cuantos más seamos, más peligra el modelo familiar, por eso los solteros damos miedo, somos peligrosos, independientes, subversivos, transgresores, somos... ¿paranoicos? Bueno, sí, un poco, pero aun así, hagamos algo juntos por el bien de nuestra comunidad de solteros. Cuando veamos a una pareja besarse, acerquémonos para preguntar por una calle; cuando vayan cogidos de la mano, pasemos por en medio fingiendo despiste, y cuando alguien hable con su enamorado vía móvil, iniciemos una conversación a gritos con quien sea lo más cerca posible de su oído. Sí, compañeros, camaradas, la vida en pareja nos lo ha puesto muy difícil y ya es hora de que seamos nosotros los que tomemos las riendas. A fin de cuentas, no tenemos nada que perder... Ellos sí. (Aquí va una risa maléfica).

Estar soltera no significa nada en sí mismo. Lo importante es si una está bien sola o está tristemente sola. Y si estás tristemente sola quiero advertirte que el destino se encargará de que tu sentimiento victimista se agudice en cualquier contexto.

La autocompasión funciona como imán de situaciones humillantes, y si caminas por tu triste existencia inmersa en tus dramas y centrada en tus pensamientos obsesivos, lo más probable es que ése sea el día en que unos niños que juegan al fútbol te den un balonazo en la cabeza delante de todo el mundo. Ése es también el día en que un perro en celo se sube a tu pierna intentando aparearse con tu rodilla y la gente a tu alrededor ríe ante la escena. Y si hay un excremento canino en la acera, tú serás la primera en meter el pie con la sandalia, también delante de TODOS. Porque, de alguna manera, es como si el resto del mundo evidenciara lo sola o tonta que te sientes asistiendo como testigo a nuestros mayores ridículos.

Un día en el que las paredes de casa se me caían encima, decidí no esperar a que alguno de mis amigos tuviera un rato para salir y me senté sola en la plaza a tomar el sol y respirar el aire contaminado de mi ciudad. Hasta aquí todo bien. De repente, vi que un chico me miraba mucho, pero mucho. No me quitaba ojo y ya era muy evidente que se había fijado en mí. Finalmente, el tío le echa valor, se acerca con una mano levantada, saludando alegremente, y pienso: «Qué majo, qué lanzado y cómo debo de gustarle para acercarse así». Levanto mi mano, correspondo a su saludo sonriente y, cuando está ya a menos de un metro de distancia, compruebo que unos amigos suyos están justo detrás de mí.

Me gustaría poder contaros cuál fue la reacción tanto de los amigos como del protagonista de toda esta confusión, pero no puedo deciros si se rieron mucho o poco, porque yo mantuve la mano levantada, haciendo gestos hacia el horizonte y fingiendo que alguien me saludaba a mí en la lejanía. Me incorporé muy digna del poyete y emprendí el camino hacia mis amigos imaginarios con una amplia sonrisa, cuando lo único que me apetecía era llorar y autocompadecerme.

POBRE DE MÍ

Parece una tontería, pero no es fácil autocompadecerse con dignidad. Algunos piensan que se trata de sentir pena de uno mismo en los malos momentos, pero eso es muy fácil y no tiene ningún mérito; lo difícil es aprender a convertir todos tus momentos en los peores de tu vida. La autocompasión necesita hechos, referencias, recuerdos y experiencias traumáticas para poder alimentarse. Para mantener un buen nivel de autocompasión es muy importante convertirlo todo en irreversible.

Pondré un ejemplo para los que tenéis menos experiencia en este campo (optimistas ha habido siempre, no me preguntéis por qué): cada frase que nos venga a la cabeza debe estar acompañada de un anexo todavía más negativo. No puedo escribir... y no podré hacerlo nunca. Me ha dejado mi novio... y nadie volverá a enamorarse de mí jamás. Hoy me encuentro más animada... pero no durará mucho. La vida es una mierda... y además es corta.

A las que hemos sido expertas en materia de autocompasión ya nos toca dejarla atrás, a ser posible para siempre. Y para salir de ella no nos queda más remedio que entregarnos a la comedia involuntaria y a relativizar nuestra soledad cuando nos duela.

Hace un tiempo me invitaron a una fiesta multitudinaria en la que iba a encontrarme con un montón de gente del pasado. Me compré un vestido para la ocasión, y mientras me arreglaba en casa decidí que mi flequillo merecía varias HORAS de dedicación. Mi flequillo es un tema menor en circunstancias normales, pero como estaba yo un poco insegura y muy centrada en ponerme guapa, me parecía un detalle esencial. Flequillo arriba, flequillo abajo, recto, de lado, que me queda mal, que no tiene cuerpo, que tengo un flequillo triste, sin personalidad, que se riza un lado pero el otro no, que parece que he metido los dedos en un enchufe, que ¿qué he hecho yo para merecer este flequillo?! Lo típico. Horas después, conseguí dominarlo.

Salgo a la calle yo monísima y peinadísima y un coche atraviesa un gran charco justo a mi lado, causando una especie de *tsunami* de agua sucia que me cubre por completo sin darme tiempo a reaccionar. Me mojé entera. Adiós flequillo. Parecía que me había metido en una fuente vestida (como Anita Ekberg en *La dolce vita* pero en mal). Oigo las risas de una pareja que venía detrás de mí y la chica me dice: «Nunca había visto nada igual». Bien, ya somos dos.

No hay mucho margen para la interpretación de esta anécdota. Está claro que existe una especie de justicia poética que en mi caso se pone en marcha cuando me tomo demasiado en serio a mí misma, o cuando me dedico a alimentar mis miedos en vez de acabar con ellos por inanición, o, en definitiva, cuando me comporto como una idiota.

Otros momentos de victimismo de soltera se dan cuando acudo al videoclub SOLA.

Recuerdo un domingo de invierno a eso de las ocho de la tarde. Un cielo violáceo amenazaba lluvia. Salí de casa. La amenaza se cumplió en cuanto puse un pie en la calle, claro, ¿para qué esperar? Porque cuando estás sumida en la tristeza el clima siempre irá en tu contra. De hecho, el cambio climático no tiene nada que ver con los ciclos medioambientales, sino con nuestros estados de ánimo. Esto todavía no se ha demostrado, pero todo se andará.

Al entrar en el videoclub en busca de un aliciente que me sacara del hastío dominical, eché un vistazo y lo vi de nuevo: una, dos, tres, cuatro... ¡Cuatro parejas!

Había un chico solo, pero sabía que en unos minutos llamaría a su novia para consultarle sobre su elección. Probablemente, ella no había podido acompañarle porque se encontraba preparando la cena en su acogedor hogar. Puede que vieran la película solos, aunque igual habían invitado a unos amigos a cenar que, evidentemente, acudirían con sus respectivos acompañantes. Esos que cuando te invitan a cenar dicen cosas como: «Es una cena de parejas, pero veinte». ¿Cómo que PERO? ¿Tenéis miedo de que mi situación sea contagiosa, o de que el resto de las parejas al verme digan: «Vaya, pensé que esto iba de parejas, ¿qué hace ésta aquí? ¿De qué hablaremos con una soltera delante...?».

Vi a todos estos tortolitos pasear su complicidad entre comedias románticas y me dieron ganas de abrirme hueco, ponerme entre ellos, pasarles los brazos por los hombros y decir: «Bueno, entonces, ¿cuál nos llevamos? ¿*Tango para tres* o *Two Much?*». Y porque soy buena persona, que si no también podría haberme puesto sádica y recomendarles a dos enamorados en busca de una historia romántica: «No, *Love Actually* no, ¿por qué no mejor os lleváis *La pianista de Haneke?*».

Casi sin darme cuenta mi mirada iba repasando los títulos de forma aleatoria y sólo conseguía leer «*Hola, ¿estás sola?, Abre los ojos, Vértigo, El hombre que nunca estuvo allí*»...

Creo que muchas veces nos sentimos solas por inercia, porque existe una presión invisible que nos empuja a involucrarnos en esta carrera de fondo hacia la relación de pareja en la que estamos todos participando, queramos o no. El final feliz de casi cualquier película suele estar unido a la idea de pareja; por eso, mientras no la tienes, parece que caminaras por el mundo sin un miembro indispensable para la supervivencia, como si te faltara una parte de ti que debes encontrar en el otro. Y hasta que eso suceda, estamos solos, sí, pero buscando. Estamos siempre buscando, y me pregunto si tiene que ver con nuestra naturaleza o con el entorno.

Cuando por fin te has emparejado (léase «por fin»..., bueno, léase todo, que para eso lo escribo), sientes que has ganado algo. Ya tienes cubierta una porción imprescindible para seguir jugando a este *Trivial* vital en el que todo se basa en conseguir el quesito correspondiente a cada categoría: el quesito inmobiliario, el quesito laboral, el quesito sentimental, el quesito familiar, el quesito social...

Está claro que no todos los seres humanos somos iguales, y sin embargo actuamos como si lo fuéramos. Todos corremos en la misma dirección y todos

perseguimos los mismos objetivos. La pareja es uno de ellos, puede que el prioritario.

¿QUÉ TAL DE NOVIOS?

No sé si os habéis fijado en que, cuando llevas mucho tiempo sin ver a alguien, lo primero que te pregunta es: «¿Qué tal de novios?»; encima así, en plural, que dan ganas de contestar: «Bien, tengo doce o trece, ¿y tú? ¿Sigues SÓLO con uno?». Y cuando contestas que no estás con nadie, se hace un silencio en el que te sientes obligada a justificarte: «Pero vamos, que estoy muy bien. Es porque no he encontrado a nadie y... Ya me tocará, estoy segura. Yo es que no soy muy de parejas...».

¿Os imagináis este despropósito al revés?:

—¿Qué tal de novios?

—Bien, estoy saliendo con un chico...

(Silencio tenso).

—Pero vamos, que estoy contenta... Es que nos hemos enamorado y por eso salimos juntos... Ya romperemos, estoy segura... Yo es que soy muy de parejas, ya sabes... Nadie es perfecto.

No, las justificaciones nos las dejan a nosotras. Como si tuviéramos que convencer al mundo de que nuestra condición de solteras también es respetable. ¿POR QUÉ?

Lo peor de esto es cuando no te das cuenta de que este mensaje social que afirma que lo normal, lo respetable y, sobre todo, lo deseable es tener un novio lo llevas impreso desde la infancia y te lo has creído. Y una vez que te lo has creído, es fácil sentirte una desgraciada cuando compruebas con los años que sigues sin adaptarte a aquello a lo que todos te empujan.

El otro día vi un documental francés en el que preguntaban a un grupo de niños de cuatro y cinco años qué pensaban sobre el amor. La premisa me resultó interesante, pero poco a poco fui descubriendo que, o bien nacemos ya intoxicados, o bien la opinión familiar ahoga toda reflexión infantil. Los niños aseguraban que el amor consiste en que dos personas se casan. No digo que casarse esté directamente relacionado con estar intoxicado (al menos no siempre...), sólo que ningún niño en la sala mencionaba una alternativa al matrimonio y coincidían en que ésa era la meta del amor. E incluso afirmaban que dos chicas no pueden quererse porque no pueden casarse. Me resisto a pensar que un niño de cuatro años llegue a esa conclusión por sí mismo. El amor es algo demasiado amplio y enigmático que un niño puede alcanzar a entender mucho mejor que los adultos, que hemos estado escuchando toda la vida cuál debe ser nuestro futuro, qué pasos debemos dar, qué actitudes debemos evitar adoptar y a qué debemos aspirar.

Eso sin contar con las películas de *Disney* en la niñez o las comedias románticas engullidas desde la adolescencia, que consisten en hacerte desear todas esas cosas que

sólo suceden en las comedias románticas. Espiral del mal. Lo malo es que la comedia romántica es un género que me encanta y espanta simultáneamente... Como vivir.

Todavía hay quien se pregunta de dónde viene la mitificación de las relaciones de pareja, pero tiene una sencilla explicación que yo os voy a desvelar. A lo mejor no tengo ni puñetera idea de lo que estoy hablando, pero ése es el riesgo de que me hayan encargado un libro.

El problema está en que desde siempre nos hemos dedicado a emparejar las cosas. Se empieza alegremente por emparejar los calcetines, y de ahí al infinito y más allá. Si el tema se quedara en los calcetines, bueno, pero es que luego intentamos poner todos los objetos con sus familias a la hora de recoger la casa.

Hay que colocar el cenicero junto al tabaco, el bolígrafo negro con el bolígrafo rojo, la agenda pequeña sobre la grande, el mando de la tele junto al mando del DVD, etcétera. En el baño emparejo los objetos por el envase (soy tan superficial). Tengo el desodorante junto a la espuma del pelo porque, aunque el contenido no tiene nada que ver, ambos tienen un envase parecido: altos, esbeltos y estilosos.

Pero claro, ¿cómo se guardan un clip, un sacapuntas y un tapón? Pues si no los puedo emparejar, me veo obligada a inventar «el cajón de las familias desestructuradas». En este cajón multirracial te puedes encontrar una llave huérfana que no acabas de recordar qué abre, un céntimo acomplejado y subestimado por sus compañeros, una pila aturdida que no sabe si está gastada o no, una chincheta lisiada pero con esperanza y un tapón que no quieres tirar porque sabes que corresponde a algo que encontrarás en cuanto decidas tirarlo a la basura, al igual que los tickets de compra. Yo tengo algunos de hace seis años que no me atrevo a tirar por si justo el día que me deshago de ellos descubro que los necesito más que nunca (con este mismo argumento algunas parejas aguantan toda una vida).

Y así, poquito a poquito, dejándose llevar por el trastorno compulsivo, debió de empezar Noé: «Huy, mira, un conejo junto a una gallina... ¿Por qué me siento tan crispado? Espera, ¿y si pongo al conejo con la coneja y a la gallina con el gallo? ¡Mucho mejor!». El caso es que el tío siguió así con la vaca y el toro, con el caballo y la yegua... Total, tanto emparejar animales que al final, como ya no le cabían en casa, construyó un arca (que debía de ser como mi cajón pero a lo bestia). Y ahora, por primera vez, intuyo que si Noé me hubiera encontrado a mí habría tenido que dejarme en tierra (mejor sola en tierra firme que en pareja a la deriva).

Pero no importa que tú lo tengas más o menos asumido, porque siempre habrá alguien cerca que te trate como si fueras una enferma:

«Tengo un amigo que te va a gustar» (tengo una pastilla que puede calmar tu dolor).

«Sé de un bar al que van hombres muy atractivos» (hay una nueva terapia para tratar lo tuyo).

Y te preguntan cosas como: «¿Por qué no tienes novio con lo maja que eres?». Mujer, nunca pensé que no tuviera novio por no ser maja. O: «¿Por qué no tienes

novio, si tú TODAVÍA estás muy bien?».

Hay quien da por hecho que una está soltera porque no encuentra a nadie para dejar de estarlo, y ya que es una circunstancia inevitable mejor sacarle el lado positivo. Los emparejados creen que me paso el día ligando aquí y allá y viviendo experiencias irrepetibles con todo tipo de hombres. Y sí, es cierto que algunas de ellas son irrepetibles, gracias a Dios. La gente debe de pensar que llegas a un bar con tus amigas, se te acerca un tío buenísimo, te pregunta si estás sola, dices que sí, te invita a su casa y mantienes una cinematográfica noche de sexo y pasión. Luego él te llama para quedar pero tú, como puedes estar con quien quieras, le dices que no, porque tienes un montón de tíos con los que todavía no te has acostado y no quieres perder el tiempo repitiendo amante.

Mi experiencia es que salir a ligar no funciona. No sé, igual a vosotras sí, pero a mí me ocurre exactamente lo mismo que el día de mi cumpleaños. Son tantas las expectativas que resulta imposible alcanzar un nivel mínimamente aceptable de satisfacción. O sea, que el día que me propongo ligar es ese en que no me mira nadie, ni se me acerca nadie, ni los camareros me atienden.

Hace un montón de años quedé con una amiga en su casa para salir por su barrio a «ligar». Nos arreglamos juntas en esa época en la que te prestas ropa y compartes maquillajes como parte del plan. Cuando te pones a hablar delante de un espejo no te das cuenta de que ya te has aplicado el rímel y te has repasado diez veces los labios con una barra muy llamativa, pero como estás de cháchara pues ahí que sigues. Nos lo pusimos todo, todos los accesorios posibles: que si pendientes, que si collares, que si pañuelos, que si un chaleco, que si una gorra, que si no me queda espacio para nada más... Una vez tuneadas, salimos a la calle muy seguras de nosotras mismas, pensando que estábamos guapísimas. Cuando abrimos el portal, un grupo de chicos pasó por delante y uno de ellos soltó sin ningún pudor: «VAYA CUADRO». Nos miramos, nos captamos y volvimos a entrar.

Ésta es un poco mi idea de «salir a ligar».

La gente cree (o sabe) que ser soltera no es un estado sino una forma de ser. No «estás soltera», «ERES soltera», y cuando encuentras pareja, de alguna manera continúan viéndote como soltera, con alguien a tu lado pero soltera, fuera de tu hábitat natural. Por eso, cuando te ven te preguntan: «¿Sigues con éste?». «Sigues», o sea, que están esperando que en cualquier momento recuperes tu posición de solitaria. Y yo, claro, por no decepcionarlos, eso acabo haciendo.

Lo mejor de tener novio, poniéndome en plan bastante simplista, es que pase lo que pase sabes que existe al menos un hombre en el mundo que piensa que eres estupenda, o eso dice. Pero cuando esto no sucede alimentas esa pequeña parcela de ego con detalles insignificantes. Hasta que de repente pasas por delante de una obra, nadie te grita nada y los detalles pasan de ser insignificantes a resultar decisivos. Yo sé que ya no soy tan joven como para gustarles a los jóvenes, ni tan joven como para gustarles a los hombres maduros, aunque hasta ahora con los obreros no era cuestión

de edad sino de gremio. He intentado llegar a una conclusión realista y he pensado que puede que estos obreros fueran todos ciegos, por esto de la integración, o que los obreros fueran todos gays, o puede que los obreros fueran todos gays ciegos, por esto del surrealismo. Esto puede pasar perfectamente.

Hay algo que conviene recordar. Es una obviedad, pero creo que se nos olvida. Nuestro atractivo, como mujeres en particular o como seres humanos en general, no depende de la respuesta de los demás. Una cosa es el ego, que necesita alimentarse de opiniones y valoraciones ajenas, y otra cosa somos nosotras en esencia, y nuestra parte esencial, cada uno que lo entienda como pueda, no consiste sólo en esa parcela bulímica y frágil que nos hace sentirnos una mierda cuando no nos hacen caso. Somos únicas y extraordinarias más allá de lo que otros vean en nosotras. Esto, que parece sacado de un libro de autoayuda barato, no deberíamos perderlo nunca de vista. Porque a veces, el único problema que encontramos en nuestra soledad es la sensación de que no valemos la pena, pero es que nadie tiene el derecho a decidir si valemos la pena o no. Así que vamos a tratarnos bien y a respetarnos un poco al margen de que un tío no nos llame o acabe eligiendo a otra.

Nuestros cuerpos, mentes o (inserte aquí su opción espiritual en caso de haberla) son individuales, y por eso deberíamos evitar dejarnos arrastrar por las corrientes mayoritarias y dedicarnos a buscar nuestro propio cauce.

RIESGOS DE VIVIR SOLA

Hubo un año en el que me dio por reivindicar todo esto y culminé mi discurso de independencia buscando un viaje para irme SOLA. Tanto que hablaba de estar sola, pues oye, a por todas.

Es curioso, pero cenar sin compañía en un lugar público te crea mucha inseguridad. Piensas que todos hacen sus cábalas sobre por qué estás sola, como si no tuvieran nada mejor que hacer que hablar de ti, pero claro, como yo no tenía nada mejor que hacer que hablar conmigo misma por esto de estar sola, pues me entregué a la paranoia.

Era una casa rural muy agradable, con sus *suites* de lujo que incluían *jacuzzi* o chimenea... Pero eso si vas con alguien, si vas sola te fastidias, guapa. ¿Que tienes frío? Tápatate. ¿Que quieres darte un baño relajante? Bájate a la piscina con todos esos matrimonios y mil niños pequeños gritando y haciendo la bomba justo cuando tú pasas cerca.

Por las mañanas me daba mis paseos por el campo, siempre temiendo perderme porque no tengo sentido de la orientación. Aunque, conociendo mi trayectoria, eso habría estado bien: me voy sola de incógnito porque todos mis amigos se han ido con sus novios y novias, me invento que viajo con un hombre imaginario, incluso cuando alguien me llama por teléfono yo finjo hablar con él: «Cariño, pide otra botella de

vino... ¿Sí, dígame?». Entonces, en uno de esos paseos solitarios voy y me pierdo, tienen que venir a buscarme, revuelo en la casa rural, revuelo en el pueblo, y la noticia acaba saliendo en los telediarios, en esa edición que ven justo todos mis exnovios y los hombres que me gustan.

La joven presentadora, felizmente casada, da la noticia con una irónica sonrisa: «Una SEÑORA que se alojaba SOLA en una casa rural se ha perdido SOLA en los alrededores de la zona, por los que paseaba SOLA. Finalmente, no ha habido que lamentar ningún daño, ya que UNA PAREJA de JÓVENES la ha encontrado SOLA y la ha llevado de vuelta a la habitación que alquilaba SOLA durante todas las vacaciones».

No he viajado mucho sola, pero cuando lo he hecho, siempre ha habido alguien que me anima un montón recordándome las violaciones y asesinatos que se cometen en el mundo. Yo agradezco una barbaridad este recordatorio, sobre todo cuando estoy a punto de embarcar. Y si consiguen meterte ese miedo en la cabeza, en el momento en el que se te acerca alguien en un vagón de metro neoyorquino porque te ve desorientada con un plano en la mano y pretende ayudarte, tú te visualizas inmediatamente a trocitos en su congelador. Por eso animo a la gente que le tiene miedo a todo a que se lo guarden para ellos y no nos salpiquen a los demás con sus temores.

Cuando me fui a vivir sola era muy joven, que quede esto claro antes de relatar lo siguiente. ERA MUY JOVEN. La primera noche que me tocaba dormir sola volví a casa en metro desde el trabajo y me bajé en mi estación. Al salir del vagón veo que un chico me mira mucho. En circunstancias normales podría hasta agradarme que un hombre se fijase en mí, pero en aquel momento, y debido a MI JUVENTUD, tenía la sensación de llevar escrito en la frente: «Sí, estoy sola, podéis venir a atracarme y lo que surja».

Ya en mi calle, puse en marcha la clásica estrategia de entrar en una tienda 24 horas a comprar pan para comprobar si este hombre me seguía. Un rato después, salgo y descubro que el tío continúa fuera como hablando por el móvil. EL VIEJO TRUCO DE LOCO. No había duda: me seguía y quería matarme (una cosa lleva a la otra).

Lejos de mantener la calma, eché a correr, llegué a mi portal con las doscientas llaves que necesitaba mi nuevo y práctico hogar y protagonicé una secuencia de *thriller* en la que él se acercaba peligrosamente y yo no daba con la llave correcta hasta que por fin conseguí abrir. Subí las escaleras atropellada, como si llevara una manada de leones detrás, llegué a mi puerta, se me atascó el cerrojo (cómo no) y, tras sudar nerviosísima durante unos minutos, conseguí entrar.

Cerré rápidamente las contraventanas y me quedé a oscuras para que el asesino no supiera dónde vivía. Y así, en penumbra, me senté en el sofá aterrada, confiando en aplacar la psicopatía. La suya, digo; la mía es otro tema.

Luego mi vecino llamó a la puerta. TENSIÓN. Abrí lentamente con cara de loca y él me preguntó si tenía una BATIDORA. ¡Ja! ¿Crees que soy tonta? ¿Y por qué no me

pides directamente una motosierra y acabamos con esto?

Le miré con suspicacia; el pobre sólo quería hacer una crema de puerros y se le había estropeado la suya, pero yo vi claro que me preguntaba por la batidora para matarme y batirme. (Os he comentado que era MUY JOVEN, ¿verdad?).

No os preocupéis, la anécdota acaba aquí porque ni el señor de la calle —que yo sepa— era un asesino, ni mi vecino batió mi cuerpo aquella noche. De haberlo hecho, a duras penas podría estar escribiendo esto. Conclusión: otra cosa no, pero aburrirme no me aburro.

Pero ésta no es la única historia de sugestión en soledad que puedo contar. Hace tiempo tuve uno de esos momentos en los que suena el telefonillo mientras salgo de la ducha mientras además me llaman por teléfono mientras con los nervios me voy enganchando en las puertas, tirando cosas a mi paso y dejándome los deditos en las esquinas. Y es que si estás esperando que te traigan la cena, lo normal es que el repartidor llegue justo cuando te viene mal. Oí el telefonillo, salí corriendo de la ducha embadurnada de jabón, cogí el auricular casi sin aire y le advertí al chico que traía la comida que la puerta de abajo se encasquillaba y que le diera fuerte al abrir. Ésa es mi versión, pero la del chico podría haber sido: Llego a una casa, toco el timbre y un instante después escucho una voz femenina en el telefonillo que me grita jadeante «empuja fuerte... más fuerte, más... así, así».

Al colgar, a la espera de que subiera, fui consciente de golpe de la escena de película porno que acababa de desencadenar y empecé a ponerme nerviosa. Estaba sola, en albornoz, con el pelo mojado, a punto de recibir en mi propia casa a un desconocido cuyas fantasías habían podido dispararse por unas frases aparentemente inofensivas. Todo esto no tiene mayor importancia, pero se trata de mí.

Cuando llegó hasta mi puerta sentí la necesidad de hacerle entender que no estaba sola, así que en el silencio total que reinaba en mi casa, antes de abrir grité para que me oyera: «¡Ya abro yo!». Le abrí con cara de «tengo novio y además está aquí y además está muy cachas y tiene mucha mala leche».

El chico, ajeno a mi perturbación momentánea (sí, fue momentánea), me entregó la cena, y mientras iba a por el dinero continué mi farsa sola por la casa con mi novio invisible. «¿Tienes algo suelto? A ver, pásame tu cartera...». Sólo me faltó decir «quieto, *Satán*, no muerdas», o «no, chicos, no os asustéis, no hace falta que saquéis la escopeta», y mientras pagaba podría haber aclarado: «Es que tengo a los hooligans hambrientos, que están pasando aquí unos días...».

Y cuando el repartidor se marchó estuve tentada de seguir hablando con mi novio invisible durante un rato.

Éstos son algunos de los riesgos de vivir sola mucho tiempo. Otros son todavía peores. Por ejemplo, morir. No quiero ponerme dramática, pero hay que valorar todas las posibilidades. Si vives sola, quítale SIEMPRE la piel al fuet antes de comértelo. Un día me encontré a mí misma ahogándome porque la piel se había quedado atascada en la garganta y empezó a faltarme el aire. Y mientras creía morirme de la forma más

estúpida del mundo me miré en el espejo pensando cómo era posible acabar mi vida SOLA atragantada con una piel de fuet. ¿Que por qué me miré en el espejo mientras creía morir? Pues no lo sé, no creo que tuviera intención de ver qué aspecto tenía sino más bien de comprobar si mis ojos anunciaban una muerte segura.

Aunque quién sabe. Mi tía abuela, cuando ya era muy mayor y se encontraba mal, se iba a la peluquería, se maquillaba, se hacía la manicura y se postraba en la cama con sus mejores galas esperando a la muerte. Al cabo de un rato, cuando ya se encontraba mejor y comprendía que iba a seguir viva, se levantaba y volvía a su ritmo normal.

La segunda forma estúpida de morir sola es enfundarte en un vestido muy estrecho, darte cuenta de que no te deja respirar porque ya no tienes la misma talla que cuando lo compraste y no poder quitártelo. Bien, esta situación sí que es patética. Primero intentas sacártelo por las piernas y no. Luego por la cabeza, consiguiendo así que el vestido se atasque en la clavícula, que ni *palante* ni *patrás*, mientras vas ciega perdida dándote contra las sillas y las paredes, gritando tú sola: «¡Sal, quita, socorro!». En esos momentos también echo de menos un alguien cerca que me socorra.

Lo malo es que el día del vestido fue empeorando, empecé a preparar la cena y cuando me di cuenta estaba llorando, primero por cortar cebolla, y luego ya porque me sentía sola, supersola, solísima. Y entonces me rendí, me entregué al sofá y cogí una revista para cambiar mi estado de ánimo, con los ojos rojos y las lágrimas todavía descendiendo por mis mejillas, y como soy imbécil, me detuve en el horóscopo, que decía así:

Leo (o sea, Leo es mi signo del Zodíaco, se entiende. FESTIVAL DEL HUMOR):

Amor: éste es sin duda el mejor momento de tu vida, ya es hora de que te entregues a esa persona que tienes tan cerca.

Miré a mi alrededor, no fuera a ser que hubiera una persona cerca y yo tan concentrada en mí misma no la hubiera visto. Pero no. Se confirmaba que seguía SOLA. Así que no podía entregarme a nadie, y menos con los ojos hinchados y los arañazos en la cara de haberme arrancado el vestido violentamente.

UNALATADE MAÍZ

Cuando vives sola también debes aprender a calcular las cantidades a la hora de cocinar. Los primeros años te los pasas haciendo macarrones como para alimentar a

todo un comedor infantil. Te justificas internamente: «Lo hago a propósito porque luego lo congelo y no tengo que cocinar más». Hasta que descubres que la pasta descongelada es tan apetecible como una cucharada de *Cola Cao* a palo seco.

Y por fin los fabricantes de conservas se dieron cuenta de que no se podía vender una lata de maíz para familias numerosas habiendo tanta gente que vive sola, pero hasta entonces sabías que en cuanto abrieras una lata te ibas a pasar varios meses comiendo cosas con maíz. Y entonces se convertía en una decisión trascendente: «Bien, ¿de verdad quiero echarle maíz a la ensalada? ¿Lo he pensado bien? ¿Es ésta mi decisión final? Bárbara, esto es importante, sabes lo que estás haciendo, ¿verdad?». Y una vez que accedías a tus deseos culinarios ya no había marcha atrás: ensalada con MAÍZ, arroz con un poquito de MAÍZ, pechuga de pollo con guarnición de MAÍZ. «¿Queréis un café?... Bien, ¿con cuántas cucharadas de MAÍZ lo tomáis?».

Para mí, otro de los inconvenientes de vivir sola es que no sé hacer casi nada. No sé de bricolaje, no sé de electricidad, no sé nada más allá de cambiar bombillas... Y me da tanta pereza que puedo estar con el baño medio a oscuras durante meses con tal de no comprarlas. O sea, que el mundo doméstico me aburre bastante y soy completamente dependiente. El terreno de la informática también es un mundo impenetrable para mí. No sólo no lo entiendo, sino que me tiene sin cuidado.

Mi habilidad informática consiste en mentir al marcar la casilla de «he leído y acepto las condiciones» y luego darle al «siguiente», «siguiente» y «finalizar» para instalar cualquier cosa, y no leer nunca lo que estoy aceptando. «Si pulsa el botón de *siguiente* morirá», siguiente, siguiente... También sé apagar y encender el ordenador cuando la situación se me va de las manos y no tengo a quien acudir. Rezo en silencio o lo amenazo verbalmente para que al encenderlo de nuevo todo vuelva a funcionar.

Aunque algunas veces tengo arrebatos de autosuficiencia y me empeño en que algún amigo me explique lo que le está haciendo a mi ordenador para no tener que acudir a él la próxima vez. Pero, curiosamente, existe un triángulo de las Bermudas desde que empiezan a explicarme algo de informática hasta que dicen: «¿Lo has entendido?». Según comienzo a oír la explicación, mi cerebro empieza a repasar tareas pendientes y dudas existenciales: «Ahora pongo una lavadora, ¿qué nos espera después de la muerte?, tengo las puntas abiertas, ¿existen las almas gemelas?, ¿he apagado el gas?..., un momento, ¿yo tengo gas?, ¿no era todo eléctrico?». Por eso, a estas alturas, podría asegurar que han pasado más hombres por mi ordenador que por mi cama. ¿Quiere decir todo esto que necesito un hombre? Pues no. ¿Por qué conformarme con uno si puedo tener muchos?

Hace unas semanas dediqué la mañana a arreglar cosas. Es decir, a contratar a gente para que arregle cosas. Como me da tanta pereza el universo doméstico los cité a todos el mismo día y a la misma hora y que se apañaran. Primero llegó el fontanero, que ya venía cabreadito de casa, así que le enseñé dónde está el problema y me dirijo a abrir al electricista, que viene con un gran entusiasmo a arreglarme unos enchufes. Luego llega el que repara el horno. Por alguna razón todos me tratan como si yo fuera

idiota y hacen un esfuerzo sobrehumano para comunicarse conmigo, abren mucho la boca al hablar, como si tuviera que leerles los labios para llegar a distinguir una base de enchufe mixta de una base de enchufe americana.

El reparador de hornos (que parece el título de una película de acción de los noventa) me dice muy serio, compungido, con un gran dolor en su corazón: «Me temo que se han fundido las resistencias». Me habla como si yo hubiera perdido a un familiar en quirófano y él fuera el cirujano encargado de darme la noticia, y luego me dice: «¿Sabes lo que son las resistencias?». Pues mire, no, pero ¿acaso sabe usted lo que es una alegoría, una aliteración, una anáfora, un anagrama? (Me extendería más, pero todavía no he pasado de la A). La frase estrella de los reparadores de cualquier cosa es: «¿Y esto quién se lo ha hecho?», como diciendo «usted sólo ha contratado chapuzas hasta ahora, menos mal que estoy yo aquí». (Estoy por hacerles esta misma pregunta a todos mis amantes a partir de hoy).

El fontanero me grita: «¿Te arreglo esto también? Aunque te va a salir un poquito más caro». Yo en cuanto oigo «un poquito más caro» se me disparan las alarmas y me centro repentinamente en su discurso. El del horno farfulla cabreado: «¿Cómo está esto así? ¿Aquí viven vándalos o qué?». Sí, mire, no se lo había dicho pero han pasado por aquí esos típicos vándalos que hacen la guerra a base de gratinar a diestro y siniestro, ¡como bestias!

Y cuando me encuentro en este tipo de situaciones me pregunto qué es eso que tanto valoro de la autosuficiencia. ¿Alguien es autosuficiente? ¿Acaso no nos necesitamos todos a todos? Quiero decir, ¿qué sentido tendría vivir en un planeta con millones de personas si uno pudiera prescindir de todas ellas? Yo necesito personas que sepan arreglar cosas, pero también personas que me quieran y me comprendan y que algunas veces me aguanten.

LA COSA ESA

Si uno se siente solo, tiende a pensar que debería buscar a alguien para paliar su soledad. Esta práctica es tan triste como habitual. Triste para el que busca un compañero con desesperación, y triste para la víctima que se deja atrapar por la desesperación del otro. Me temo que calmar la soledad no consiste en esto; disimularla puede que sí. Tengo la certeza de que sentirse solo está relacionado con lo que nos distancia de esa parte de nosotros que, por alguna razón, ha comenzado a alejarse. Entiendo este sentimiento como una llamada de socorro enviada desde el subconsciente que intenta hacernos despertar; hacernos ver que estamos mirando en la dirección equivocada.

Imagino que todo lo que sugiera que sólo hay un camino que seguir, una persona a la que amar o una forma de vivir es un atraso. Desechamos cualquier posibilidad que no se encuentre de antemano en nuestra cabeza. Pero quizá en nuestra cabeza no

haya saltado todavía la chispa que nos hará ver un mundo ahí fuera que dentro de nosotros ni habíamos llegado a imaginar.

Es como ir por la vida con un molde de galletas navideñas con forma de corazón e intentar que las personas que encontramos a nuestro paso se adapten a ese molde. «Ah, pues no, no eres tú... ¡Siguiente!». A veces hacemos por adaptarnos a ese molde y otros hacen por adaptarse al nuestro, por incómodo y antiorgánico que resulte; todo por intentar seguir creyendo en ese amor perfecto del que podría estar hecho sólo para ti. Si hay que cortarse los dedos de los pies para que encajen en el zapato de cristal, pues se cortan; total, tampoco es que los usemos tanto.

A veces el miedo a no tener pareja radica en la palabra «incondicional». Uno se cree que tener novio es sinónimo de contar con alguien pase lo que pase, y esto, lo siento, pero también nos lo hemos inventado. Conozco parejas que, efectivamente, parecen haberlo conseguido, pero también la amistad puede cubrir esos temores. Aunque hemos decidido que un novio es para siempre y los amigos pueden desaparecer en cualquier momento. Pues mira, todo el mundo puede desaparecer en cualquier momento, incluidos nosotros mismos.

Una amiga que lleva una racha extenuante de desencuentros con el sexo opuesto se preguntaba hace días si volverá a enamorarse en el futuro, y ya si eso, de alguien que también esté enamorado de ella. Yo le dije que la siguiente relación no tiene por qué salir mal y ella me contestó que sí, pero que tampoco tiene por qué salir bien. Y tiene razón.

La acumulación de desencuentros no tiene por qué desembocar en un encuentro. La acumulación de desgracias no tiene por qué desembocar en una gran alegría. Sé que esto es desesperanzador, pero la suerte, el destino o lo que sea que hay es un misterio del que apenas tenemos claves. Entonces, ¿de qué depende encontrar o no a alguien?

De entrada, creo que utilizamos mal la palabra «amor» (sí, sí, vosotras también). Llamamos amor a la necesidad, al parche que momentáneamente disipa la soledad, a la consecuencia de un proceso hormonal, al afecto, pero estoy segura de que el amor trasciende todos estos estados que enumero. Así que para ser coherente con mi discurso, en vez de llamarlo «amor» pasaré a llamarlo «la cosa ésa». Bien, pues empiezo a sospechar que «la cosa ésa» hay que ganársela.

La cosa ésa no viene porque sí, al igual que no debería desaparecer porque sí. ¿Y por qué pienso esto? Me alegro de hacerme esta pregunta. Lo pienso porque a veces la vida se encauza para situarte frente a ese ser humano que parece sacar lo mejor de ti. Ese ser humano con el que sientes que comienzas a desplegar. Ese ser humano cuyo solo recuerdo te hace sonreír en los momentos más dramáticos, porque sólo su existencia de alguna manera espolea la tuya. Y entonces comienza el declive: queremos atraparlo porque no nos han enseñado otra forma de relacionarnos. Y como toda persona que nos guste tiene que acabar siendo nuestra PAREJA, la cosa ésa a menudo da paso a la inseguridad, a los celos, a la elucubración sobre los movimientos

del otro y a intentar recuperar todo lo que por decisión propia has depositado en el otro. Y ahí se acabó. La vida te da la oportunidad de volar, pero uno se boicotea hasta quedarse con dos muñones que por un momento fueron alas.

Todos nos encontraremos con la posibilidad de experimentar la cosa ésa, pero no todos estaremos a la altura para que permanezca, ya sea en forma de relación, o en forma de impulso incluso cuando el otro ya ha desaparecido de nuestra vista.

Soñamos con encontrar la cosa ésa, adentrarnos en la cosa ésa, vivir la cosa ésa hasta que algún día seamos capaces de mirarla a los ojos y empezar a llamarla amor.

Y ese día llegará.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

Para cerrar este capítulo os propongo un test en el que debéis elegir la opción A o la opción B (la dinámica se me ha ocurrido a mí, ¿a que es original?) para descubrir si estáis preparadas para una vida de solteras. Finalmente, teniendo en cuenta las opciones que hayáis elegido, emitiré un juicio totalmente inventado que pretenderá desvelaros vuestro rumbo sentimental sin credibilidad alguna.

1. ¿Te da miedo estar sola?

A. No, y dependiendo de quién sea «él», a veces me da más miedo estar acompañada.

B. Sí, sobre todo si estoy en una casa de campo por la noche y aparece un hombre con careta de payaso empuñando un hacha. Estas cosas pasan.

2. Llega el viernes por la noche. ¿Qué haces?

A. Llamo a mis amigos, y si no hay plan me quedo en casa tan contenta; tengo un montón de cosas que hacer.

B. Llamo a mis amigos, y si no hay plan me quedo en casa deprimida; tengo un montón de canales de Teletienda.

3. ¿Vas sola al cine?

A. Sí, y me encanta.

B. Ni hablar, temo que la gente que va acompañada piense que estoy sola porque no me quiere nadie.

4. Una amiga, hasta ahora soltera, comienza una relación de pareja.

A. ¡Salimos a celebrarlo!

B. ¿Cómo ha podido hacerme esto a mí?

5. Cuando alguien te pregunta si tienes novio...

A. Le digo que no, sin dar más explicaciones.

B. Me pongo a la defensiva, me justifico durante mucho rato y luego pregunto si tienen un amigo para mí.

6. ¿Cómo te ves en el futuro?

A. Bien. Rodeada de amigos y haciendo las cosas que me gustan.

B. Bien. Rodeada de gatos que acabarán comiéndose mi cuerpo sin vida.

Si has elegido la opción B en casi todas tus respuestas, siéntate, tenemos que hablar. Si, por el contrario, has elegido la opción A, bienvenida al Club de Solteras.

¡Esto es todo, amigas! Y recordad, si queréis que vuestras relaciones funcionen, nunca, nunca sigáis mis consejos.

2. CINCUENTA PRIMERAS CITAS

Me han dicho que el hombre de mi vida aparecerá cuando menos me lo espere, pero... ¿cuánto tiempo tengo que no esperármelo para que aparezca?



Os seré sincera (un día es un día): me he pasado media vida (quizá más) buscando a un hombre. He compaginado la búsqueda con otras tareas, no os vayáis a creer que ha sido una misión exclusiva en todos estos años, no. Mientras buscaba el Santo Grial también comía, dormía y hasta, por épocas, trabajaba. Sé que estaréis pensando: «Menuda obsesiva es esta mujer». Bien, me alegra que nos vayamos conociendo.

He de decir en mi defensa (suponiendo que haya habido algún ataque, lo que por ahora no me consta) que:

1. Con los años, las cosas han cambiado radicalmente (yo soy muy *supermegaextrema*).
2. La culpa la tiene la sociedad (expresión conocida también como «echar balones fuera»).
3. La culpa, además de la sociedad, la tiene él, que se ha agazapado en algún lugar recóndito de la geografía mundial para que no lo encuentre.

Lo imagino escondido en una cueva en el Tíbet, alimentándose a base de bayas y durmiendo sobre un lecho de hojas secas. Y todo por miedo a salir de su escondite y ser encontrado por mí, arrastrado hasta mi casa, obligado a convertirse en mi novio formal y a ser el padre de mis hijos (de muchos, muchos hijos), y además rapidito que se nos acaba el tiempo.

Pues mira, si estás leyendo esto (allí en tu cueva), que sepas que ya lo has

conseguido. Ya no me interesa encontrarte, así que puedes salir tranquilo izando una bandera blanca. Estás fuera de peligro. (Y yo qué sé, igual cuela).

Un día despiertas y descubres que estás dedicando tu vida a encontrar a tu alma gemela, media naranja, compañero de viaje... (inserte aquí los lugares comunes que falten). En definitiva, un hombre. Pero ¿esto qué es? ¿Cómo nos la han colado así? Que no digo que enamorarse no sea divertido y puede que hasta mágico, pero no es algo que uno pueda perseguir. Y sobre todo, llegar a pensar que la felicidad está directamente relacionada con encontrar a un ser humano que ni siquiera sabemos si existe (en serio, puedes salir de la cueva sin peligro) implica condicionar nuestra vida entera y encorsetar los millones de posibilidades de felicidad que tenemos a nuestro alcance por el simple hecho de estar vivas, sin más, sin necesidad casi de otra cosa.

Y todo esto lo digo con conocimiento de causa, de muchas causas, de un huevo de causas; vamos, creo que he tenido más citas intentando desenmascarar al supuesto hombre de mi vida que casi cualquiera de vosotras. No es que sea competitiva, es que soy constante y han sido muchos años de especialización.

CÓDIGO DE CONDUCTA PARA CITAS A CIEGAS

Hubo un tiempo en el que, ante la falta de expectativas en lo que a hombres se refiere, empecé a decirles a mis amigos, medio en serio, medio en broma, medio bastante en serio, que si conocían a algún chico soltero interesante que creyeran que podía congeniar conmigo, me lo presentarán. Tras meses sin noticias positivas al respecto, les dije que bastaba con que fuera soltero e interesante. Al cabo de casi un año, mis exigencias se habían reducido a que simplemente fuera soltero... o que su mujer viajara mucho.

Fue una época en la que me dediqué a quedar con todo el mundo, sin filtrar demasiado, convencida de que el destino decidiría por mí, cuando lo más probable es que el destino estuviera a otra cosa, sin hacerme ni puñetero caso, de cañas por las tabernas junto con otros destinos, probablemente con los vuestros, que por eso estáis leyendo esto. Fueron tantas las decepciones vividas que acabé confeccionando mi pequeño código de conducta para las citas a ciegas. Pura supervivencia de soltera.

Llamada de emergencia

Consiste en tener a una amiga preparada para llamarte a una hora concreta e inventar una excusa por la que tienes que salir corriendo y abandonar a tu cita. Esto es absolutamente estúpido, cobarde e infantil y yo lo he hecho mucho.

Preparar salida

Ante la duda, tú tienes que irte PRONTO. Diálogo de ejemplo:

—Después de esta cerveza tengo que irme a trabajar.

—¿A estas horas?

—Sí, yo trabajo a estas horas.

—¿En qué?

—Pues en una cosa que sólo se puede hacer a estas horas.

—¿No puedes decirme en qué?

(Pausa dramática).

—No, por tu seguridad es mejor que no lo sepas.

Diálogo de ejemplo 2:

—Después de esta cerveza tengo que irme a cuidar de mi padre.

—¿Y qué le pasa?

—Pues cosas de padres.

En caso de que la cita funcione (cosas más raras se han visto..., aunque no tantas), el asunto se complica:

—¿Tú no tenías que cuidar de tu padre?

—«Mi padre, mi padre...». Hoy en día vete tú a saber si en realidad es mi padre...

Eufemismos

Café: seamos amigos, por el momento.

Caña sencilla: seamos un poco más que amigos, por el momento, pero tampoco mucho más como para pedir una caña doble, que lleva más tiempo beberse.

Caña doble: seamos bastante más que amigos, por el momento, pero no como para lanzarnos a cenar, que lleva mucho más tiempo que beberse una caña doble.

Cenar: alta probabilidad de acabar en la cama (juntos, se entiende).

«Quedamos un día de éstos»: no le gustas. Asímelo. Ese día nunca llegará.

ESTEREOTIPOS DE HOMBRE

Estaréis de acuerdo conmigo en que reducir a los hombres de mis citas a diez estereotipos sería muy superficial y diría muy poco de mí.

Vamos a ello:

Hablemos de mí

No es que me haya pasado una vez, es que me ha pasado muchas. Quedas con un hombre, pedís un café por esto de que no sabéis si os gustáis, le preguntas algo, él

comienza a hablar y cuando te das cuenta han pasado dos horas y media y tú no has dicho ni una palabra.

A veces me siento como un apuntador. Yo doy el pie y el otro suelta el monólogo, y es un monólogo porque lo de menos eres tú. Lo importante es que el otro tenga público. Comienzan a hablar y evitan incluso parar a respirar por si el «interlocutor» aprovecha ese mínimo descanso para intervenir. ¡Prefieren jugarse la vida y quedarse sin aire a ser interrumpidos por tus intrascendencias!

Si en ese momento te levantas y pones a una que pasa por allí en tu lugar, el desgraciado ni se va a dar cuenta, continuará donde lo había dejado porque el discurso no está personalizado. Ya me lo imagino en el altar: «¿Quieres a este hombre por esposo?». Y él: «SÍ, QUIERE, QUIERE». Es como jugar al frontón pero haciendo tú de pared y el otro lanzándote pelotazos a la cara. Te cuenta su trayectoria profesional, luego su historia familiar, a ser posible con muchos detalles prescindibles, después pasa a lo que le gustaría ser en la vida, toca así por encima alguna relación de pareja y, cuando por fin pides la cuenta, el cachondo dice para despedirse eso de: «Oye, me ha encantado hablar contigo». No, perdona, te ha encantado hablar a secas, te ha encantado escucharte, te has encantado tú, tú estás encantado de conocerte. Esto no es hablar conmigo, no, ¡es hablar contra mí!

Digo yo que la gracia de tener a otra persona delante es la comunicación con esa persona y no la demostración de tus supuestas capacidades, teorías o reflexiones. Pero hay mucha gente en la que no percibo ningún interés por quienes la rodean.

Somos figurantes puestos en escena para servir a ese personaje principal que cree estar lo suficientemente realizado como para no necesitar nutrirse de las palabras del resto de la humanidad. Pero es complicado que alguien a quien no le interesen los demás sea una persona interesante.

Este perfil se caracteriza por dos actitudes fundamentales:

Comenzar o terminar las frases diciendo «como digo yo», como si se tratara de una frase célebre.

Añadir las palabras «yo soy muy» en cualquier conversación, tipo «yo soy muy sincero», «yo soy muy fuerte», «yo soy muy generoso», «yo soy muy independiente», «yo soy muy tolerante» o «yo soy muy alegre». Resulta más fácil contarles a los demás cómo nos gustaría ser e intentar que nos crean que dejarles libertad para conocernos y que saquen sus propias conclusiones. Sus conclusiones pueden estar igualmente equivocadas, pero al menos son las suyas y no las nuestras impuestas en otros. Y puestos a inventar un personaje, mejor diseñar a un buen protagonista. No vas a comenzar una conversación con un desconocido diciéndole: «Ya te aviso que yo soy muy mala persona, bastante egoísta, soberbia y carente de sentido del humor, pero hablemos de ti...».

Por eso intento huir de los que sufren un ego desorbitado, de los que están encantados de conocerse, de los que hablan porque les gusta escucharse, de los que no escuchan porque dan por hecho que nadie tiene nada que aportarles. Huyo de

todos esos egocéntricos que no hacen más que pensar en ellos mismos en vez de pensar EN MÍ. Y claro, así va todo.

El misterioso

Recuerdo vagamente que el 14 de abril de 1989, a eso de las ocho de la tarde, mi mejor amiga me levantó el chico que me gustaba. No era la primera vez que me pasaba esto y, visto con perspectiva, ¿qué iban a hacer? ¿No enrollarse porque a mí me gustaba él sabiendo que a él claramente la que le gustaba era ella? PUES SÍ.

En aquel momento no me di cuenta del porqué de esta repetida TRAICIÓN, pero ahora lo veo claro: yo era simpática, y si de verdad querías ligar no debías ser simpática, tenías que ser MISTERIOSA y esquiva.

El día que estos dos traidores (sin rencor) se conocieron, estábamos en un grupo de amigos charlando, contando anécdotas (yo), riéndonos (conmigo) y pasando un buen rato (gracias a mí) cuando de repente llegó ella, la amiga tímida, que parece tener un mundo interior superinteresante porque la pobre está tan colapsada por el exceso de gente que no puede ni abrir la boca. Pues nada, todos fascinados con su silencio: «¿Tiene novio?», «¿Quién es?». A lo que yo podía haber contestado con toda mi buena intención: «Es una amiga muda, agorafóbica, adicta al *crack*, con impulsos suicidas, que mató a toda su familia con una catana... Es maja...».

Sin embargo, ese mismo comportamiento «misterioso» que critico alegremente me ha llamado la atención durante años. Se trata de este tipo que tiene cara de mundo interior. Este hombre te mira en silencio mientras hablas, todo lo contrario que el anterior, porque los términos medios no parecen existir. Al principio crees que es tímido, esquivo, celoso de su intimidad, más preocupado de observar el mundo que de participar en él. Y esto nos gusta porque hay algo que conquistar... Aunque al cabo de las horas empiezas a pensar que igual no es mundo interior, que igual es una ameba con barba que no sabe qué decir, cuyas conexiones neuronales apenas cuentan con actividad.

Pero los hay misteriosos de verdad, doy fe. Recuerdo una cita con uno de éstos que me desconcertó para siempre. Salimos del cine y, tras haber mantenido una interesante conversación, que es casi inevitable entre dos personas interesantes, él me besó y a mí se me paró el corazón. No se me paró del todo porque si no difícilmente estaría escribiendo esto, pero ya me entendéis.

Luego me invitó o me invité o yo qué leches sé, el caso es que me quedé en su casa a «dormir». Y, por favor, no penséis que las comillas se deben a eso que todos pensamos cuando se entrecomilla la palabra *dormir*, porque no. ÉL, con su sangre fría, inapetencia, indiferencia, respeto, cansancio o vete tú a saber qué, me dice una vez dentro de la cama: «Que descanses». Silencio tenso. Se da la vuelta y se dispone a dormir. Así, con un par. ¿PERDONA? ¿Esto qué es? ¡Yo no he venido a descansar! ¿Por qué no estamos teniendo sexo salvaje? Bueno, o no salvaje. ¿Por qué? Pero no

dije nada, simplemente me quedé con los ojos abiertos toda la puñetera noche intentando descifrar el tono de su condescendiente frase: «Que descanses».

Y en vez de agarrar el toro por los cuernos y preguntarle por qué me había invitado a su casa y a su cama si no quería tener relaciones sexuales conmigo, callé como una cobarde y me dediqué a especular. Entonces decidí que necesitaba tiempo, que no quería precipitarse y que en el fondo era un romántico. Un romántico que no volvió a dar señales nunca más. En los momentos más optimistas llegué a pensar que si no había dado señales de vida sería que estaba muerto, pero no, era peor que eso: no le gustaba. Yo.

Con el tiempo me resigné, claro, qué iba a hacer, y pensé que aquello podría ser «el principio de un hermoso final»; hermoso porque cuando alguien hace que tu vida tiemble un poco hay que agradecerse siempre... Es más, podría haberle llamado y haberle dicho con un tono muy solemne: «Has hecho que tiemble mi vida». ¿Y qué podría haber contestado él para que el diálogo pareciera sacado de *El sueño eterno* y no de *Sueños de un seductor*?

A) «Tú has hecho que tiemble mi alma».

B) «Perdona, ¿quién eres?».

Hagan sus apuestas.

El corderito

Hay hombres que más que pasión lo que te inspiran es adopción inmediata. Los ves tan frágiles y necesitados que tu cuerpo te pide acurrucados en tu pecho y acariciarles la cabeza hasta que se queden dormidos. Y esto no está mal, pero no es lo que una busca en una primera cita.

Una de estas citas empezó bastante bien, yo estaba super-guapa y entre eso y que soy muy simpática pues la cosa arrancaba (es mi versión de los hechos). Sin embargo, al cabo de una hora tomando unos vinos me fui dando cuenta de que todas sus frases contenían la palabra «exnovia». Como soy una tía perspicaz, cuando dijo «ha sido el amor de mi vida» percibí que lo nuestro no iba a poder ser. Así, pillándolas al vuelo.

Podría haber salido corriendo, pero decidí quedarme allí a observar el descenso de mi casi inexistente libido. El caso es que, tras fingir durante casi cinco minutos que le interesaba su interlocutora, o sea yo, por fin se derrumbó y acabamos hablando de su ex. Temazo.

Cuando empiezas una relación, el fantasma de la exnovia sobrevuela el espacio que ocupas con bastante frecuencia. Esta inseguridad es tan delirante que si no la frenas a tiempo puedes llegar a imaginar que todo el mundo te compara con ella. E incluso cuando pasas por delante del portero de su casa crees que comenta con alguna

vecina: «La otra chica me gustaba más». A lo que la vecina contesta: «Era mucho más guapa, más lista, más alta, más rubia y con más mundo interior». Tras conocer a su madre en una comida familiar, imaginas que le susurra en la cocina: «¿Estás seguro de que te gusta? Hemos gastado mucho dinero en tu educación, piénsalo bien». El día que te presenta a sus amigos te lanzas a hacer una broma para romper el hielo mientras crees que todos piensan: «Me aburro... La otra era más graciosa». Porque una exnovia lo es para siempre, mientras que el podio de la novia suele tener una permanencia limitada.

Lo malo de los corderitos es que resulta imposible que algo valga la pena si uno de los dos está tocando fondo. Porque no se busca una relación de igualdad, sino una liana a la que agarrarse. Y esto es lícito, pero no con un amante, sino con un amigo. Por eso yo me alejo de todo aquel que me inspire compasión, porque es fácil adquirir un papel mesiánico y desde la condescendencia las cosas no suelen salir bien. Y esto, me temo, lo digo por experiencia.

El que sí pero no

Esto es muy femenino, no lo neguemos. Un tío te puede gustar muchísimo a las cinco de la tarde y a las cinco y media te repugna. Sí. Cada una tiene los límites donde los tiene, ahí no me meto porque sólo conozco los míos, pero me basta una frase, una palabra, un gesto que decido que no, cualquier cosa para que el que podría haber sido el hombre de mi vida no llegue siquiera a ser el hombre de mi tarde.

Yo le doy una importancia excesiva al lenguaje, y a lo largo de los años esto ha conseguido volverme una maniática. Pero hay palabras que me crean un rechazo instantáneo:

Por ejemplo, *picha*, *rabo*, *pito* o *pilila*, para referirse a los genitales. NO. (Y para referirse a otra cosa pues no sé, no se ha dado el caso).

Si empiezo a sentirme como un bollo suizo, mal: «Qué rica estás», «Estás muy rica», «Hueles tan rico»...

Visitar «el tigre» para «cambiarle el agua al canario». ATRÁS.

El uso reiterado de diminutivos conmigo no va a funcionar: «¿Te preparo una cenita en casita y tomamos una cervecita?».

No estoy diciendo que estos detalles arruinen mis citas, pero vamos, que las complican un poco, eso sí. Y ahora ya estoy mejor de lo mío, pero ha habido épocas extremas en las que incluso estando ya en su casa, de repente el hechizo se rompía y yo salía disparada.

Bueno, esto está bien, no te gusta, te vas... A no ser que te pase como me ha pasado a mí en dos ocasiones. Discutes, te diriges a la salida, antes de dar un portazo sueltas alguna frase así solemne, «y no volverás a verme, tenlo por seguro». Bajas las escaleras muy orgullosa de la escena que acabas de protagonizar, llegas al portal y... ¡tachán! ¡Está cerrado por dentro!

Bien, ¿cómo solucionas este pequeño imprevisto con dignidad? Con lo bien que le has dejado, ¿cómo volver ahora con el rabo entre las piernas para pedirle que te abra? «¡No volverás a verme, tenlo por seguro!»... «Perdona, soy la de antes... ¿Me abres, *porfa?*».

Una mujer con madurez suficiente sube de nuevo las escaleras y le pide la llave o que baje a abrirle. Pero yo no, qué va. (Era joven, ¿vale?). Una vez me quedé en el portal casi tres horas hasta que apareció un vecino y pude salir de allí. Fue tal mi entusiasmo y liberación cuando le vi que sólo me faltó lanzarme a sus brazos, como el que divisa un barco que va a rescatarle de una isla desierta y salvará su vida. Como el que espera un helicóptero perdido en plena montaña nevada. Como el que está siendo rescatado por una lancha tras pasar horas a la deriva sobre una colchoneta de playa... Como el que... Basta, creo que el concepto ha quedado ya claro.

Las hormonas, o yo qué sé qué, pueden transformar nuestros sentimientos en apenas unos segundos. ¿Por qué le vi tan guapo? ¿Siempre tuvo esa nariz o eso es de ahora? Juraría que antes sus cejas tenían una separación, ¿por qué me está mirando con esa cara de Blas?

Entre correr el riesgo de juzgar erróneamente y el de pasar la noche con alguien que no te convence, aconsejo siempre lo primero. Porque a veces el instinto es más listo que tú y percibes que algo del otro no te va a sentar bien.

El canalla

¿Qué es un canalla? Según yo (y aquí hemos venido a hablar de mí), se trata de esos hombres desaliñados que pasan por la vida pegados a la barra de un bar de copas. Parecen estar de vuelta de todo, a veces de muchas vueltas. Es un crápula al que intuyes un lado sensible que oculta tras una máscara de suficiencia. Es ese hombre que, sin saber muy bien por qué, unas veces te trata bien y otras mal y tú, como eres idiota (quien dice tú dice yo), en el fondo confías en rescatarlo de su propio infierno y de paso sacarlo de los bares de noche para convertirlo en un novio ideal.

Primer error: que tenga canas o barba no siempre significa que sea un hombre interesante. Estos dos factores no implican experiencia, sino aspecto de tener experiencia, que es muy distinto. El mundo está lleno de farsantes que esconden su infantilismo tras una barba canosa. Tenemos que aprender a distinguir a los auténticos hombres interesantes, que los hay (he dicho esto muy rápido).

Segundo error: elegimos un perfil de hombre para poder cambiarlo, pero una vez que hemos conseguido la transformación le perdemos el respeto porque se ha dejado transformar por nuestras exigencias.

Y encima, en esta extenuante búsqueda de pareja hay quien dice cosas como «yo quiero un hombre que cuide de mí», pero luego busca canallas. ¿En qué quedamos? Nos pasamos la vida intentando sacar el lado extrovertido del tímido o el lado

romántico del despegado, tratando de rehabilitar al crápula o de convertir al rockero en violonchelista. Adelgazar al gordito, vigorizar al enclenque, insistir en el mundo interior del más plano y simplificar al más complejo. Queremos modernizar al conservador y comprarle corbatas al moderno, retener al escapista y psicoanalizar al atormentado.

En definitiva, nosotras queremos cambiarlos a ellos, pero a menudo ellos pretenden que nosotras no cambiemos. ¿En qué momento nos adentramos en este despropósito?

Tu marido

Existe un tipo de hombre que te besa una noche por primera vez y a la mañana siguiente actúa como si fuera tu marido. Me consta que hay mujeres que adoran esta actitud, pero a mí me produce una angustia vital inenarrable. Es como si nos hubiéramos comido toda la parte espontánea y divertida de la relación para llegar prontito a una vejez matrimonial. Y la vejez matrimonial está muy bien si 1) Eres viejo y 2) Estás casado.

Yo me lié con uno que tras nuestro primer encuentro me envió un SMS a la mañana siguiente: «Buenos días, princesa». Qué mono, pensé.

El siguiente día sonó un SMS a la misma hora que decía lo siguiente: «Buenos días, princesa». Qué tierno, pensé.

Tercer día, nueve de la mañana, envía un mensaje que a ver si consigo recordar qué decía... A ver... Ah, sí, decía: «BUENOS DÍAS, PRINCESA». Qué... insistente, pensé.

Cuarto día: «Buenos días, princesa». Qué... ¡PSICÓPATA!, pensé.

Y fin.

Es la clase de hombre que te llama desde el trabajo para contarte qué ha comido y acto seguido, muy interesado en la respuesta, te pregunta qué has comido tú. Pero ¡esto qué es! ¡Estamos a un paso de relatarnos los detalles de nuestro tránsito intestinal! ¿De verdad vamos a pasarnos nuestras primeras horas de enamoramiento (y puede que las últimas) hablando de filetes de pollo? YO NO. Y sé que es un tema interesante que no recibe la atención que merece, pero no contéis conmigo.

Últimamente he pensado mucho en el origen de mi rechazo a este tipo de relaciones, y en especial a la palabra «novio». Yo era muy lanzada de pequeña, bastante más que ahora, y supongo que se debía a que no poseía memoria acumulada de experiencias negativas, así que no podía tener miedo a que las cosas salieran mal porque nunca habían salido mal.

A mí me gustaba un niño que se llamaba Pablo (y se sigue llamando así, que me he documentado). Tras cultivar nuestra amistad durante meses y mantener trascendentes conversaciones en los recreos sobre si pondrían donuts para merendar, o debatir intensamente acerca de si los profesores nos tenían manía, opté por pedirle que fuera mi novio. La conversación fue memorable. Yo, muy sutil, le propuse: «Que

si quieres ser mi novio». Y él contestó un rotundo y decidido: «Bueno».

Tenía nueve años y estaba comprometida. (La vida cambia tanto). A partir de ese momento, en los recreos teníamos la obligación de ejercer de novios, así que en vez de jugar al rescate con los demás niños nos sentábamos en un banco cogidos de la mano y mirábamos al infinito en un tenso silencio. En las excursiones, nuestros compañeros de clase se alejaban asumiendo que como novios serios que éramos querríamos disfrutar a solas de nuestro amor, y en cuanto teníamos que formar equipos para las tareas escolares, siempre acabábamos juntos por aquello de que éramos pareja.

Vivíamos nuestra relación como si no fuera compatible con la vida. Si éramos novios, teníamos que dedicarnos a ello veinticuatro horas y no podíamos hacer nada más. Estábamos demasiado ocupados siendo novios como para disfrutar de nuestra infancia.

Tener novio era lo más aburrido y asfixiante que me había pasado en la vida. Decidí acabar con nuestra farsa, pero Pablo se me adelantó y me dejó por Elena, una niña alta, rubia y bastante desarrollada. Este acontecimiento marcó mi vida sentimental.

Desde entonces, asocio las relaciones de pareja al aislamiento, el aburrimiento, la rutina y, a veces, a la posibilidad de que aparezca una mujer rubia, alta y muy desarrollada que se lleve a mi novio sin darme tiempo a reaccionar.

Amor platónico

Amor platónico: dícese de ese hombre al que tú has decidido otorgar el título de «inalcanzable». Un hombre que, según tú, está por encima del bien y del mal, por encima de ti y por encima de tus posibilidades.

Existe un amor platónico con forma de profesor; un hombre que sabe todo eso que tú desconoces, que te ofrece experiencia y protección. Ese tipo de amor que cuando se hace realidad no vuelve a interesarte nunca más. De repente, no es un hombre maduro, es un viejo; no es un tío experimentado, es un sabelotodo pretencioso; no es protector, es un psicópata obsesivo. (Me sé un montón de adjetivos).

También existe el amor platónico del colegio. En mi caso era ese niño que ni me miraba en clase al que yo, sin ninguna dignidad, iba y le preguntaba: «¿Quién te gusta?». Y él respondía: «Andrea». A lo que yo insistía: «¿Y de segunda?». «Sonia». «¿Y de tercera?». «Gabriela». «¿Y de cuarta?». Y ya casi por eliminación, el desgraciado acababa diciendo por fin: «Tú». Yo llegaba a casa entusiasmada y se lo contaba eufórica a mi madre: «¡¡¡Mamá, Armando me quiere de cuarta!!!». A lo que mi madre reaccionaba indignada: «¡De cuarta!». Aunque me quedé mucho más tranquila cuando en una fiesta de aniversario del colegio, quince años después, hablamos de lo que para él había sido una simple anécdota y para mí un antes y un

después en mi vida amorosa y llegó a confesarme que él realmente llegó a quererme... de segunda.

Para mí fue importante también el amor platónico del verano. El chico que te hace temblar cuando le ves saliendo mojado del mar, que te mira y te derrites y que cuando se le ocurre visitarte en tu ciudad en octubre no acabas de recordar por qué te gustaba tanto y sólo deseas que se vuelva a su pueblo del que nunca debió salir. ¿Por qué te gusta en los futbolines del pueblo y no en la Plaza Mayor de tu ciudad? El misterio del contexto.

Lo malo de lo platónico es que en cuanto se vuelve accesible pierde el encanto. Somos así de pesadas.

El padre

Hay épocas en las que lo que buscas es protección. Es algo ancestral que, tras darle muchas vueltas, he decidido que no tiene por qué ser un comportamiento machista. Entre otras cosas, porque yo también protejo a mis parejas. Se trata de cuidarnos los unos a los otros en la medida de lo posible y teniendo en cuenta nuestras cualidades. Y, dependiendo de cómo estén nuestras hormonas, a veces nos encontramos en los brazos de un macho alfa. Ese hombre capaz de protegerte ante cualquier situación... Aunque en esto también podemos equivocarnos (puestas a equivocarnos, vayamos a por todas). Puede que tenga apariencia de gladiador, pero a la hora de la verdad descubres que si un león estuviera a punto de atacarnos en plena selva, este tipo sería capaz de ponerte delante de él para protegerse. ¡Sería capaz de usarte como escudo humano y salir corriendo!

Buscar un papá es un error. Igual que buscar una mamá, igual que asignarnos roles de supervivencia para mantener las farsas afectivas. Pero a veces no podemos evitarlo.

A mí me han dicho más de una vez que tengo complejo de Electra por el insignificante detalle de que en la pantalla de mi móvil se lee «Dios» cuando me llama mi padre. Pero bueno, antes ponía «Papamóvil», que no andaba tan alejado de ese mismo concepto, y nadie se alarmaba.

Cuando era pequeña me tenía impresionadísima que mi padre mostrara el valor de atravesar el pasillo en plena noche para traerme un vaso de agua de la cocina. Ahí iba el tío jugándose la vida por mí y sin que le temblara el pulso. Y no sólo eso, sino que también era capaz de quedarse leyendo solo en el salón mientras en la calle sonaban unos truenos aterradores. Y ni se inmutaba. Mi padre era el hombre más valiente del mundo, y yo llegué a esa conclusión el día que montamos en el tren de la bruja del parque de atracciones.

Nos subimos al cochecito ese que va por unos raíles y atravesamos la amenazante cortina negra. Mientras yo tragaba saliva para controlar mi nivel de pánico, mi padre se mostraba sobrio, seguro de sí mismo. Me pasó el brazo sobre el hombro y me dijo:

«Tranquila, no va a pasar nada». Yo le miraba desde abajo y luego a mi alrededor para presumir delante de los otros niños. «Sí, éste es mi padre y es más valiente que el tuyo».

Soy consciente de mi infantilismo, pero quiero un hombre que me impresione, a quien admire, que haga cosas que yo no sé hacer (el listón anda bajo), que sepa cosas que yo desconozco (aquí más bajo todavía). El problema es que si la fascinación radica en que el otro haga cosas que yo no puedo hacer, el enamoramiento es muy frágil y momentáneo (por eso sé que no estoy hablando de enamoramiento sino de algo más vulgar). Basta con aprender todo aquello que él sabe y así dejará de fascinarme.

Para asegurarme un mínimo de constancia en mis relaciones debería entonces ligarme a un físico nuclear o a un traductor de lenguas muertas, de manera que nunca en la vida pueda aventajarlo en conocimiento. Y para ponérmelo más difícil estaría bien que entre las aficiones de mis amantes se encontrasen la caída libre, el barranquismo, la tirolina y el puente tibetano. Y a ser posible que el elegido hablase arameo, que para eso es EL ELEGIDO.

A veces me da por pensar que lo mejor sería un novio médico. Sí, un hombre sensible y capaz de cuidarme cuando esté enferma y que pueda recetarme cosas imposibles en situaciones extremas y así salvarme la vida, pero... Un momento, ¿y si hay un incendio? En ese caso, ¿para qué me sirve un médico? No, lo mejor es un bombero. Sí, un hombre fuerte y con valentía suficiente para rescatarme sin problemas de las llamas o los derrumbamientos (vamos, las catástrofes cotidianas para las que debe uno andar preparado). Pero ¿para qué complicarme la vida con relaciones de pareja si para estos casos se inventó el 112?

Aunque, si os digo la verdad, muchas veces me bastaría con un hombre que me pasara el brazo sobre el hombro y me susurrara al oído: «Tranquila, no va a pasar nada».

El hijo

Lo que distingue a un hombre de un chico no siempre tiene que ver con la edad. Hay chicos de cincuenta años y hombres de veinticinco. Aunque existen claves para diferenciarlos.

Un chico, por ejemplo, tiene sartenes que llevan meses sin ver el agua y su cocina ha conseguido crear un ecosistema propio. Sin embargo, el hombre mantiene la cocina limpia y en su nevera puedes encontrar cosas como apios o puerros. En la del chico puedes encontrar un bote de *ketchup* y medio limón triste (o contento, esto ya depende del trato que reciba).

La casa del chico huele a ropa podrida por la humedad, y sus toallas especialmente, porque él puso la lavadora una vez pero no lo recuerda. Es muy fácil poner una lavadora, amigos, lo difícil es sacar la ropa y tenderla. El reto está ahí.

El hombre te dejará pasar primero al entrar en su casa, sin miedo a lo que puedas encontrar dentro. El chico te hará esperar fuera mientras recoge (en algunos casos esto podría llevar días). Le ves con la escoba, el recogedor, la fregona... Sólo le falta ponerse la escafandra. «No tardo nada, fumigo la zona y ya nos ponemos con el sexo salvaje y espontáneo».

Si tienes fiebre, el chico te mirará en silencio, con cara de paisaje y sin reaccionar, hasta que seas tú la que baje a la farmacia, haga la cena y lo arrope antes de dormir, no vaya a ser que le bajen las defensas y le contagies algo.

El hombre irá al mercado a comprar carne o pescado fresco para prepararte la cena en casa y utilizará palabras como vichyssoise. El chico sacará una publicidad de *pizza* a domicilio y te preguntará si tienes algo suelto.

El hombre podría ser el padre de tus hijos. El chico podría ser ese que huye raudo por las calles en cuanto ve el resultado del test de embarazo.

El hombre parece estar aquí para quedarse. El chico parece no estar aquí...

La cosa se complica.

El Espíritu Santo

El Espíritu Santo es el hombre perfecto. Así que en este caso no se trata de un estereotipo real con el que haya tenido alguna cita, sino de un relato de ficción extrema. De ciencia ficción. Y ya sé que la mujer perfecta no existe y que de existir está lejos de ser yo, pero oye, vamos a divertirnos imaginando.

El hombre perfecto debe ser muy hombre, pero además muy sensible. Sexual, pero que no esté obsesionado con el sexo. Cariñoso, no pesado.

Familiar, pero no conservador. Divertido, pero no gracioso.

Guapo, pero que no te haga sentir fea. Decidido, pero que no abrume. Inquieto, no hiperactivo.

Atento, no agobiante. Independiente, no indiferente. Protector, no paternalista. Creativo, pero cuerdo.

Que sepa estar en cualquier situación, excepto en las que yo no quiero que esté. Fiel, no posesivo.

Que me quiera, pero que yo no sea el centro de su vida. Que yo sea el centro de su vida, pero que cuando me agobie tenga otros centros en su vida.

Leído, pero vivido. Carismático, pero humilde. Inteligente, pero que no vaya de listillo.

Que sepa informática como para arreglarme el ordenador, pero que no esté todo el tiempo metido en Internet. Ligero, no superficial. Profundo, pero no intenso.

Que le guste hablar, pero no todo el rato. Que le guste estar en silencio, pero no todo el rato. Que quiera estar en mi vida, pero no todo el rato.

Que me abrace cuando haga frío, pero no cuando haga mucho calor. Que se mantenga a una distancia prudente en el entretiem po.

Bondadoso, pero no tonto.
Espiritual, pero con los pies en la tierra.
Perfecto, pero humano...
Tampoco pedimos tanto, ¿a que no?

LA PEOR DE LAS CITAS

A veces, las peores citas son las mejores. Es decir, ésas en las que, aparentemente, todo va muy bien. Pero no sólo bien, es que sientes que no podría ir mejor. Te ríes mucho, hablas de todo, él conoce las mismas películas raras que tú, se sabe los discos que escuchabas en la adolescencia... Y luego te despides, convencida de que volverás a verlo... Y NO.

Que el tío no llama. Que no te coge el teléfono, ¡que pasa de ti! Pero vamos a ver, ¿cómo he podido inventarme tanto que habíamos congeniado? ¿O es que en este tiempo ha congeniado con otra tanto como lo ha hecho conmigo? Pero ¿no es eso mucho congeniar? Quiero decir, que ya es complicado congeniar con uno como para congeniar con dos y encima en el mismo fin de semana. Entonces ¿qué ocurre? Y lo peor de todo es que muchas veces han sido ellos los que te han insistido en quedar cuando tú estabas tranquilamente haciendo tu vida.

Y en este «haciendo tu vida», llega un tipo y te ronda. Tú te mantienes escéptica, que para eso tienes ya una edad y has visto de todo. Piensas que está tonteando contigo simplemente porque se aburre y no te arriesgas a un posible rechazo tras haber malinterpretado las señales, como te ha pasado tantas veces. No, estás de verdad tranquila y sin pretensiones.

Te encuentras de nuevo con el tipo y él parece realmente interesado, pero mucho. Te ablandas un poco y decides entrar en el juego y perder el miedo. Le ves una vez más y resulta que algo pasa, hay tema. («Hay tema», ¿por qué escribo así de repente?).

Te dice que le encantas, que qué bien todo, bromea con que a ver si os casáis y tenéis hijos y propone incluso iros un fin de semana juntos. Por fin te dejas de escepticismos.

Al día siguiente de la velada perfecta le envías un mensaje: «Qué bien lo pasé ayer, tengo ganas de verte». Enviar. Sonido de grillos. Ausencia de respuesta.

Bueno, no tiene por qué contestar inmediatamente, estará liado.

Haces como que sigues con tu vida mientras vigilas el móvil. Sales, entras, ves gente, miras la pantalla cada tres o cuatro minutos, miras el correo cada tres o cuatro minutos, miras el *Facebook* cada tres o cuatro minutos, entras en *Twitter* cada tres o cuatro minutos... (La tecnología no ha hecho más que empeorar las cosas).

Llega la noche. Más grillos. Bueno, no tiene por qué contestar en el mismo día. Estará liado.

Día dos. Bueno, no tiene por qué contestar en dos días, estará liado... ¡con otra! Porque si no, explícame tú a mí por qué no puede contestar.

¿Qué hago, le llamo directamente? No, eso es demasiado agresivo. Puede estar en el trabajo, o conduciendo, o despidiéndose de su mujer en la puerta de su casa.

Y mientras esperas vas haciendo visitas esporádicas a la nevera en busca de algo que calme tu ansiedad, a ser posible ese tipo de «alimentos» que echan por tierra lo de que «lo que no mata engorda». Al leer los ingredientes intuyes que a la larga primero te engorda y luego ya te mata.

Así que te pasas la semana sin respuesta, intranquila, comiendo todo el rato, preguntándote qué has hecho mal. ¿Por qué ese cambio repentino de un día a otro? ¡Si encima fue él el que insistió!

Cuando le ves de nuevo, él actúa como si os acabarais de conocer. Tú deberías callar dignamente, pero mira, no lo haces porque no te da la gana. Le pides explicaciones y él te viene a decir que no agobies, que vayas más despacio y que estés tranquila. Perdona, yo estaba de lo más tranquila hasta que llegaste tú a ponerme nerviosa.

Es como tener a alguien dándote collejas una hora tras otra mientras tú te repites mentalmente «ya parará, ya parará», pero no para y acabas metiéndole un puñetazo. Y entonces él te dice: «Pero mujer, no te pongas violenta». ¡Pues no me des collejas! Yo no estaba violenta ANTES de las collejas, yo estoy violenta DESPUÉS de las collejas.

Tuve una de éstas hace unos años. Uno muy interesado en mí me busca, yo acepto, quedamos, todo divertido, festival del humor (eso pensé), festival de las hormonas (por lo visto sólo las mías), festival del amor (según yo)... Bueno, pues nunca más se supo, hasta que un día llego al súper del barrio y me lo veo allí. Yo acababa de mudarme y descubrí entonces que éramos vecinos... Ya ves para lo que me iba a servir.

Desde ese momento, hacer la compra pasó de ser una obligación rutinaria de pura supervivencia a convertirse en una estrategia adolescente. Tenía que conseguir coincidir con él como de casualidad y descubrir qué pasaba con el tema.

Si mi vida fuera una comedia romántica, nos habríamos encontrado en la sección de vinos y la escena terminaría mientras elegimos un buen tinto para cenar juntos. Pero echando un vistazo a mi historia era mucho más probable encontrarnos justo cuando acabara de arrasar con todas las existencias de compresas noche, *tampax* súper y *salvaslips ultra*.

El caso es que tras dar un par de vueltas siguiendo a mi hombre, me paré a observarlo desde la carnicería y comprobé que él estaba haciendo exactamente lo mismo que yo pero CON OTRA. Me indigné como si fuera algo personal y pensé: «Esto es increíble, yo no he venido aquí a que me humillen». Eh..., no, de hecho, Bárbara, has venido a hacer la compra (me dije a mí misma).

Decidí retirarme de la competición humildemente y me acerqué sigilosa hacia la caja con mi cesta llena de productos prosaicos. Estaba a punto de pagar cuando él se

acercó hasta ponerse detrás de mí en la cola. Yo disimulé lo que pude, pero era demasiado tarde. Me reconoció (anda, que no llega a reconocerm...) y me saludó efusivamente, con una efusividad demasiado natural como para interesarle lo más mínimo. Ya estaba claro.

Le hablé como diciendo «me da igual no gustarte, porque tú tampoco me gustas a mí». Nos reímos de tonterías, intenté guardar mis compras rápidamente, me puse nerviosa y terminé por meter dos cosas en una bolsa y diez en otra (de este modo las bolsas estaban igual de equilibradas que yo), y encima puse cara de «¿qué pasa?, yo siempre lo hago así».

LA OTRA se colocó detrás de él y se miraron como idiotas. Yo me despedí, salí apresuradamente y la cajera me gritó con una escobilla de váter en la mano: «¡Te olvidas esto!». Y yo, lejos de actuar con naturalidad (porque todo el mundo tiene escobilla en su casa), le contesté con un hilo de voz: «No, no es mía».

Total, que volví a casa con la autoestima por los suelos, el chico que me gustaba pensando probablemente que estaba fatal y, lo más grave de todo: SIN ESCOBILLA.

Definitivamente, a veces la vida es un drama.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

Para iniciar cualquier tipo de relación es importante estar segura de una misma. Y tú, ¿lo estás? ¿Sí? ¿Estás segura de que estás segura? Bien, descubramos a través de vuestras respuestas si sois mujeres con aplomo y confianza. ¿Listas? ¿No? Pues vamos allá.

1. ¿Cuánto tardas en salir de casa?

A. Diez minutos. Me ducho, me pongo cualquier cosita y salgo pitando.

B. Tres horas. Me ducho, me pruebo toda la ropa que tengo, me quejo por no tener más, me aplico muchas capas de maquillaje hasta que el grosor de mi cara aumenta varios centímetros y me cambio de todo en el último momento.

2. ¿Cómo te preparas la noche antes de una entrevista de trabajo?

A. Me relajo leyendo y repasando los temas que puedan surgir en la entrevista; procuro acostarme pronto y dormir al menos ocho horas.

B. Tengo un ataque de pánico, llamo a todos mis amigos para que me tranquilicen, intento posponer la entrevista, vomito y sufro insomnio.

3. Si te gusta un chico en un bar...

A. Me acerco y le invito a una copa para conocerle, y luego... lo que surja.

B. Intento que no se me note, miro para otro lado, disimulo, y luego... él se va con otra.

4. Vas con tu novio a una fiesta y os encontráis con la despampanante exnovia de él.

A. Reacciono con naturalidad, me presento y charlo con ella. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene un pasado.

B. No le suelto la mano a mi novio, la miro de arriba abajo e intento mantener una conversación en la que ella salga desfavorecida. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene un punto débil.

5. La primera noche con un nuevo amante...

A. Intento pasarlo bien, conocer su cuerpo y disfrutar con el mío. El sexo es algo muy natural entre dos personas.

B. Intento apagar todas las luces (incluso las de la calle), le doy un condón antes de tiempo y finjo orgasmos para que crea que ha sido un éxito.

6. Una amiga celebra su cumpleaños en un karaoke...

A. Salgo al escenario la primera a pesar de no saber cantar. Pero ¿qué más da? ¡Lo importante es divertirse!

B. Me niego a salir a cantar y ante la insistencia de todos los amigos finjo una afonía crónica y me voy a mi casa. Pero ¿qué más da? ¡Tampoco eran tan amigos!

7. Los padres de tu novio os invitan a su casa a cenar.

A. Me muestro tal y como soy, comento lo bueno que está todo y entablo conversación para conocerlos mejor.

B. Se me cierra el estómago de la tensión, la madre se siente ofendida porque no

como y el padre acaba preguntándole a mi novio qué ha sido de su despampanante exnovia.

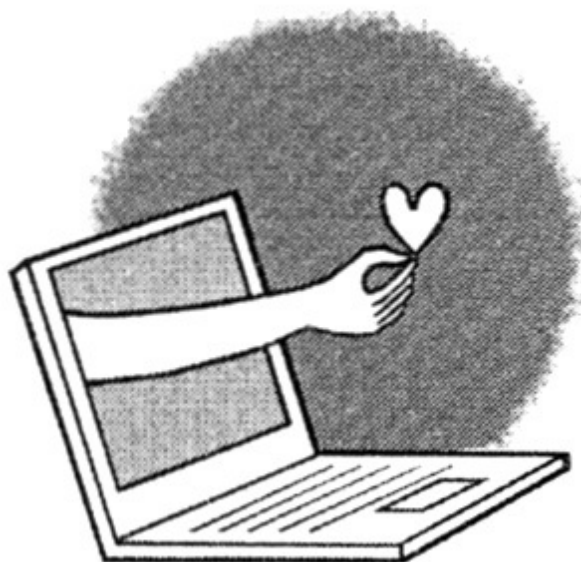
Si la mayoría de respuestas han sido B, tienes un grave problema de inseguridad evidente que debes solucionar. Si la mayoría de tus respuestas han sido A, tienes un grave problema de inseguridad encubierta que debes solucionar. Estoy segura de que este test os habrá ayudado a cultivar vuestra autoestima y a reforzar la confianza para afrontar vuestras próximas cincuenta citas... O no, calla, igual no estoy tan segura... Es que no sé.

3. TIENES UN *EMAIL*

—*Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas?*

—*Angustias.*

—*¡Bonito nombre!*



Reconozco que soy bastante experta en la comunicación a través de redes sociales. Esto se debe a que paso mucho tiempo sola trabajando en casa y es una forma de conectar con el mundo exterior. Aunque si lo que yo llamo «mundo exterior» resulta que también está metido en casa relacionándose con otros individuos metidos en casa, me temo que mucho mundo exterior no llegamos a abarcar.

No digo nada nuevo si os cuento que limitarnos a las relaciones a través de Internet no hace más que aislarnos y sumergirnos en una especie de ficción emocional. Uno llega a creerse que toda esa gente con la que se comunica forma parte de su extenso grupo de amigos, e incluso llega a pensar que esa persona con la que tan bien se entiende por *chat* será también afín en la vida física. Ambas cosas son, a menudo, falsas. Pero el problema está sobre todo en sustituir la relación con una persona por la relación con un teclado. Y encima, cuanto menos experimentas el cara a cara, más pereza empieza a darte hacer una llamada en vez de escribir un mensaje o tomar un café en lugar de expresarte en *Facebook*. ¿Que estamos mucho más expuestos en una conversación real que en una conversación por escrito? No hay duda. ¿Que un encuentro físico es más imprevisible que un encuentro virtual? Desde luego. ¿Que ahí está precisamente la gracia del contacto humano? Esto también.

¿**HAY ALGUIEN AHÍ?**

El día que por fin me lancé a hacerme un perfil en una web de encuentros estaba tan nerviosa como si me dispusiera a dar una conferencia ante tres mil personas. O como si fuera a mostrarme desnuda por las calles de mi ciudad... O a dar una conferencia desnuda por las calles de mi ciudad ante tres mil personas. Y eso que lo hice sin demasiada convicción, por eso de probar, por eso de tener otras experiencias, por eso de abrir un nuevo foco de obsesión en mi vida y así complicármela un poquito más. Porque hay una cosa que debéis saber: la búsqueda de hombres por Internet crea adicción. Sí, ahora pensáis que a vosotras no os va a pasar, pero contad con que durante el primer mes, que es justo el tiempo que me duró la broma, no piensas en otra cosa más allá de EL HOMBRE. (No entraré en detalles escabrosos, que los tengo, por si hay niños leyendo esto o, peor aún, MIS PADRES).

Tras hacerme un perfil con una foto de referencia que por supuesto no era yo, y añadir mis gustos musicales, lecturas y películas favoritas, en las que suele mentir todo el mundo, pasé a filtrar a los candidatos.

Existe un método para localizar usuarios a un número determinado de kilómetros a la redonda. Al principio, y con un ridículo exceso de confianza, comienzas a buscar lo más cerca posible de tu barrio. Cinco kilómetros a la redonda. Sí, con un par, «quiero encontrar el amor y además que me pille en el barrio». Lo intentas, pero como que no. Allí encuentras al raro que dice cosas que no entiendes, el que sale demasiado feo en la foto, el que sale sospechosamente guapo, el que ha elegido como foto de perfil una en la que aparece tumbado en una cama con peluches, el que hace chistes que no te hacen gracia y el misterioso, que en otras circunstancias te parecería interesante pero en este caso has decidido, muy comedida, que podría asesinarte tranquilamente.

Luego ya amplías a diez kilómetros... Nada... Veinte... Pues no. Treinta... Y así, poco a poco, te ves buscando a tu alma gemela en algún pueblo remoto de la geografía de España. Y si tras estas decepciones te quedan fuerzas, buscas de nuevo a cinco kilómetros, no vaya a ser que se te haya pasado ese gran hombre que te cambiará la vida... Pues oye, la vida ya me la está cambiando, pero a peor. Porque, bien pensado, ¿qué leches hago aquí sola metida en casa buscando a un tipo que probablemente no exista?

Y hay un momento en el que te convences de que eres más flexible, pero lo único que ha cambiado es que estás bajando el listón. Una vez que has asumido que el hombre de tu vida probablemente no sea ningún tío bueno, pasas a los siguientes requisitos, no sé si con sabiduría o con resignación:

«Igual no es tan guapo, pero el físico no lo es todo».

(Hasta aquí bien, aunque la cosa va degenerando).

«Vale que no está muy equilibrado, pero ¿quién lo está hoy en día?».

«Quizá no sea muy listo, pero seguro que tiene un gran corazón...».

«¿Para qué nos vamos a engañar? Tampoco es que sea una gran persona, pero oye, si tiene sentido del humor...».

«Yo reírme no me río, pero donde esté la química...».

«Bien, ¿dónde está la química? ¡Porque aquí no!».

«Bah, el sexo está sobrevalorado, lo sabe todo el mundo...».

«Sí, tiene antecedentes penales, pero él no quería, en todo caso la culpa la tiene la sociedad».

Exactamente lo mismo sucede con el filtro de edades:

De 30 a 40. Tampoco me voy a volver loca, más joven que yo o de mi edad, sin más. Nada.

De 30 a 45. Tampoco me voy a volver loca, más joven que yo o un poco mayor, sin más. Nada.

De 30 a 50. Igual un poco loca sí que me estoy volviendo, más joven que yo o bastante mayor que yo, sin más. Pues tampoco.

De 20 a 70. Anda, mira, pues al final sí me he vuelto loca...

Te levantas obsesionada para comprobar quién te ha escrito. Te acuestas obsesionada recordando quién te ha escrito. Escribes obsesionada a quien te escribe. Miras perfiles obsesionada de forma compulsiva durante horas... No sé si os he comentado el tema OBSESIÓN. Sí, ¿no?

Los primeros días te detienes en cada perfil para conocer al candidato con algo de dedicación. Al cabo de una semana, ya vas pasando con el ratón de uno a otro sin terminar de leer las biografías y con todos los prejuicios del mundo:

«Me llamo Ramón y...». Ramón no, no me veo yo con un Ramón.

«Vivo en las afueras de...». No, eso está muy lejos.

«Me gusta mucho el golf». Me aburro.

«Busco una mujer guapa que...». Demasiado superficial (NO COMO YO).

«Soy un chico muy divertido». Porque tú lo digas.

«Me gusta salir de fiesta y...». Pues que te diviertas.

«Soy un chico muy normal...». Peor para ti.

«Todas dicen que soy un buen partido». Todas: tu madre, tu hermana, tu vecina... Todas.

«Sólo busco relaciones esporádicas». Yo no. Yo busco un marido.

«Busco una mujer con la que formalizar una relación». Yo no. Yo busco una relación esporádica.

Éste no. SIGUIENTE. Tampoco. SIGUIENTE. SIGUIENTE. SIGUIENTE. Así hasta que descubres que has pasado unos mil perfiles en cinco minutos.

Durante aquella época, no fui la única que se entregó a las *webs* de encuentros; tres amigas mías cayeron también en la tentación y un día quedamos para cenar y contarnos nuestras respectivas experiencias.

Una de ellas contaba cómo en la misma tarde había dado de alta y de baja un perfil al menos tres veces. Se animaba y se arrepentía de forma compulsiva, porque si te metes en esto tiene que ser muy compulsivo todo. Si no, no funciona (y si sí, a menudo tampoco).

Otra recordaba el momento más humillante de su búsqueda, cuando empezó a hablar con un tipo que no se parecía nada a los demás; inteligente, divertido, atractivo y simpático, hasta que ella le propuso quedar y él se reveló como un ANIMADOR de la web, que se dedicaba a dinamizar a los usuarios y estaba felizmente casado. A mi amiga no la animó nada, más bien todo lo contrario, aunque ahora son amigos en *Facebook*.

La otra quedó con un chico indio guapísimo una tarde y al día siguiente él le dijo que había conocido a otra y que se iban a casar. EN UN DÍA.

Entre todas llegamos a la conclusión de que el hombre que frecuenta estas *webs* es, la mayoría de las veces, un hombre calvo que cuelga fotos de sí mismo acariciado por el sol en un acantilado vestido con un polo verde o rosa de los noventa metido a conciencia por dentro del pantalón y que siempre saluda con un «hola, preciosa». (Quiero aclarar aquí que a mí me gustan los calvos, el problema es todo lo demás).

El tema fotos es un tema. A todos nos preocupa que nos vea gente conocida porque en el fondo no estamos orgullosos de buscar novio por Internet. ¿Qué es lo que nos preocupa tanto de esto? Que se nos note la desesperación, porque parece que si has decidido abrirte un perfil en una web de encuentros es porque ya has intentado todo lo demás, y eso te convierte en una mujer desesperada. Bien, esto no tiene por qué ser así, aunque en los casos que relato coincida completamente.

Y entonces dudas si poner una foto tuya en la que se te reconozca. Así que pones la foto de UN OJO. Bueno, no, que se me vea un poco más o nadie querrá conocerme. Un ojo y un mechón de pelo, así, *sexy*, *huidiza*... O sea, rara que te cagas. No, foto de «mira qué simpática soy». No, nadie quiere simpáticas, las quieren misteriosas. Vale, foto de un hombro... ¿Quién quiere quedar con un hombro? Nadie. Bien, foto entre tinieblas... No, así parecerá que escondo algo porque soy terriblemente fea. Pues nada, foto de Marilyn Monroe, que al fin y al cabo tenemos mucho en común.

Lo grave de todo esto es que uno llega a creerse que, más allá del primer impacto físico, las afinidades intelectuales son garantía suficiente para establecer un vínculo emocional. Falso. «Me gusta la lectura, tomar cañas con mis amigos, viajar, el cine, la música...». ¿Qué me dices? ¡A mí también! Ya está, esto tiene que funcionar. Pero claro, ¿qué iba a poner? «Abstemio solitario y casero que no sabe quién es Cortázar o

Billy Wilder». Pues no. Por eso el 90 por ciento de los que dicen que les gusta leer se refieren a las instrucciones de uso de cualquier aparato electrónico o a la etiqueta del champú mientras están sentados en el retrete.

Existen otros filtros interesantes para encontrar a tu media naranja, como las medidas, el color de pelo (en caso de tenerlo), los ingresos (en caso de tenerlos), si es o no fumador, la religión, si tiene hijos o no, el peso o, atentos, si está casado o soltero.

Pero hay un momento en el que ya has buscado tanto que llegas a pensar que igual no deberías ser tan exigente, que ese hombre podría estar escondido en cualquier perfil que de primeras no te ha llamado la atención y que el amor se presenta esquivo tras un fumador empedernido muy gordo de noventa años superreligioso sin dinero parado casado con diez hijos sin pelo y bajito. ¿Acaso no puede ser amor? ¿EH?

APASIONADOS Y CANALLAS

Hay un perfil que me hace desconfiar. El de ese que tiene sólo fotos hechas por sí mismo. Suele coincidir con el que tiene como foto de perfil una de torso desnudo frente al espejo con un *flashazo*: yo en la playa conmigo mismo. Yo en el coche. Yo en mi casa. Yo en una terraza del centro solo. Yo en el *parking* (sí, sí, esto es real). Yo fumando. Yo bebiendo. Que sólo falta una de «yo hablando solo». Si no tienes amigos que te hagan fotos, lo siento, no me queda más remedio que desconfiar.

Y vas viendo cómo el tiempo corre y la esperanza se diluye entre candidatos que se hacen llamar *Apasionado36*, *Muylatino* o *Canalla31*. Sólo puedo entender que te pongas estos nombres si lo haces bajo algún tipo de amenaza (de ser éste el caso, disculpad mi insensibilidad. Os envío mucho ánimo desde aquí).

Os aseguro que me rechazaron más en un mes que en toda mi vida adulta. Pero lo llevo bien (sólo deseo que se cojan todos ellos de la mano y sean atropellados juntitos por un camión de mercancías peligrosas). Chateas, «conectas» y, de repente, *Canalla31* desaparece para siempre. Porque yo puedo ser maja, pero es que la siguiente además de maja tiene las tetas más grandes, o es más lista, o más graciosa (o es una ingeniera nuclear superchistosa con una talla cien).

Es peligroso creer que de verdad estás conociendo a alguien por el hecho de pasar la tarde chateando. Esto es engañoso, aunque saberlo no te evita el trago de la decepción por escrito:

—Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas?

—Angustias.

—Bonito nombre. —Nueve de cada diez hombres dicen esto.

—Gracias. —Nueve de cada diez mujeres contestan esto otro.

—He visto que te gustan los Beatles... A mí también, ¿sabes? —Que es como decir: «He visto que te gusta beber agua cuando tienes sed. ¡A mí también!»—. La verdad es que pareces distinta a las demás. —La verdad es que pareces distinta a las otras cien a las que les he dicho que parecen distintas a las demás.

—Hola, ¿tomamos algo?

—Un poco pronto, ¿no?

—No sé, *haber* si nos gustamos.

INCISO: ¿PERDONA? ¿HABER? Será A VER, ¿no? Esto no se lo digo porque tampoco es plan de humillar a nadie, pero es suficiente para que mi libido desaparezca *ipso facto*.

—*Ola q tal?*

—Bien, gracias, aquí esforzándome en poner todas las letras donde corresponden. Adiós.

—¡Hola! Bonita foto, ¡que ojazos tienes!

—Puede ser, pero la de la foto es Diane Keaton, se lo diré de tu parte.

—¿¿¿???

—[...] Yo soy un hombre con muchos reflejos.

—¿Sí? Pues yo soy más de mechas.

—¿Eh?

—*hola, q tal?*

—Bien.

—*a q te dedicas?*

—A ligar por Internet.

—*en serio?*

—PUES OBVIAMENTE, NO.

[...]

—No te lo tomes a mal, pero creo que utilizas la ironía para defenderte.

—No te lo tomes a mal, pero creo que utilizo la ironía porque puedo.

Luego, cuando ya llevas un tiempo en esto pasas a la acción mucho más rápido porque se te está acabando la paciencia. Y el primer paso la mayoría de las veces es la llamada de teléfono. En este terreno tengo tres grandes experiencias:

Una, me da su teléfono, le llamo y se pasa hora y cuarto hablando él solo (consultar el capítulo «Cincuenta primeras citas», apartado «Hablemos de mí»). ¡Y pagaba yo!

Dos, me llama, nos ponemos a charlar y al cabo de menos de media hora estamos teniendo una discusión de pareja que termina con un «esto no va a salir bien, es mejor que lo dejemos aquí».

Tres, hablamos por *Skype*:

—Hola...

—Hola, Bárbara —dice una voz de pito distorsionada aparentemente por el ordenador.

Carcajada.

—Ay, que no sé qué le pasa a esto pero te oigo como con voz de pitufo, es muy gracioso.

Silencio tenso.

—Mi voz es así.

Silencio más tenso aún.

—Ah... —Tierra trágame y disimula—. Ah, no, ahora ya sí, ahora se oye mejor...

La gente te dice que estás loca y que en las *webs* de contactos sólo encuentras locos. Un momento, yo estoy en una web de contactos, ¿qué insinúas? ¿Quiere decir esto que soy una loca? ¿No estoy yo aquí? ¿Y por qué no puede entonces estar gente como yo? ¿Por qué no puede estar aquí mi alma gemela?

TU ALMA GEMELA

La idea de enamorarte de tu alma gemela, además de sonar un poco incestuoso, creo que nos ha hecho mucho daño. Por culpa de esta idea de exclusividad afectiva, esa certeza de que existe uno para ti, y nada más, nos pasamos la vida intentando descubrir en cada hombre si «es él». Pobre. Y al terminar las relaciones se escucha a menudo esta inquietante frase: «Pues no era él». Mujer, alguien sería...

Pero en caso de que existiera un solo ser humano dispuesto para nosotras (uno

para cada una digo, si hay uno para todas lo llevamos claro), ¿qué se supone que hay que hacer? ¿Buscarlo? ¿Esperarlo? ¿Esperar buscando? ¿Buscar esperando?

¿Y si ese ser humano está en otro continente? Porque es bastante ilógico creer que hay uno para ti, pero lo es bastante más, ya puestos, pensar que hay uno para ti y que además vive en tu barrio o trabaja en tu edificio.

¿Cabe la posibilidad de que alguien nos diseñara de dos en dos y luego tuviera la mala leche de esparcirnos por el mundo confiando en que nos encontremos a través de las *webs* de contactos? ¿Cómo se puede ser tan cruel?

Lo malo de pensar así es la limitación que nos imponemos nosotros solos. Es como creer en el destino a niveles, diría, nocivos. Ese creer que todo es por algo puede volverte loco, y ese creer que estás predestinado a encontrarte con una persona en concreto que por el momento se mantiene de incógnito, es igualmente peligroso.

¿Pensarán ellos que la mujer de su vida está escondida tras perfiles de Internet? ¿O se lo toman menos en serio y simplemente se divierten quedando con unas o con otras?

Claramente, hay perfiles femeninos que triunfan y que nunca tienen que ver con el tuyo. Tú te esfuerzas en poner que te gusta Saramago y otras no han pasado de leer el *Cosmopolitan*, pero tienen bastantes más visitas que tú.

Existen varios perfiles de mujer que tienen un éxito indiscutible entre los hombres:

La mujer Campanilla

Es aquella que hace tartas de arándanos los sábados por la mañana vestida con un delantal de encaje que ha bordado ella misma. Le gusta escuchar las reflexiones profundas e intelectuales del hombre mientras le mira con expresión infantil postrada a sus pies o tocando el arpa (las hay sin arpa, pero el concepto es el mismo). Se trata de chicas etéreas y estilizadas que parecen estar a punto de quebrarse en cada paso. Jóvenes inocentes a las que rescatar, necesitadas de la presencia masculina para seguir adelante. La mujer Campanilla trabaja con niños, es pintora o escultora o se dedica a la jardinería (o todo a la vez, porque encima la desgraciada se organiza muy bien el tiempo).

Suelen ponerse *nicks* de animales como *gata15* o *gacela84*... De animales delicados, se entiende, no se ponen *vaca28*, *cerda001* o *lagarta66*.

La quitaquevoy

Se encarga de escribir la palabra SEXO en su perfil y, además, de llenarlo de fotos en bikini. No quedará con nadie nunca porque ése no es su objetivo, simplemente le divierte la popularidad conseguida en las redes y constatar el poder de su cuerpo. Puede incluso que tenga a su novio de toda la vida en la habitación de al lado...

ligando también por Internet. Hay gente para todo.

Su *nick* es un diminutivo algo infantil que contrasta con su sensualidad de mujer: *Anita, Susi o Angie*.

La esquivia

Está bastante desequilibrada y ahí, supuestamente, radica su encanto. Es una sensible bailarina de ballet y en sus ojos se intuye un oscuro pasado del que nunca te hablará. Mujeres con graves conflictos emocionales que ellos confían en resolver con su protección de macho alfa. Te arrastran a situaciones imposibles porque son muy espontáneas y no han perdido la frescura (eufemismo de «inconsciencia») de la infancia. Sus *hits* son: patinar sobre un lago helado, aun a riesgo de acabar ahogada, saltar la valla de una propiedad privada, aun a riesgo de morir devorada por los perros, o sacar medio cuerpo por la ventanilla de un *Cadillac*, aun a riesgo de ser arrollada por un camión.

En su perfil habrá una foto de Audrey Hepburn y su *nick* estará relacionado con el cine de los años cincuenta.

La psicópata

Ha sufrido una adolescencia de acoso escolar y se ha pasado la vida sola defendiéndose de la agresividad de los más populares de su clase. Su perfil es falso, pero lo necesita para relacionarse desde un personaje inventado un poco más feliz que su persona real. Se dedica a poner fotos de otras chicas simulando ser ella, pero a menudo se trata de chicas cuyo único rasgo común es que son rubias o morenas y que recopila en «imágenes» de *Google*. Esto es fácil detectarlo, a no ser que seas un hombre y tus ojos estén más pendientes del fastuoso escote que de la evidente estrategia para captarte. No quiero ponerme dramática, pero si quedas con ella, te acabará matando.

A ésta la llamaremos *Carrie*.

CARA A CARA

Nos seguimos creyendo que lo que nos enamora del otro es todo aquello que vemos o conocemos. Sus criterios musicales, ideológicos, los libros que le gustan... Pero aquí te das cuenta de que por mucho que hayas conectado por escrito, luego entra en juego lo verdaderamente importante. La voz, la mirada, los gestos, la forma de caminar y de mover las manos, la piel, el trato, el saber estar. Todo eso sólo puedes verlo cara a cara, cuando a menudo ya es demasiado tarde, ya tienes tu cerveza delante y no te queda más remedio que entablar una conversación con alguien que

sabes que no te interesa.

Situaciones reales:

Nos encontramos en una esquina. Nos saludamos. Nos sentamos. El dice:

—Lo primero que tengo que decirte es que soy de ultraderecha.

—Bien, ¿y no podías haber comentado esto ANTES de pedirme una cerveza doble y no DESPUÉS?

Estoy sentada a la barra de un bar. Se sienta un hombre junto a mí y me saluda amablemente.

—Perdona —tanteo—, estoy esperando a Pepe...

—Yo soy Pepe.

—No, tú no te pareces nada a Pepe... —que en la foto está que se rompe de bueno—. No eres Pepe.

Pues oye, ¡era Pepe!

(Yo prefiero mil veces salir fea en la foto y que la sorpresa sea que soy mucho más mona a tener una foto estupenda y que la sorpresa sea que soy espantosa. Aguantar la mirada de profunda decepción del otro al comprobar lo poca cosa que eres comparada con la foto de tía buena que había en tu perfil).

Espero sentada en la terraza en la que hemos quedado, veo a lo lejos a alguien que podría ser él y empiezo a pensar «que no sea, por favor, que no sea, que no se...».

—HOLA, ¿QUÉ TAL?

Sí que es.

Viene a buscarme a la boca del metro un señor muy bajito con sombrero de *cowboy*. Y yo que he venido en metro, qué tonta, cuando podrías haberme pasado a buscar a caballo, ¿verdad?

Uno que me dice que llega tarde porque ha discutido con SU MUJER. Sin comentarios.

Otro que, con la cerveza todavía a medias, me dice animado que a ver si conozco a sus dos hijos... Un momento, apuesto a que ni recuerdas mi nombre. «Mirad, niños, ésta es vuestra nueva mamá, se llama... esto...».

El que se justifica cuando ve mi cara de sorpresa al conocerlo:

—Es que la foto de mi cuenta es de hace unos años...
Sí, unos veinticinco.

El lanzado, al que le da igual ocho que ochenta:

—¿Nos vamos a tu casa?

—Hola, no me has dado tiempo ni a sentarme.

VISTO Y NO VISTO

Es cierto que algunas de estas citas no han salido del todo mal. Concretamente una (o ninguna). Pero mis amigas y yo coincidíamos, al hablar sobre este tema, en que apenas encontramos hombres interesados en tener una segunda cita (con nosotras, aclaro; una segunda cita con otras digo yo que tendrán). Tras escuchar algunos clásicos de consolación, tipo «hay tantos hombres como peces en el mar» (¿está esto científicamente demostrado?, ¿se ha dedicado alguien a hacer el recuento y comparar ambos censos?), concluimos que muchas veces nosotras tampoco deseamos esa segunda cita. Pero es muy distinto que tú no quieras volver a verle a él a que él no quiera volver a verte a ti. ¡Dónde va a parar!

Hoy en día, las relaciones sentimentales son como *Twitter*: cortas, rápidas y, en su mayoría, superficiales. Pasamos de una historia a otra con facilidad y la sensación es que nos basta con el titular de una noche. Para profundizar hay que hacer el esfuerzo de pinchar el enlace adjunto, y no siempre apetece. Es más fácil seguir leyendo otros *tuits* a cada vez mayor velocidad, con cada vez menos atención, con cada vez más ansiedad. Esta dinámica se traduce en que los hombres desaparecen tras el primer encuentro sin dejar rastro.

Estuvimos intentando encontrar una explicación coherente a este comportamiento y decidimos que sólo podía deberse a tres cosas:

Una: no les gustamos.

Dos: tienen miedo al compromiso (con nosotras en particular).

Tres: existe un agujero negro que se los va tragando según salen de nuestras casas y que les impide volver a llamar o contestar nuestras llamadas. No es que no quieran, es que están vagando sin rumbo en el limbo de los amantes esporádicos, lamentándose muchísimo por no tener cobertura. Porque estaréis de acuerdo conmigo en que es absolutamente lógico que no tengan cobertura en un agujero negro. Esto sí que debe de estar científicamente demostrado, no como lo de los peces.

Y nos quedamos con esta tercera explicación porque, puestas a especular, mejor

acabar concluyendo lo que nos dé la gana.

Hace poco asistí al cumpleaños del hijo de una amiga. Le habíamos regalado tantas cosas que el pobre se encontraba aturdido. No le daba tiempo a valorar cada juguete porque inmediatamente después de recibirlo ya le estaban entregando otro. Era tal la saturación y la ansiedad que acabó jugando en un rincón con un trozo de papel de regalo. Imagino que todos corremos ese riesgo. No detenemos en nada, pasar de inmediato al siguiente estímulo, olvidar lo esencial, banalizar encuentros y seguir buscando compulsivamente.

En estos tiempos, el amor de tu vida puede durar unas horas. Vamos a ponerle al menos un poco de cariño.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

¿Compensa todo el tiempo que pasamos en las redes el resultado de nuestras citas? ¿Qué buscamos realmente «ligando» por Internet? ¿Estamos preparadas para esta actividad o sólo obsesionadas?

1. ¿Cuánto tiempo puedes pasar alejada de Internet?

- A. Un montón; siete, ocho horas... Todas las que esté durmiendo.
- B. El que haga falta, no tengo problema.

2. ¿Qué piensas justo antes de acudir a una cita a ciegas?

- A. Que no le voy a gustar y seré testigo de su gesto de decepción al verme.
- B. Que le voy a encantar y que a ver si esta vez hay suerte y él también me gusta a mí.

3. ¿De qué hablas en una primera cita?

- A. Intento encontrar un tema interesante, que suele ser: yo y mis cosas.
- B. Le hago preguntas sobre su vida e intento acercarme a conocerlo mejor.

4. Abres un perfil en un portal de citas...

- A. Me hago pasar por una mujer que no soy y luego me estreso por si me desenmascaran.

B. Intento ser sincera y confío en que ellos lo sean también.

5. ¿Cuánto tiempo dedicas a ligar por Internet?

A. Lo que dura mi vigilia... Y luego sueño con todos los perfiles que he visto durante el día.

B. Poco, desde la obsesión no se consigue nada.

6. ¿Qué buscas en las relaciones por Internet?

A. Que me hagan caso.

B. Conocer gente interesante.

7. ¿Qué es lo que más valoras de una primera cita?

A. Que me haga caso.

B. Que sea un hombre interesante.

8. ¿Por qué no funcionó tu última cita?

A. Porque no me hizo caso.

B. Porque no me pareció un hombre interesante.

Como soy muy perspicaz, tengo la sensación de que si has elegido la opción A en las últimas preguntas, lo que estás buscando no es el «amor» sino la atención del género opuesto (o del mismo si te gustan las chicas). Yo te entiendo, pero si ése es tu principal objetivo es mejor que sepas que no suele salir bien.

Y ahora corre, ¡ya puedes volver a Internet!

4. SEXO EN NUEVA YORK

Papá, mamá, aquí es donde vosotros dejáis de leer.



El sexo: esa actividad tan necesaria, sobrevalorada, maravillosa, decepcionante, traumatizante, estimulante, adictiva, prescindible, divertida, claustrofóbica, liberadora, estresante, hueca y enriquecedora.

Encontrar un buen compañero de cama es tan complicado como acertar con un buen plan de Nochevieja. Todo parece perfecto en la especulación; te vistes, te arreglas, te animas tú sola y acudes al plan con ilusión, pero a la hora de la verdad acabas estrellándote contra tus propias expectativas. Finalmente, nada acaba de encajar, no te estás divirtiendo y a las tres de la mañana empiezas a pensar que hubiera sido mejor quedarte en casa viendo una película de Woody Allen en el sofá (si no sois fans de Allen podéis sustituirlo por cualquier otro director y el ejemplo seguirá funcionando).

Para mí, la decepción no tiene nada que ver con no haber alcanzado un orgasmo, sino con la falta de espontaneidad que me encuentro a menudo. Estamos tan preocupados intentando demostrar algo que olvidamos lo esencial de una relación sexual: la comunicación. Y en multitud de ocasiones me descubro inmersa en una secuencia pornográfica en la que el protagonista se esfuerza en enseñarme sus supuestas habilidades y yo en estar a la altura. Aunque a veces este despropósito funciona exactamente al revés.

A ver, que no nos está grabando nadie, que no vivimos del porno, que podemos detenernos de vez en cuando, preguntarnos qué nos gusta o cómo nos encontramos, que podemos reírnos, tomarnos menos en serio nuestras coreografías eróticas y fracasar tranquilamente.

Y esto ahora lo tengo muy claro, es parte de la gracia de cumplir cuarenta años,

pero lo que se complica es transmitirles mis inquietudes y deseos a mis amantes (¡ja!, como si tuviera muchos..., ¡ja!, como si tuviera uno) sin que piensen que soy una excéntrica. Por eso os lo cuento a vosotras, que sé que me entendéis... Sí, ¿no?

Yo he conocido tipos aparentemente normales que cuando se meten en la cama se transforman de forma radical, porque para hablar de sexo, inevitablemente, debemos hablar de la pornografía, que tiene a muchos demasiado despistados.

Un estudio de la Universidad de Middlesex (Reino Unido) alertaba hace unos meses sobre la imagen distorsionada que los jóvenes obtienen del sexo debido a la pornografía. Por otra parte, la experta de la Federación de Planificación Familiar Estatal comentaba en un artículo que «cuando se aprende sobre el sexo a través de lo que los medios mayoritariamente difunden, o del porno, lo que se recibe es la reproducción de estereotipos machistas, de relaciones violentas y basadas en falsas expectativas. Se reproduce un modelo de sexualidad reducida al coito que además deja fuera las prácticas de cuidado mutuo». Y lo terrible es que en apenas un año, de 2011 a 2012, los procesos judiciales por violencia machista en adolescentes se han incrementado un 30 por ciento.

La presidenta de la Comisión para la Investigación de Malos Tratos a Mujeres aseguraba que «entre los jóvenes se reproducen roles que creíamos superados. Patrones en los que el chico es el dominante y ejerce esa dominación a través del control, y la chica adopta una actitud sumisa o complaciente».

Lo peligroso es que además existen multitud de películas dirigidas a público adolescente que fomentan la sumisión femenina y la dominación masculina. Y la forma de relacionarnos está calando más profundamente de lo que podamos imaginar. Nuestra actitud con el sexo podría ser incluso el germen o el reflejo de cómo funciona el mundo: individualismo, utilitarismo, sometimiento, poder y agresividad.

Encuentro varios problemas en la emulación de la pornografía, y muchos de ellos tienen que ver con el miedo a fracasar.

Por eso existe el temor a la comunicación verbal, a darse indicaciones: «Ahí no, más suave, se me ha dislocado la cadera, mejor ponte así, así no me gusta ponerme...». Y a hablarse más allá de: «¿Te gusta así, eh? ¿Te gusta? ¿Te gusta?». ¡Me gustaba antes de que me lo preguntaras quince veces! Es como ir al cine y tener a alguien al lado preguntando: «¿Te está gustando la película? ¿Te gusta? ¿Y eso te ha gustado? ¿Qué es lo que más te ha gustado hasta el momento?». ¡Si quieres te hago un comentario de texto ahora mismo y acabamos antes!

Cuando un hombre entra por la puerta de mi casa, que es por donde intento que entren siempre porque soy muy convencional, sé perfectamente todos los pasos que se dispone a dar. Y la responsabilidad de esto no la tiene él, la tenemos ambos.

Existe una logística casi militar en el acto sexual que se intenta no abandonar por miedo a que la improvisación nos exponga en exceso. Pero en la improvisación podríamos descubrir que no tenemos tan claro qué estamos haciendo, y ése es un buen paso para liberarnos de tanto corsé psicológico. Otros pasos que podrían

orientarnos son los siguientes:

DOCE CONSEJOS PARA CONSEGUIR QUE NUESTRO ENCUENTRO SEXUAL SE MANTENGA EN EQUILIBRIO ENTRE «NUEVE SEMANAS Y MEDIA» Y «SUEÑOS DE UN SEDUCTOR»

1. Si no te está gustando algo, dilo. Pretender que todo va bien cuando lo estás pasando mal es un fracaso mucho mayor que interrumpir para expresar por qué no te está gustando o cómo podrías disfrutarlo... A ser posible dilo con delicadeza, no con un: «¡PERO ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO, TARAQ?! ¡¿NO VES QUE EL CLÍTORIS NO ESTÁ AHÍ?!». Esto no.

2. Ya que sacamos el tema, el clítoris no es un timbre dispuesto para el cartero comercial (a no ser que vuestro compañero de cama trabaje como cartero comercial, en ese caso sí, claro; un saludo a todos los carteros comerciales). Y por lo que he podido comprobar con los años, el glande (sí, he dicho glande) no es una palanca de cambio de marchas. SENSIBILIDAD.

3. Si quieres darme alguna indicación mientras me encuentro sumergida entre tus piernas, intenta no hablar al mismo tiempo que me acaricias las orejas. Es imposible que te escuche si estás taponando mis oídos, y acaban dándose diálogos tipo: «Tócame el [ininteligible]». «¿Qué has dicho?». «Cuidado con los [ininteligible]». «Es que no te he oído...». «No me [ininteligible]». «¿Me lo puedes repetir?».

4. Si vas a preguntarme muchas veces si me gusta tu miembro (no encuentro otra forma de escribirlo sutilmente, lo siento), recuerda que esto no es una *pelí* porno y que podría darme la risa o decirte que no, que tampoco es para tanto. Debes estar preparado para una reacción inesperada.

5. Si quieres que me dé la vuelta para ponerme de espaldas, hazlo con cariño o dímelo, no me cojas de los tobillos para girarme, no soy un animalillo.

6. No es un drama que no tenga un orgasmo (si lo fuera, *Otelo* parecería una comedia romántica comparada con mis experiencias sexuales). Tu virilidad no está en juego por eso; lo está por otras cosas que no tienen que ver estrictamente con echar un polvo. Tú tranquilo... SIN PRESIÓN.

7. Desengáñate, que me apoye en tu pecho al terminar el coito (sí, he dicho coito) no quiere decir que desee ser tu novia. Quiere decir que hemos tenido un momento de intimidad y que, como mínimo, podríamos compartir unas caricias poscoitales (y ahora he dicho poscoitales).

8. Si no consigues una erección debido al nerviosismo, la presión psicológica, el exceso de alcohol o porque he dejado de gustarte de golpe (¿PERDONA?) y te digo que «no te preocupes, no pasa nada», no lo tomes como condescendencia, es que de verdad no debes preocuparte porque de verdad no pasa nada.

9. En la vida real hay un momento en el que uno tiene que detenerse para ponerse el preservativo. Es un bajón, pero es necesario, así que ejecutémoslo con naturalidad.

No hace falta que lo hagas con la rapidez con la que Superman se cambia de traje. Los dos sabemos que no eres Superman... y que yo a ratos tampoco soy *Superwoman*.

10. Llamarme «zorra» o similares en momentos de calentón sólo evidencia tu necesidad de sometimiento, y es lo menos sexy que una mujer se puede echar a la cara. Evítalo. Yo a cambio prometo no llamarte «acomplejado», «pusilánime» o «chapero».

11. Si grito «te quiero», «te amo» o «casémonos» en el momento del orgasmo, no computa como sentimiento real.

12. Cuando se pregunta «¿qué piensas?» tras el acto sexual, existe un subtexto a tener en cuenta: «de mí». A nadie le importa qué piensa el otro en realidad, sino sus reflexiones ACERCA DE TI, DE TI. Recuerdo una noche con un exnovio en la que descansaba apoyada en su pecho después de una apasionada noche de sexo; él fumaba un cigarro y miraba al techo con media sonrisa. Yo pensaba «este chico me gusta, creo que podría enamorarme de él, podría ser mi alma gemela» y otras reflexiones desmesuradas debidas al agotamiento que produce fingir que eres multiorgásmica. Y entonces le pregunto: «¿Qué piensas?». Él me mira tierno, le brillan los ojos, hace una pausa dramática y contesta: «En un amplificador que vi ayer. Estaba de oferta». ¿CÓMO? ¿Yo estoy pensando en que puede que seas el hombre de mi vida y tú estás pensando en un amplificador? ¿En qué momento dejamos de entendernos?

HOMBRES, NO ROBOTS

Y ya que yo misma he sacado el tema, me veo obligada a confesar (que esto no salga de aquí) que he fingido orgasmos (no con vosotros, con vosotros nunca. Sólo con los otros que no sois vosotros).

Una mujer nace, crece, aprende, ríe, llora, se alimenta, lee, viaja, se compra ropa, se enamora, cree que se enamora, charla con amigos, ejerce una profesión, hace planes, evoluciona... Y un día se encuentra a sí misma a cuatro patas sobre una cama con un amenazante cabecero a unos centímetros de su cráneo y un tipo empujando detrás. Ya sabéis de lo que estoy hablando.

En el sexo consentido todo vale, no seré yo la que se ponga monja con las posturas que uno debe o no practicar, sobre todo porque el problema no está en la postura, sino en la actitud. Pero oye, más de una vez me he encontrado en esa situación pensando: «¿Por qué estoy haciendo esto?», «¿Qué he hecho mal para estar aquí a punto de estrellar mi cabeza contra el gotelé?», «¿Por qué me siento como castigada mirando a la pared?», «¿Y éste por qué no termina de una santa vez y se va a su casa?». Y ahí es donde entra el fingimiento del orgasmo, que lleva implícito un «ACABA YA, POR DIOS».

Entiendo que esto a los hombres les haga sentirse inseguros, entiendo que por nuestra parte hacerlo es una gilipollez... Yo entiendo muchas cosas a estas alturas, pero sólo relato cómo funciona, no cómo me gustaría que funcionara.

En el sexo uno puede llegar a sentirse muy vulnerable. Estás desnudo, a menudo junto a alguien a quien apenas conoces y con la tensión del primer encuentro, en el que todo suele salir bastante mal. A mí la vulnerabilidad me parece un buen estado para conocerse, sin defensas ni ataques, sólo dos personas investigando sus cuerpos y descubriéndose entre ellas.

Es innegable que el sexo pertenece al terreno de nuestra intimidad, y detecto que tenemos un problema para manejar lo que consideramos «íntimo» y por eso acabamos convirtiéndolo en un anacrónico y estúpido tabú.

No sé si habéis observado que hay quien a estas alturas sigue comprando preservativos con actitud clandestina, como si se tratara de un espía intercambiando información confidencial en una guerra mundial.

—Ponme unas tiritas, un cepillo de dientes, enjuague bucal y unos preservativos...

—NO TE HE OÍDO.

Entonces el destino se encarga de que la farmacia se vaya llenando de clientes que, según tú, escuchan atentamente tus palabras.

—Unos preservativos, digo...

—¿Qué tipo de PRESERVATIVOS quieres?

—Me da igual.

(Acabemos con esto).

La farmacia ya cuenta con tres o cuatro personas que forman una inquietante cola detrás de ti, aunque en tu cabeza son muchas más y sientes que de repente aquello se ha transformado en una discoteca ibicenca en una noche de agosto.

—Extra, Placer Máximo, Sensibilidad Extrema, Adictos al Chocolate, Mutuo Clímax, Frescor, Natural...

—Natural, Natural.

(Como diciendo «no soy un pervertido»).

Y sales de allí con la cabeza gacha, sintiendo que todos te escudriñan, cuando en realidad a nadie le importa lo más mínimo tu vida sexual.

Está claro que las que hemos optado por amantes en vez de novios nos la jugamos con más facilidad. Y es verdad que algunas también hemos optado por filtrar nuestros encuentros y no conformarnos con lo primero que se nos pone delante, pero expuestas lo estamos igualmente.

Necesitamos hombres que actúen como hombres, no como robots, capaces de improvisar, de tratarnos con cariño, de descubrirnos con sus caricias, de acariciarnos con sus palabras; hombres dispuestos a dejarse llevar, a dejarse conocer y, a ser posible, a no dejarse el cepillo de dientes en nuestra casa.

COSAS A EVITAR

Hay más cosas que conviene evitar en una relación sexual. Me dispongo a enumerarlas por si os sirvieran de algo:

Muñeca hinchable

Sí, ya sabéis, esa actitud masculina en la que sientes que si te intercambiaran por una muñeca hinchable tu compañero de cama ni se percataría. Y así, sometidas a lo que les apetece a ellos estrictamente, vamos pasando por las clásicas posturas de:

«Me está dando un tirón», y a ver cómo le digo que me está dando un tirón con lo entusiasmado que está.

«Me caigo», estoy al borde de la cama y acabaré en el suelo en dos minutos.

«Me asfixio», su cara está tan cerca de la mía que no me llega el aire. SOCORRO.

«Me aburro», ¿cuánto tiempo necesita para terminar?... ¿A qué día estamos ya?

Chantaje

Irte con él a la cama porque «ahora no te vas a echar atrás». Esto te lo dice algún listo cuando llevas una hora magreándote en el portal pero decides que no quieres ir más allá. Pues mira, me echo atrás cuando me dé la gana. Hablan como si les pusieran un chuletón delante y justo cuando están a punto de cortar el primer trozo se lo retiraran de la mesa. Pues sí, te jode, pero por un día que no comas tampoco te va a pasar nada, así que no me seas agonías.

Al grano

Han aprendido cuáles son las zonas erógenas femeninas y allá que van. «Te toco aquí, luego aquí y tú te excitas, que esto lo he visto yo en Internet». Bueno, en Internet también has visto a gente volar y no por eso te vas a tirar por el balcón moviendo mucho los brazos para mantenerte en el aire, ¿no?

A ver si lo entendéis algunos: en Internet ellas gimen de placer porque son ACTRICES, no porque estén disfrutando, esto lo primero.

Segundo, no somos todas iguales.

Tercero, progresión y delicadeza, por favor. Lo que no puede ser es que te abra la puerta y antes de decir «hola» tú estés retorciéndome un pezón porque te han contado que eso es erótico.

Y el problema no está en que un tío no sepa lo que te gusta, que no tiene por qué, el problema está en que crea que lo sabe y no esté dispuesto a salir de su obcecación. Ya lo dice la frase aquélla: «No hay mujeres frías, sino hombres ineptos». ¿Que

nosotras también somos unas ineptas en infinidad de ocasiones? No lo niego, pero en eso que profundice otra en otro libro, que yo bastante tengo ya.

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Todos hemos pasado ese momento en el que, tras salir la noche anterior, despiertas un sábado por la mañana y decides que no volverás a beber nunca más. Pero hay una resaca todavía peor para mí; el momento en el que despiertas un sábado por la mañana con un hombre al lado y decides que no volverás a acostarte con nadie nunca más.

Hay una fase en la vida en la que ya no sólo te importa con quién te acuestas sino con quién te levantas. Y muchas veces este hombre que ronca a tu lado desnudo no es el mismo por la noche que por la mañana. Hablo de ese paso abrupto en el despertar. Él abre los ojos y parece estar diciendo: «¿Tú quién eres?». Tú le miras en silencio pensando: «¿Qué haces aquí?».

Tras la enajenación en la que te sumergen las hormonas, de repente descubres que este tipo no te interesa demasiado y que tú a él, me temo, tampoco.

«Bueno, sólo ha sido un polvo, no tiene mayor importancia». Pues si compartir fluidos, respirarse cerca, fundir pieles y juntar lenguas, entre otras cosas, no tiene mayor importancia, ¿qué la tiene?

Imagino que todavía bebemos de tendencias muy extremas que surgieron para desmarcarse de las ataduras impuestas. Quizá frivolicemos el sexo para escapar del yugo de la moral, de la idea de que el sexo es sólo justificable para la procreación, del tabú, del miedo a lo que mueve en nosotros. Puedo entender que se haya llegado a esto, pero estaría bien encontrar, al menos para mí, un término medio entre la banalización, la idealización y la penalización. No me vale pensar que el sexo no es importante o que es un ejercicio gimnástico sin más consecuencias que alguna agujeta aquí y allá.

Has tenido a un tipo dentro de ti, que luego con suerte se va o con suerte se queda, eso ya depende de la elección que hayamos hecho. ¿Cómo pensar que eso no es importante? ¿Acaso no os han entrado ganas de llorar tras una relación sexual? ¿Acaso no os han entrado ganas de reír o de tener muchos hijos tras una relación sexual? (Si habéis osado verbalizarlo, el tipo probablemente todavía esté corriendo). ¿No os habéis deprimido durante varios días u os habéis sentido absolutamente felices? Una relación sexual tiene repercusión, queramos verla o no, queramos investigar en lo que nos genera o no, pero la tiene.

Creo que cualquier contacto humano tiene consecuencias. Hay quien te pone contento y hay quien te pone triste. Hay quien te succiona toda tu energía y vuelves a casa con las neuronas derretidas y hay quien te contagia un ánimo excelente con el que convives el resto del día. Si sabemos que esto es así, ¿por qué pretendemos

rebajar la importancia cuando se trata de sexo? Porque nos hemos creído que uno es más libre si no se plantea estas cosas. Porque quizá sea más fácil no planteárselas. Y porque este discurso parece asemejarse al de aquellos que reprimen sus instintos sexuales creyendo además poder juzgar la promiscua actitud de los demás. No es el caso. Desde mi experiencia personal puedo decir que el sexo utilitario sienta mal, así como cualquier relación utilitaria sienta mal. Lo complicado es discernir entre las conexiones que te impulsan o las que te lastran.

Seamos sinceras. ¿Cuántas veces hemos seguido adelante con una relación sexual que no nos estaba gustando? ¿Cuántas veces, incluso, nos hemos acostado con un tipo porque se daba por hecho que era lo que tenía que ocurrir? ¿En cuántas situaciones nos hemos visto inmersas en las que ahora saldríamos corriendo y en su día las aguantamos por no decepcionar? POR NO DECEPCIONAR. Es que algunas hemos sido muy gilipollas.

No se puede sufrir el sexo, esto es un disparate, pero nos han inculcado que si no despertamos interés sexual en los hombres somos unas fracasadas. Esto, que sabemos que es injusto y estúpido, nos lo están metiendo en la publicidad constantemente.

Seguimos viviendo en un patriarcado. Y nosotras seguimos emulando el rol masculino para poder escalar profesionalmente, para pedir cierto respeto y para protegernos. «Si vosotros sois así de bestias, nosotras también podemos». Claro que podemos, pero la solución no consiste en silenciar nuestra feminidad, sino en dejar de avergonzarnos de ella. Consiste, entre otras cosas, en asumir nuestros cambios anímicos y en aceptar la complejidad de nuestro funcionamiento cerebral, sin pretender allanarlo para adaptarnos socialmente.

Ser femenina no tiene nada que ver con depilarnos las ingles o comprar lencería; ser femenina no tiene nada que ver con disfrazarnos para resultar sexualmente apetecibles. En esto, como en tantas cosas, nos la han vuelto a colar.

A muchos les resulta anacrónico hablar de la liberación de la mujer. Insinúan que ese tema ya está superado y que si alguna se queja de machismo es porque se trata de una feminista histórica. «Votáis, trabajáis, podéis ir en minifalda, viajáis sin permiso de vuestros maridos... ¿De qué os quejáis ahora?». Pero la liberación consiste en dejar de disimular lo que creemos que nos hace débiles (y en evitar levantarnos al cuarto de baño ocultando el tampax, como si intentáramos pasar cocaína por el arco de seguridad de un aeropuerto). No somos hombres, no sentimos como ellos, ni vivimos nuestra sexualidad como ellos, ni nos comunicamos como ellos, ni afrontamos los problemas como ellos. Y sin embargo, a veces nos sentimos orgullosas por actuar como ellos, como si fuera un paso necesario en nuestra evolución, como si nuestra condición femenina tuviera que ser superada en algún momento. Pero no tiene que ser superada, todo lo contrario; tiene que ser reivindicada.

Y da igual si nos gusta o no ser mujeres; simplemente es lo que somos, así que intentemos llevarlo con dignidad. Dejemos de disculparnos por nuestras diferencias.

Dice el zen que la clave está en apuntar, pero no disparar la flecha hasta saber con certeza que darás en la diana. No estaría mal intentar afinar el tiro en nuestros encuentros sexuales. Igual nos depara alguna sorpresa.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

Para disfrutar del sexo hay que conocerse bien. Vamos a ponerte a prueba.

1. ¿Qué opinas de tu cuerpo?

- A. Creo que estoy bastante buena.
- B. ¿Cuando dices «cuerpo» te refieres a este engendro?
- C. No es perfecto pero es el mío y debo quererlo y respetarlo.

2. ¿Qué esperas de un encuentro sexual?

- A. Que nos lleve a enamorarnos y a tener una relación de pareja algún día.
- B. Que se acabe.
- C. Que nos ayude a conocernos y a disfrutar a ambos.

3. ¿Qué pensamientos recurrentes te visitan tras una relación sexual?

- A. Ojalá volvamos a vernos, ha sido una experiencia inolvidable.
- B. Ojalá no pretenda quedarse a dormir, tiene pinta de roncar mogollón.
- C. Ojalá cualquier cosa distinta a las otras cosas.

4. ¿Qué piensas durante la relación sexual?

- A. ¿Qué tal me quedará esta luz?
- B. ¿Cuál era el río este que pasa por Teruel? En cuanto acabe pongo un lavavajillas. Tengo que llamar a mi madre. Se me está desconchando el techo, a ver si le doy una manita de pintura.
- C. Intento no pensar en nada y entregarme al momento.

5. ¿Qué sueles decir al terminar?

- A. Cariño, has estado estupendo.
- B. Hazle un nudo al preservativo y mételo en el congelador junto a los otros.
- C. ¿Tu nombre era...? Ja, ja, tranquilo, es una broma, sé perfectamente que te llamas Fernando. «Armando». Bueno, eso.

6. ¿Cómo te describirías a ti misma en la cama?

- A. Espontánea, segura, divertida, curiosa.
- B. Acomplejada, torpe, cansada, mayor.
- C. Si te digo la verdad, no lo sé, hace tiempo que dejé de importarme la imagen que proyecto.

Si la mayoría de tus respuestas han sido A, no sé qué haces leyendo este libro. Si has elegido B, estás fatal y lo sabes. Si has elegido C, estás preparada para disfrutar del sexo sin ataduras (a no ser que te vaya el sadomaso) y sin prejuicios absurdos.

Si en unas has elegido A, en otras B y en otras C, sólo puedo decirte que eres una persona de lo más desconcertante. ¡Enhorabuena!

5. LA BODA DE MI MEJOR AMIGA

Tengo unas amigas que no me las merezco..., otras sí.



A mí tener pareja me angustia un poco, y dependiendo de quién sea él me puede angustiar incluso un mucho. Por eso, la idea del matrimonio me produce sarpullidos. Pero observo que hay gente bastante normal que decide casarse de forma voluntaria. Yo no lo puedo entender, pero ya os digo que no soy un buen ejemplo.

La primera boda a la que asistí fue la de una de mis mejores amigas. Como era la primera, no tenía vestido, ni zapatos, ni bolso, ni nada. Me prestaron un vestido de boda largo, bastante largo, y yo soy corta, bastante corta, así que para evitar ir pisándome el bajo me prestaron también unos zapatos de boda altos, bastante altos, y yo que voy siempre con zapato plano, bastante plano, necesité el brazo de un amigo para poder caminar dos pasos hasta el taxi.

También me hicieron un moño llamado «italiano» que me salió carísimo, y para no arruinar el esfuerzo de la peluquera me pasé la velada con el cuello muy tenso por miedo a que se deshiciera su obra de arte. Yo diría que esto ya es empezar mal. Porque se supone que una va a estas cosas a divertirse, y yo estaba tan pendiente de mi indumentaria que actuaba como si estuviera sufriendo una parálisis momentánea de cuello para abajo. «Mira, Bárbara, mira qué guapa está la novia». «No puedo girarme que se me cae el moño italiano, que venga ella».

Me disfracé de una persona que no soy y me fui para allá con total resignación. Porque no sólo siento rechazo a casarme yo, sino también a acudir a las bodas de los demás (así que, por favor, desde aquí os lo pido, no me invitéis. Gracias).

Pero si sólo fuera esto... No, antes de una boda existen dos situaciones que me desesperan también: el regalo y la despedida de soltera.

COGE EL RAMO

Bien, mira, si entramos en esto y nos vamos a gastar dinero en despedirte, tú deberás abonar la cantidad destinada en tu despedida cuando decidas separarte. Creo que es lo justo. Aunque ni siquiera hace falta que nos devuelvas el dinero una por una, pero sí que te gastes algo en hacer una fiesta de despedida de casada a la que nos invites a todas... siempre y cuando no hayas tenido que gastarte todos tus ahorros para tramitar el divorcio. En este último caso seremos comprensivas.

Por otra parte, ¿por qué no se te puede regalar algo normal? ¿Por qué las listas de boda convierten toda esta ceremonia en un despropósito? Si puedo regalarte un libro en tu cumpleaños, ¿qué hago teniendo que regalarte un electrodoméstico en tu boda?

Por eso existe la lista absurda de *El Corte Inglés* (anuncie aquí su publicidad gratuita), para comprar un regalo que a ti no se te habría ocurrido en la vida.

En aquella ocasión me hice a la idea de decidir rápidamente para poder salir lo antes posible, pero no fue tan fácil. Respetando los límites económicos que me había marcado, y entre las pocas cosas que quedaban ya para escoger, me encuentro con la siguiente lista de regalos, y juro que esto es real:

«Rabanera de 42 euros». Disculpad mi ignorancia, ¿qué es una rabanera? Lo primero que te viene a la cabeza es que se trata de un recipiente para guardar rábanos, pero yo no he visto a mis amigos comerse un rábano en la vida. Y vale, quizá éstas son cosas que se hagan en la intimidad, aunque tampoco les he oído mencionar el tema rábano. ¿Por qué se supone que mis amigos, hasta ahora personas normales, necesitan una rabanera? Y de necesitarla, ¿por qué no ha salido nunca en una conversación?

También dentro de lo que puedo gastarme, leo: «Cenicero, 90 euros». Para amortizar un cenicero de 90 euros hay que fumar mucho, pero mucho, y no seré yo quien someta a una pareja de recién casados a esa presión.

De repente, encuentro un práctico instrumento doméstico llamado «recogetodo de 95 euros». Por ese precio, espero que también recoja a los niños del colegio.

¿«Portavela» por 100 euros? No quiero ni pensar lo que costará la vela.

«Juego tú y yo desayuno», 150 euros. Yo lo llamaría mejor «juego tú y yo hemos arruinado a nuestros amigos para tener dos bandejitas que no usaremos nunca porque todo el mundo sabe que desayunar en la cama de forma romántica es un mito, se cae todo, el café se derrama y dejas migas en las sábanas».

El «osito soñador» cuesta 98 euros. ¿Qué es un osito soñador? Y otra cosa, con lo que me voy a gastar en él, creo que tengo derecho a saber por qué el osito está durmiendo. Por este precio no quiero que sueñe, quiero que trabaje y que se gane la vida con el sudor de su frente de osito.

Atención a «figura caballo», por la módica cantidad de 230 euros. Yo lo siento mucho, pero por un poco más les compro el caballo de verdad.

Así que finalmente opté por «espejo grande», porque eso sé perfectamente lo que

es. Y se trata, lo traduzco por si el nombre os resulta demasiado críptico, de un espejo pero grande. No pequeño, no, no, uno grande. En fin.

Tras cumplir el objetivo del regalo, llega la despedida de soltera. La única desventaja de trabajar en casa es que cuando en mi grupo de amigos hay que organizar algo me lo encargan a mí. Hay que estar muy despistada para encargarme algo así, porque para mí el plan perfecto sería reunimos todas y convencer a la futura novia para que no se case. Pero me piden que prepare una despedida como Dios manda (no sé qué pensará Dios de las diademas en forma de pene, pero ya me entendéis).

Mi intención era organizar algo corto y que pase muy rápido. Pero la cosa se complica y en Internet me encuentro con propuestas de fin de semana con triciclos, galería de tiro, toro mecánico y capea con vaquillas. Yo me pregunto si esto no se trata más bien de una venganza de las amigas, que prefieren ver a la homenajeadas antes muerta que casada. Para evitar posibles accidentes, descarto el plan de «matemos a nuestra amiga y así no tenemos que ir a la boda, ni comprarle un regalo, ni un vestido que sólo te puedes poner una vez» y continúo con mi investigación.

Entre las propuestas más populares de Internet descubro entrañables ofertas con *striptease*, magos, humoristas y enanos. Sí, como lo oís: ENANOS. Me dan ganas de llamar a los organizadores y decirles: «Hola, mira, es que la chica que se casa es enana, ¿no podríais contratar a uno muy alto para que ella se eche unas risas a su costa? Las personas altas le hacen una gracia...».

Otras bromas para la novia que no tienen desperdicio consisten en infiltrar a divertidos y peculiares personajes en la fiesta para tomarle el pelo a la protagonista. Por ejemplo, el *boys yonqui* (sí, sí, esto existe). Porque si hay algo divertido en esta vida es, sin duda, la adicción a la droga, eso sí que es para mearse de la risa. También existen las opciones de personajes que se hacen pasar por *boys locos*, fotógrafos borrachos o camareros mariquitas. Es evidente que ser homosexual es equivalente a estar loco o borracho, e igualmente desternillante.

Pero, por curiosidad, decido adentrarme en el mundo de las despedidas de solteros y me encuentro con que las bromas preparadas para ellos se basan también en contratar actrices que encarnen el papel de cleptómana, borracha o lesbiana (vamos, una cosa te lleva a la otra). Y tras varias horas de búsqueda, decido desistir y dejarlo en manos de una experta en estas horteradas. Y ella cumple con su papel y contrata a un *boys* para una cena en la que estamos todas cenando dignamente, como si nada, pero con nuestras diademas fálicas. El chico, disfrazado de Batman, comienza el *striptease* y a nosotras nos da la risa; una risa nerviosa por el surrealismo en el que nos vemos inmersas. Al terminar el espectáculo se sienta con nosotras y acabamos adoptándolo. Nos habla de su reciente ruptura, de su hijo, que vive con la madre, de su precaria situación económica, de que no va a poder pagar la hipoteca... y le compadecemos allí todas con actitud maternal... Todo muy erótico.

Tras haber superado «satisfactoriamente» el tema regalo y despedida de soltera,

llegué con mi tensión de cuello a la ceremonia, en la que el cura hablaba con desgana por el cabreo que tenía por haber tenido que esperar a la novia. Sí, mi amiga es de las que llegan tarde.

Al final, ya fuera de la iglesia, alguien empieza a animar a las solteras a que nos pongamos en posición de coger el ramo. De repente, me da pavor ser la única soltera y presentarme sola a pelear por el ramo... Aunque pelear sola habría sido muy estúpido, por otra parte. Pero la vida no es tan cruel y poco a poco se van uniendo otras mujeres.

La novia lanza el ramo, saltamos, lo rozo y, finalmente, lo coge otra amiga. Yo admito mi derrota con deportividad (y casi con alegría), pero curiosamente los demás no. Mi amiga se acerca condescendiente y me cede el ramo. Yo le digo que no, que lo ha cogido ella. Me insiste, me niego: «Por compasión no, lo has cogido tú». Y ella: «Es para ti, cógelo». Todo el mundo empieza a participar y me gritan «¡cógelo, cógelo!». Hasta mi madre se acerca con los ojos fuera de las órbitas, y veo su boca a cámara lenta, con la voz distorsionada diciendo: «Coooooeeee eeeeeel raaaamooo». En ese momento compruebo que la pobre ha depositado sus últimas esperanzas en su hija soltera y acepto el ramo coaccionada y sin ninguna ilusión.

La segunda y última boda a la que he acudido en mi vida fue la de mi prima. Se suponía que yo iba a aparecer con el que era mi novio por entonces, pero para complicarlo todo rompimos justo una semana antes (me gusta vivir al límite).

Al llegar allí comprobé que todos iban en pareja. Se iban sentando unos junto a otros donde aparecían sus nombres, que sólo faltaba que pusiera «señor y señora de». Yo estaba sentada junto a un sitio vacío con el nombre de mi ex, como dejando bien claro que iba allí SOLA.

Hace tiempo que no vivo las rupturas como un fracaso sino como la culminación de un intento, pero sería mucho pedir que el resto del mundo también lo viera así. Y yo estoy dispuesta a reconocer que mi situación no es la ideal si vosotros lo estáis a reconocer que la vuestra tampoco lo es. Y si todos reconocemos que la situación ideal no existe.

Familiares y amigos comenzaron a desfilar por delante de mí, como el que se pone a la cola para dar el pésame a la viuda: «Era un gran hombre», «ahora toca superarlo», «estamos aquí para lo que necesites». Hubo incluso quien llegó a decirme: «¿Ya no tienes novio? Vaya, pensábamos —así, en plural, para subrayar que eran dos— que eso ya lo tenías solucionado». Y miró cómplice a su amantísima esposa con gesto de «la hemos perdido». ¿Insinuáis que no tener pareja es un problema? ¿Para quién? ¿Para ellos! (Ellos, los otros, esos extraterrestres que viven a pares). A algunas parejas les resulta amenazante comprobar que el mundo no funciona sólo como ellos creen, que para muchos estar o no con alguien es circunstancial o que no todos perseguimos lo mismo.

¿POR QUÉ YO NO?

En algunos momentos, cuando tus amigas empiezan a casarse o a emparejarse, hay una parte de ti que se pregunta: «¿Por qué yo no?». Así, con cierto dramatismo: OH, DIOS, ¿POR QUÉ, POR QUÉ? Que sólo falta un plano cenital y una tormenta cayendo sobre nosotras para completar la escena épica.

A lo mejor nos estamos tomando demasiado en serio nuestra situación personal. A lo mejor, incluso, nos estamos tomando demasiado en serio a nosotras mismas en general. Parece como si hubiéramos trazado nuestra trama desde la infancia, con unos puntos de giro definidos y ahora, sobrepasando o rondando la cuarentena, resulta que el guión no está resultando como lo habíamos planeado. Ese guión en el que somos protagonistas indiscutibles, claro, que para eso es nuestra vida.

Lo malo de sentirnos tan protagonistas es que la vida real resulte decepcionante. Como protagonista que soy, ¿por qué yo no tengo un novio tan estupendo como mis amigas? ¿Acaso son ellas las protagonistas de mi historia? No, soy yo, así que lo merezco MÁS.

No os avergoncéis, todas hemos caído en estas mezquindades en algún momento... ¿NO? Si la respuesta es no, prefiero retractarme: YO TAMPOCO, conste.

A lo que voy (porque voy hacia algún sitio, lo prometo) es a que podemos sentirnos protagonistas de nuestra película pero tomarnos con un poco de humor nuestras escenas frustradas. Puede que no seamos Sandra Bullock, Jennifer López o Sarah Jessica Parker, pero siempre podemos elegir una versión femenina de Woody Allen.

Cuando por fin uno de mis ex y yo decidimos que podíamos ser amigos, quedamos para ir al cumpleaños de un amigo común que se celebraba en una casa de campo. El plan era que él me recogía en coche y nos íbamos para allá charlando de nuestras cosas y poniéndonos al día. El detalle que olvidó mencionar es que en el coche no iría solo, sino con su perro enorme en la parte de atrás y con su novia súper tía buena en el asiento del copiloto.

Así que mi ex nos presentó y yo me situé en el asiento trasero, CON EL PERRO. Entonces el perro se me ponía encima y yo iba de blanco, lo apartaba mientras además apartaba trozos de periódico, botellas vacías y todo muy agobiante al mismo tiempo que ellos charlaban y reían con las ventanillas abiertas (y el *melenón* rubio de ella al viento), por lo que yo no escuchaba nada. Me pasé todo el viaje intentando entrar en la conversación, mantener la dignidad y quitarme un perro tamaño caballo de encima —«¿qué decís? No os oigo. QUITA, no, abajo. ¿CÓMO?»—, hasta que por fin llegamos al cumpleaños; ella impoluta y yo con babas y patas marcadas en mi camisa blanca.

Lo bueno de esta situación, que de entrada era algo humillante porque me sentí

como la hija pequeña de una pareja perfecta, fue que acabó haciéndome gracia. Pensé que si yo era protagonista de mi película pero no guionista, porque hay infinidad de cosas que no dependen de mí, lo único que debía hacer era cambiar el género de la historia y elegir la comedia. Y cuando consigues vivir en un registro más cercano a la comedia, casi cualquier cosa, por incómoda que sea, tiene todo el sentido del mundo.

Aunque esto no impide que a veces nos genere cierto desasosiego comprobar que vivimos contracorriente. No tanto como antes, ahora somos muchas solteras y creo que está más aceptado, pero cada nueva amiga que comienza a convivir con su pareja o, peor aún, que SE CASA, agudiza el riesgo de que te sientas un poco más sola.

Desde hace unos años, tengo la costumbre de organizar cenas de mujeres cada dos o tres meses. Al principio la idea nació como «la fiesta del pijama», una reunión en mi casa un poco infantil en la que, entre otras cosas, hablábamos de chicos, pero ahora ya somos mayores y en vez de fiesta del pijama nos reunimos en una cita mucho más adulta en la que, entre otras cosas, hablamos de hombres.

A la última cena, a la que solían acudir ocho amigas, se presentaron tres. Yo al principio pensé que la ausencia del resto se debía al deterioro de mi poder de convocatoria, pero por lo visto es mucho peor que eso: el resto ya están en pareja y lo de hacer planes por su cuenta como que no les va. Así que me pregunto si estas reuniones femeninas acabarán convirtiéndose de aquí a unos años en una imagen que protagonizo yo sola en el sofá de mi casa, cenando en chándal frente a la televisión y *pimplándome* una botella de vino entera. Y claro, empiezo a sentir como una ráfaga de *Diez negritos* que me pone los pelos de punta. Del grupo de solteras quedamos tres, y no sé si me siento como una orgullosa y heroica superviviente que resiste con entereza en su independencia o todo lo contrario, como si estuviera en el *Titanic* durmiendo tranquilamente, ajena a la catástrofe, mientras todos los demás se ponen a salvo. Y hasta hace poco me daba miedo despertarme un buen día con unos cuantos años más y descubrir que sólo quedo yo y ya no hay botes para mí.

Pero ¿es eso realmente la pareja? ¿Un bote de salvación? ¿Todo el mundo encuentra a alguien con quien compartir su vida o hay una edad en la que empieza a entrarte el pánico y te agarras a quien pilles para no ahogarte?

Por si acaso, creo que deberíamos mejorar nuestra técnica en natación.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

Y ya que estamos hablando de amistad, os propongo un test para descubrir qué tipo de amigas sois. Si suspendéis en las respuestas, lo más probable es que la gente que os rodea os abandone en algún momento y os quedéis solas para siempre, así que adelante, leed sin presión.

1. Un amigo en apuros te pide un préstamo y tú estás en condiciones de

ofrecérselo.

A. ¿Es de más de diez euros?

B. Se lo presto sin dudar, y si mi situación económica me lo permite no se lo reclamaré en el futuro.

C. Se lo presto dudando bastante, haciéndole ver que no me viene bien, e intentaré sacar el tema cada vez que hablemos. «Buenos días». «Buenos para ti, claro, como tú no has tenido que prestar tu dinero...».

2. Le haces un gran favor a un buen amigo.

A. Me lo cobro en cuanto pueda, a ser posible con tono de pasiva agresiva.

B. Nada me hace más feliz que ayudar a los demás.

C. A ver, define «buen amigo».

3. Estás de fin de semana en una casa rural con un hombre que te encanta y una amiga te llama llorando.

A. Finjo no tener cobertura y luego desconecto durante varios días.

B. Escucho pacientemente sus problemas y si es necesario me acerco a donde esté.

C. Escucho resignadamente sus problemas y me ofrezco a acudir en su ayuda mencionando como de pasada que llueve, es de noche y las carreteras están heladas en el campo.

4. Una amiga acaba de romper con su novio.

A. ¿Está bueno?

B. Le doy la enhorabuena, éste podría ser el principio de una hermosa soledad.

C. Le digo que no se raye, tía, que ella merece algo mejor, que a vivir que son dos días, que no hay mal que por bien no venga, ni mal que cien años dure, que a quien buen árbol se arrima... Yo qué sé.

5. ¿Eres rencorosa con tus amigos?

A. ¿Te refieres a si recuerdo que una vez mi amigo no me llamó durante varios días aun sabiendo que yo tenía gripe cuando yo le estuve llamando todos los días mientras él sufría una gastroenteritis? No, para nada.

B. No, si algo me molesta prefiero decírselo en el momento y no acumular malos rollos. Somos humanos y cometemos errores.

C. Sí.

Si has elegido A, aunque sólo sea en una pregunta, recuérdame que me aleje de ti todo lo posible. Si has elegido B, recuérdame que te invite a un café y a lo que surja. Si has elegido, C recuérdame que no incluya una tercera opción en los siguientes test, porque se me han terminado las conclusiones.

6. PRETTY WOMAN

—*Hola, quería un champú.*

—*Para cabello estropeado, ¿verdad?*

—... *No, ése que se lo compre tu madre, a mí dame uno normal.*



Existe una cuenta atrás soterrada que se acentúa sobre todo en las mujeres. Y esta vez no estoy refiriéndome al reloj biológico, sino al miedo al deterioro físico. No se trata sólo de vernos guapas sino que además tenemos la sensación de que si no encontramos a un hombre en los años en los que físicamente estamos bien, ¿qué será de nosotras cuando ya no estemos tan bien? Suena cruel, ¿verdad? Pero ¿funcionamos así o no? ¿El mundo, en gran parte, funciona así o no?

Está claro que hay un tipo de hombres a los que a los veinte les gustan las de veinte, a los treinta les gustan las de veinte, a los cuarenta les gustan las de veinte y así hasta los noventa, que ya entienden que una novia tan joven es más difícil de conseguir, así que pasan a contratar a una enfermera (de veinte). ¿Y qué podemos hacer a los cuarenta? Pues mira, si nos encontramos con un señor que sale corriendo cuando observa que se nos está cayendo el culo, bienvenida sea su huida, y cuanto más rauda mejor.

Esto no quiere decir que no esté bien cuidarse físicamente, lo malo es cuando lo hacemos para conseguir un acompañante y así sentirnos valoradas, queridas y menos solas. Cuando las intenciones tras la preocupación física son éstas, la tarea estética resulta aún más esclavizante.

Pero a menudo estas cosas se nos olvidan y nos encontramos inmersas en los consejos de las revistas femeninas y la publicidad. Y si te descuidas, puedes terminar la mañana preocupada porque tu cabello no está lo suficientemente hidratado o tus pestañas no alcanzan la longitud ideal.

—¿Qué te pasa? Te noto desanimada.

—Sí, es que tengo las pestañas demasiado cortas..., pero no quiero tu compasión.

—Vaya, cuánto lo siento... ¿Y qué vas a hacer?

—Pues no lo sé, imagino que morir sola, porque ¿quién me va a querer así?

Hubo una época en la que me tenía fascinada un anuncio en el que una mujer madura, tras ponerse una crema antiarrugas, no es que estuviera más joven o más guapa, no, ¡es que estaba difuminada! Con un par. Y bien, hay días en los que no me importaría nada estar difuminada, pero imaginad el riesgo de probar este producto y que efectivamente funcione. ¿Y si me pongo la crema por la mañana y mientras me dirijo a una reunión de trabajo mis facciones se van borrando? ¿Cómo van a reconocerme mis compañeros si llego a la cita sin cara? ¿Y mi madre? «Mamá, que soy yo, te lo juro». «No, aléjate, mi hija tenía las facciones definidas así que tú no eres mi hija».

Otro de mis productos favoritos es la crema de *diez años menos en doce días*. Ésta sí que es buena. Si me la pongo muchas veces, ¿volveré a nacer? ¿El descuento de años es proporcional a los días que la utilice? ¿Cuántos años aparentaría yo con esta crema si sólo me la aplicara cinco días? ¿Y si la usara veintitrés días más de lo indicado?

También me llama la atención el champú llamado *Volumen non stop*. No quiero ponerme exagerada, pero creo que esto es peligroso; el volumen tiene que parar en algún momento, no sólo por preservar la integridad física de los que te rodean sino por una misma. ¿Hasta dónde llega el volumen *non stop*? ¿Tienes que lavártelo corriendo en cuanto alcanza el volumen deseado? ¿Cabes por las puertas al cabo de un par de días? Si no me lavo el pelo en una semana, ¿acabaré teniendo la cabeza más grande que el cuerpo?

SÉ TÚ MISMA (TE DECIMOS CÓMO)

Pero es que si te descuidas puedes pasarte la vida leyendo titulares surrealistas como «sé tú misma», seguidos de varios consejos para serlo. «¡Sé tú misma, te decimos cómo!». O ese clásico para el verano, las Navidades, los puentes y la Semana Santa: «Ponte a punto y acaba con esos kilos de más». ¿De más para quién, de más para qué?

Existen hordas de especialistas que saben cómo yo puedo ser yo misma. Y es curioso, pero para ser una misma hay que gastar mucho dinero, quién lo habría dicho. Y la conclusión que extraigo de los reportajes de belleza es que mi vida será un fracaso absoluto si mi cabello no está lo suficientemente hidratado.

También he visto anunciada en televisión una económica y confortable faja reductora que cubre desde las axilas hasta los tobillos. Esto sí que es una faja reductora como Dios manda, porque no sólo reduce volumen, sino que también

reduce el riego sanguíneo, la capacidad respiratoria y la esperanza de vida. Muy recomendable. Ya que luchamos tanto contra la edad, deberíamos tener claro que lo único antiedad que existe es la muerte. Que oye, igual hasta nos compensa.

Aun sabiendo esto, hoy me he dejado seducir por los cantos de sirena de las dependientas de *El Corte Inglés*, que me han hecho ver sutilmente que necesito crema para el contorno de ojos. Pero la cosa no queda ahí, amigas, por lo visto además necesito un corrector de ojeras. Entonces yo me compro el corrector de ojeras porque soy muy obediente. Y ya que estoy, me compro también un maquillaje muy natural, tan natural que me recomiendan que le añada unos polvos para dar un poco de color. Pero claro, lo suyo es aplicar una base mate para que el maquillaje luzca mejor y los polvos luzcan mejor y finalmente yo luzca mejor. Aunque la misión no ha terminado: necesito el colorete, por supuesto. ¿Dónde voy sin colorete? ¿QUÉ PRETENDO? Las cremas reafirmantes y revitalizadoras acaban también en mi abarrotada bolsa, todas muy contentas con tanta compañía.

Y uno de los regalos es un sérum, que no sé qué coño es, ni si va antes, después o durante la crema revitalizadora, la del contorno de ojos, la base de maquillaje, el maquillaje, los polvos y el colorete. Llevo tantas capas puestas que estoy a punto de olvidar quién hay debajo... ¿Quién habrá debajo? Ah, sí: YO MISMA.

Al aplicarme todos los remedios cosméticos empiezo a sentirme, inevitablemente, muy imbécil. Imbécil, sí, pero TURGENTE.

El riesgo de perder la medida y convertir nuestro aspecto en el centro de nuestras vidas existe y lo sabemos todas, aunque esto no evita que el miedo al juicio, la necesidad desesperada de aceptación y la inercia psicológica y social nos sigan empujando hacia el abismo de la obsesión estética. Y hay momentos en los que entramos en una especie de hipnosis que dispara nuestra voluntad lejos de lo esencial (cada una sabrá qué es lo esencial) para dedicarla a encontrar un sujetador de relleno que aumenta un par de tallas. Nos entregamos peligrosamente a pasar las horas inmersas en una tarea que, tarde o temprano, acabará debilitándonos.

Sin embargo, dedicarse al cuidado del cuerpo sigue siendo uno de los consejos más utilizados cuando decae nuestro ánimo. Siempre habrá alguien cerca que te recomiende que te vayas de compras o pases por la peluquería para alegrarte el día. Bueno, pues a mí lo único que me alegra cuando estoy en la peluquería es saber que en algún momento saldré de ella (en el mejor de los casos).

Y me pregunto qué se le recomienda a un tío de mediana edad que se encuentra desanimado: «Señor de cincuenta años, ¿por qué no se compra usted unos calzoncillos que le aprieten bien el paquete o se va a la peluquería con un amigo a que le abrasen el cuero cabelludo?».

Si estás «deprimida» y entras en el Prado a ver a Velázquez, al Bosco o a Rubens (no es obligatorio que sean justamente éstos), tienes más posibilidades de volver con otro estado de ánimo que si sales a comprarte una faja porque alguien te ha convencido de que estás gorda. Y esto es sólo un ejemplo; hay muchas vías para salir

del bucle de la apariencia y para ampliar nuestro conocimiento o nuestra sensibilidad, en vez de seguir empeñadas en ampliar solamente nuestro fondo de armario.

Pero el mundo no funciona así. Nadie nos animará a dedicarnos a cosas más interesantes que no impliquen mantener la piel tersa y el vientre plano. Eso no vende. Nadie nos animará a buscar la armonía en lo que aprendemos, lo que reflexionamos, lo que creamos, lo que leemos o lo que viajamos. No, lo que nos cuentan es que la vanidad no es un defecto sino una virtud.

Si todo esto es sinónimo de ser una misma, yo casi prefiero ser otra; a ser posible, una más capaz de volcar sus esfuerzos en cultivar su mente. Una más capaz de acercarse a las posibilidades de felicidad que se le presentan y que a menudo no ve porque sus ojos están clavados en el espejo más próximo.

Reconozco que yo me entrego a estas tareas desde la obligación, nunca desde la pasión. No disfruto dedicándome a la cosmética, pero tampoco disfruto comprobando que la piel se me está quedando tan seca como para poder utilizarla de pizarra. Hay días en los que podría apuntarme la lista de la compra en la frente sin problema.

Odio comprar y se me nota que quiero marcharme rápidamente de las tiendas. Por eso entro con cara de «estoy abrumada, voy a decir que sí a todo». Las dependientas más avisadas deciden sabiamente que yo soy la víctima perfecta y me dicen muy serias: «Para mí, la cara empieza en el escote». Subtexto: para mí, lo importante es que gastes más crema. Como captan mi expresión de lela, la siguiente vez me dirán muy convencidas: «Para mí, la cara empieza en las ingles», y después continuarán con: «Para mí, la cara empieza en las rodillas», y así hasta que consigan que me lleve todas las existencias de la marca, que no es precisamente barata.

Es una edad compleja ésta (y lo digo con conocimiento de causa de todas las edades que preceden a los cuarenta), porque sabes que eres mayor aunque no te encuentras tan distinta a como eras hace unos años. Quien parece apreciar esa diferencia es el resto del mundo, que comienza a llamarte señora de un día para otro y tú no entiendes qué ha cambiado. Ayer me crucé en el portal con unas chicas que estaban llamando al telefonillo para entrar. Yo salí en ese momento, y mientras les sujetaba la puerta ellas gritaban a su interlocutor: «Ya no hace falta que abras, que está saliendo una señora». Yo, ingenua, miré a mi espalda esperando encontrar a una señora de verdad, una mujer de unos sesenta años con varios hijos e incluso nietos, pero no, la señora era yo. Las miré durante un instante para que se fijaran detenidamente en mí y así se dieran cuenta de su error, pero de nuevo una de ellas insistió: «Que ya estamos entrando, que nos ha abierto una SEÑORA». La próxima vez les va a abrir la puerta su abuela, ya que estamos con las señoras. Pero vamos, que lo llevo bien.

Sin embargo, yo me encuentro mejor que en otras muchas épocas. Es cierto que si me detengo a mirarme en un espejo iré apreciando más arrugas o descolgamiento facial que no me hacen especial gracia, pero esto se soluciona fácilmente: no me miro al espejo y punto. Los espejos son el mal.

El otro día me duché animada (ducharse desanimada no tiene sentido) y me sequé el pelo con energía, consiguiendo una ondulación y un volumen espectaculares. Me maquillé y salí a la calle escuchando *Billie Jean* en los cascos. Cuando caminas por la calle a ritmo de Michael Jackson, desde fuera pareces muy segura de ti misma. Estaba contenta y me sentía como Farrah Fawcett en «Los ángeles de Charlie», con la melena rubia al viento y el paso decidido. Pero llegué a mi destino y todo se torció. Un espejo que parecía estar diciendo «mírame» atrajo mi atención y acabé clavando en él mis ojos. Mal. De repente compruebo con decepción que no parezco un ángel de Charlie. Más bien parezco una señora con la piel seca y el pelo encrespado. Un momento, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha sucedido en el trayecto desde mi casa hasta aquí? ¿Acaso siempre tuve este aspecto? ¿Cuándo dejé de ser Farrah Fawcett?

Y entonces una piensa que nunca estuvo tan guapa como se sentía, ya que el espejo evidencia lo contrario. Pues no, amigas, esto no es verdad. ¿Por qué tenemos que estar equivocadas nosotras? ¿Acaso no puede estar equivocado él? El espejo no tiene por qué evidenciar nuestra decadencia; el espejo lo que hace es inventarla. ¿Por qué? Pues por fastidiar. Los típicos espejos que hacen las cosas por fastidiar.

Pero no basta con huir de los espejos, a veces las personas que nos rodean también funcionan como tales. Hay quien te mira y te embellece y hay quien te mira y te hace sentirte como un orco. Y luego existe la modalidad de persona que siente una necesidad tremenda de decirte cómo te encuentra: «Tienes mala cara hoy». A ver, ¿qué me aporta esta información exactamente? Me dan ganas de contestar: «Bueno, por lo menos lo mío es transitorio».

Conclusión: si tienes un mal día, no te mires. Verte mal no te va a ayudar. Si tienes un buen día, no te mires. Arriesgarte a verte peor que como te sientes tampoco te va a ayudar. Si queremos estar guapas, empecemos por estar contentas. No hay otra.

CÓRTAMELO LARGO Y RUBIO

Pero luego llega el fatídico momento en el que tienes que pasar por lo menos dos horas frente al espejo porque has decidido cambiar de *look*. Y ahí la huida del espejo se pone muy difícil.

La peluquería es el triángulo de las Bermudas de la voluntad. No importa la intención con la que llegues; una vez que entras, ésta desaparece. Durante años, a mí me daba miedo decepcionar al peluquero, ya ves qué ridículo, así que según él iba avanzando en su trabajo en mi cabeza sonaba «no, así no me gusta, no me cortes tanto, no, no me gusta nada», y de mi boca acababa saliendo «está muy bien, sí, me encanta, así lo quería yo». Con tal de no enfrentarte con un hombre que empuña unas tijeras eres capaz de ir justificándote mentalmente: «Vale que le he dicho que un tono suave y me lo está poniendo fucsia, pero un toque más atrevido está bien, él sabe lo

que hace; además, hay que arriesgarse un poco». Pero lo peor es cuando tienes clarísimo que no te gusta nada cómo te lo están cortando y entonces te envalentonas y te diriges firmemente a él para intentar detener su arrebatado creativo. Pero ante el miedo a que te acuse de ser una sosa o de que se ponga violento con algo punzante en la mano, finalmente te compensa echarte atrás y callarte como una cobarde. Y ahí es cuando empiezas a pensar: «Bueno, esto en un mes ya me ha crecido, y el tinte con varios lavados que me dé yo en casa se va aclarando; además, los gorros están súper de moda, no tengo de qué preocuparme...».

A veces el peluquero sonrío satisfecho cuando tiene tu cabeza entre sus manos y dice cosas como: «Te voy a hacer un peinado muy divertido, ya verás», y a ti te dan ganas de contestarle: «No estamos en igualdad de condiciones. ¿Por qué no sueltas las tijeras y así nos divertimos los dos?».

Y todo esto sucede porque en la peluquería una se siente completamente vulnerable. Al fin y al cabo, te pasas horas con pinta de extraterrestre: el pelo tieso, la cabeza llena de papel de aluminio, la frente manchada por el tinte y una bata muy poco favorecedora.

Hace unos meses entró en la peluquería una madre con su hijo recién nacido en su cunita. La mujer pasó a lavarse el pelo y mientras tanto el niño permanecía tranquilamente adormecido. Todas mirábamos de reojo esperando a que se despertara para jugar con él; no para que él jugara con nosotras, no: para jugar nosotras con él. El bebé empieza a gimotear levemente y nosotras dejamos lo que estamos haciendo (tareas vitales y trascendentes de la peluquería como leer una revista, leer dos revistas, mirar compulsivamente el teléfono móvil y por fin enviar un mensaje absurdo para pasar el rato tipo «¿qué tal? Yo aquí, en la peluquería»).

Total, que la madre intenta calmarle desde la distancia, pero como la pobre no puede moverse con la melena en el lavabo, las mujeres de la sala pasamos a ejercer nuestra solidaridad femenina. Me levanto muy maternal yo y me acerco a la cuna para vigilar que el bebé se encuentra bien. Sin embargo, por alguna razón, en cuanto me asomo, el bebé se echa a llorar desconsoladamente, casi histérico. Todas me miran inquisitivas y yo me alejo excusándome y sintiéndome superculpable. Acto seguido, otra mujer se acerca para probar suerte y le sucede exactamente lo mismo (lo cual en parte me satisface porque soy muy mala persona). La escena se repite varias veces. Las clientas se acercan a la cuna, le cantan al niño, lo mecen, le hablan, pero nada.

Nadie sabe a qué viene tanto llanto repentino, hasta que al volver a sentarme me miro en el espejo y recuerdo de golpe que llevo el pelo lleno de papel de aluminio y que parezco una alienígena completamente loca. Miro a mi alrededor y el resto de clientas están igual o peor que yo. Y nosotras sin caer en la cuenta, intentando adivinar qué le ocurre a la criatura; «tendrá sueño», «tendrá hambre», «tendrá gases». No. ¡Tiene el susto de su vida! Imagina que estás durmiendo tan tranquilo y cuando abres los ojos ves una cabeza gigante llena de papel de aluminio haciéndote gestos y

diciendo «CU-CU-CU».

Y si todo esto sólo lo vieras tú, aún, pero en las peluquerías siempre hay un aprendiz silencioso que parece tu guardaespaldas y te observa atentamente dos pasos por detrás de tu sillón.

Para evadirte de tanta tensión es cuando acabas abriendo una revista femenina, y ahí comienza el siguiente problema. Si eres mínimamente voluble, que no es mi caso (yo soy máximamente voluble), en cada página de una revista femenina crees haber encontrado tu inspiración. Así que te pasas un rato pensando: «Éste es el corte que me va bien. No, éste es el corte que me va bien. No, ésta es la cresta que me pega mogollón. O mejor esta melena por la cintura, sí, que me lo corten así de largo y así de rubio...».

UNA CARA DEMASIADO PEQUEÑA

Recuerdo que hace unos años acudí a la peluquería porque quería cubrirme unas mechas muy claras que llevaba desde hacía tiempo. Pedí que me pusieran henna roja. A la peluquera le pareció una idea excelente y yo me habría conformado con eso, pero ella no. Se esforzó en explicarme por qué era una buena idea. Por lo visto, esas mechas tan claras me hacían más mayor(¿más mayor que quién, más mayor que qué, más mayor que cuándo?) y además acentuaban mi MALA CARA, porque me marcaban estas ojeras inevitables que tengo yo como defecto y que a medida que cumpla años más se notarán. Me contó todo esto bajo la atenta mirada de su ayudante, que me observaba concentradísimo, como pensando: «¡Hala, qué ojeras!».

Salí de allí con la henna recién puesta y, como no podía ser de otra manera, empezó a llover. No sé si sabéis que cuando te acabas de aplicar henna y te cae agua, te destiñes. ¿No? Pues ahora ya lo sabéis. Llegué a la óptica donde me disponía a comprar unas gafas de sol y, al probarme la primera tanda, me di cuenta de que lucía ronchas rojas en los brazos, la frente y el cuello, como si tuviera un herpes gigante y muy contagioso. Tras mirar un rato por allí, le pregunté a la dependienta por un modelo de gafa muy grande que me tapara mucho la cara y, sobre todo, las ojeras estas que con la edad se pronunciarán cada vez más hasta que cubran todo mi cuerpo y engullan a la persona que yo solía ser. Me mira, mira las gafas, me vuelve a mirar y me dice: «Es que ahora se lleva una cara más ancha y estas gafas grandes a ti no te van. Tú tienes la cara DEMASIADO PEQUEÑA». ¿Cómo que «se lleva una cara más ancha»? Pero ¿quién decide qué anchura debe tener una cara, y con qué criterio? ¡Vamos a ver! Me dieron ganas de preguntar: «Oye, perdona, ¿os habéis puesto todas de acuerdo para hundirme?».

Finalmente me acompañó a la sección infantil y allí estaba yo, entre madres que compraban gafas con sus hijos de once años, buscando un modelo que no llevara un Bob Esponja dibujado en la patilla. Tenía que haberles gritado a todos aquellos niños:

«¡Que sepáis que vuestras caritas pequeñas no están de moda!».

Después de lograr mi segundo objetivo, me dirigí a comprarme unas alpargatas con tacón para el verano. Me probé unas sandalias romanas de estas que te enroscas hasta la pantorrilla, y al caminar un rato por el local compruebo que se me está cortando la circulación. La dueña de la tienda me dice que eso me pasa por tener el gemelo MUY GORDO, que mi pierna es muy recta, no es tan fina como para llevar estas sandalias y encima me pregunta si retengo líquidos. Tú eres amiga de la peluquera y de la dependienta de la óptica, ¿verdad, *jodía*? Luego lo arregla diciendo que a ella le ocurre lo mismo. «Ya, pero usted tiene lo menos setenta años».

Tras abandonar la tarea de los zapatos y con la autoestima a la altura de mis enormes gemelos, me fui a comprar un sujetador. ¡No iban a poder conmigo! Llegué a la tienda, eché un ojo, y cuando me disponía a decirle a la dependienta cuál era mi talla para probarme uno, ella se me adelanta y dice con suficiencia: «La talla pequeña, ¿no?». Sólo le faltó gritar delante de todo el mundo: «¡¿Sujetador para qué?! ¡¿Qué tienes tú que sujetar?!». Imagino que luego comentaría la jugada con su amiga peluquera, su amiga dependienta de la óptica y su amiga de la zapatería.

En el probador, donde generalmente una se ve con la piel así como cruda y las piernas muy cortas, me observé con el sujetador más pequeño de la tienda y me acordé de la peluquera (y de su padre, concretamente). Me veía unas enormes ojeras, no podía evitarlo. También me vinieron a la cabeza las palabras de la señora de la óptica y me vi la cara demasiado pequeña. Y repasando mi cuerpo con la mirada, me topé con estos gemelos gordos de señora que retiene líquidos.

Fue un gran día, como podéis imaginar.

¿MENS SANA IN CORPORE SANO?

La vejez no es eso que les sucede a los demás, por mucho que yo me creyera durante un tiempo que a mí no me iba a tocar. La vejez es eso que nos sucede a todos. Si despilfarras tus irrepitibles minutos en el cuidado de tu imagen, cuando tu imagen se transforme sufrirás la resaca de la obsesión. Estar guapa es estupendo, pero dedicarse a estar guapa es una gilipollez. Estar sano es estupendo, pero dedicarse a estar sano es una gilipollez.

Un sábado estaba a punto de salir para irme a patinar cuando, al ver mi reflejo en el espejo, me asaltó una duda: ¿soy demasiado mayor para llevar este pantalón tan corto? No es la primera vez que me lo planteo. A partir de los treinta y cinco, este tipo de preguntas aparecen cada cierto tiempo: ¿soy demasiado mayor para entrar en este bar? ¿Soy demasiado mayor para este peinado? ¿Soy demasiado mayor para aprender a hacer surf? ¿Soy demasiado mayor para ser una joven promesa? (No contestéis). Y resulta inquietante, porque estas dudas lo que esconden es el miedo al juicio. Pero ¿quién no tiene miedo al juicio? (Quien levante la mano miente). Por otra

parte, ¿hasta qué edad es entonces lícito patinar en pantalón corto? ¿Y eso quién lo decide exactamente? NOSOTROS.

Nosotros juzgamos a los demás en función de su edad y estilismo. Nosotros somos los censores que creemos tener derecho a decidir cómo se debe vivir y con qué aspecto. Todos tememos estar desfasados y no darnos cuenta, pero el desfase no depende del largo del pantalón, sino de la actitud anacrónica que intenta aparentar una edad que no es la nuestra y pretender que el tiempo no pase por nosotros. Me atrevo a asegurar que casi todo el sufrimiento viene de la resistencia a lo inevitable. Y envejecer lo es.

A ratos me da por recordar mis inseguridades de hace diez años y me cuesta entenderlas. ¿En qué estaba pensando para vivir con esa resignación? ¿Por qué no fui capaz de vivir con un poco más de alegría? Y entonces, desde mi ahora, pienso que cuando dentro de diez años eche la vista atrás me haré exactamente la misma pregunta: ¿por qué no fui capaz de vivir con un poco más de alegría a mis cuarenta años? ¿Qué es lo que hice tan mal?

E intento salir de este estado de resignación en el que a veces caigo, en el que veo que es fácil caer cuando comienzas a observar transformaciones en tu cuerpo y en tu entorno. Quizá así, al menos, cuando me vea a mí misma dentro de unos años mi reflexión pueda ser «hice lo que pude». Porque, en ocasiones, ya sólo hacer lo que uno pueda es suficiente para alcanzar un estado cercano a la felicidad. Ésa es la frontera que deberíamos estar rozando cada minuto, no la del abismo anímico, no la del miedo al rechazo, no la del muro contra el que estrellarte, sino la que te ofrece una salida, una luz, una percepción de ti misma más allá de tu piel.

Y si estos consejos místicos no os valen, probemos con el ejercicio. O sea, que ya que queremos estar bien físicamente, hagamos algo más que quejarnos y ponernos cremas. Hagamos algo activamente; no vale ponerse cosas encima y mirarnos al espejo a ver si hemos cambiado sin esfuerzo alguno. No, amigas, esto no funciona y además es trampa.

La primera vez que decidí tomarme en serio lo del deporte tenía novio... ¡Imaginad lo que ha llovido! Me fui a *Decathlon* (anuncie aquí su publicidad gratuita) con mi novio para comprarnos una bicicleta estática que nos cambiaría la vida. Cientos de coches nos acercamos a por nuestros deseos con la ansiedad del que se aprovisiona de víveres al borde de una amenaza nuclear. Nos insultamos en el aparcamiento unos a otros con el fin de conseguir una vida más sana y perdimos la mañana del sábado metidos en un atasco con el fin de conseguir una vida más sana.

Llegamos a este punto tras observar los cuerpos de gimnasio en las playas y los anuncios, repletos de chicas y chicos perfectos con una eterna sonrisa. En el fondo pensábamos que si se reían tanto sería porque estaban contentos y que estaban contentos porque estaban muy buenos y nosotros también queríamos reírnos, pero no reírnos así sin más, sino reírnos con las ganas del que siente el poder de su cuerpo. Deseábamos acercarnos a la perfección y estábamos dispuestos a comprarnos todos

los aparatos de gimnasia que nos cupieran en el coche. Paseamos entre la clientela y recorrimos los pasillos repletos de bicicletas, máquinas para hacer abdominales, accesorios deportivos de todo tipo y mucha gente con sobrepeso que observaba concentrada las fotos de modelos musculosos y rubios que anunciaban los nuevos patines en línea. Algunos intrépidos se probaban los patines y se lanzaban temerarios por el pasillo, cogiendo velocidad con los ojos fuera de las órbitas, haciendo aspavientos y sujetándose a los dependientes con cara de terror (con cara de terror los dependientes).

Por fin llegamos a la zona más popular de esta superficie: el paraíso de las bicicletas estáticas. Eramos varias las parejas que nos habíamos acercado a echar un vistazo. Nos colocamos a una distancia prudencial y las observamos detenidamente, como si sólo con mirarlas hicieran un efecto inmediato en nuestras carnes flácidas. Algunos sacaban un metro y calculaban los espacios, otros las probaban, los más tímidos se acercaban pero sin llegar a tocarlas y otros interrogaban al dependiente con la esperanza de encontrar ese gran inconveniente que les disuadiría de comprarla. Ya ves tú qué tontería, cuando todo el mundo sabe que en realidad las bicicletas estáticas son tendederos encubiertos...

Nosotros salimos de allí sin la bici, pero con dos pares de calcetines de deporte, que no es lo mismo, pero algo es.

Y hablando de calcetines, que es un tema importante y quizá debería haberle dedicado un capítulo entero (nota mental: que mi próximo libro se centre en esta materia), me he apuntado a un gimnasio... Un momento, voy a leer la frase que acabo de escribir para ver si me la creo. Vale, ya está.

Pues eso, me he apuntado a un gimnasio y eso implica tener que comprarme algunos detalles para mi nueva vida de deportista. Por favor, leed con atención las palabras «tener que». No es que quiera comprarme cosas, no, es que «tengo que» comprarlas, es una necesidad, es casi una obligación, es incluso un acto de supervivencia.

Una vez me apunté a una piscina. Me compré el bañador, el gorro, las gafas, un secador, tapones especiales, chanclas, una bolsa especial de piscina para meter el bañador, el gorro, las gafas, el secador, los tapones especiales y las chanclas. Me compré también una toalla de piscina. Y diréis ¿qué es una toalla de piscina? Una toalla de piscina es una toalla normal que metes en una bolsa y te la llevas a la piscina, y luego, ya con todo, pues te secas. Y por último, me compré un abono de diez baños. Fui un día, nadé media hora y no volví nunca más. Y allí se quedaron muertos de asco mis accesorios de piscina, que de vez en cuando asoman por el armario y siento como si me miraran pidiéndome explicaciones.

Así que esta vez me he apuntado un año al gimnasio, me he comprado unas zapatillas profesionales, como si fuera a jugar en la *NBA*, una toalla de gimnasio, un chándal de gimnasio y una mochila de gimnasio para meter las zapatillas, la toalla y el chándal. Vale, soy una parodia de mí misma, que ya es decir, pero lo que realmente

me convierte en un caso de estudio psicológico sobre la invención de necesidades en este peligroso primer mundo es lo siguiente: me he comprado unos calcetines transpirables que cuestan el doble. ¿Para qué quiero yo unos calcetines transpirables? ¿Qué pasa si no llevo unos calcetines transpirables? ¿Dejarán mis pies de respirar? ¿Morirán asfixiados subidos sobre una bicicleta estática? No voy a subir una montaña, ni a participar en unas olimpiadas, ni a viajar por España corriendo.

Pero en lo de comprar reconozco que he sido débil. No, ya no. Ahora tengo las riendas de mis instintos en mis manos y no pienso soltarlas..., sobre todo porque si este libro no se vende mucho quizá no pueda volver a consumir nunca más.

En esa época en la que estaba metida en la dañina espiral del consumismo, entraba en las tiendas diciendo eso de: «No voy a comprar nada, sólo quiero mirar», que es como decir: «No voy a fumarme un cigarro, sólo voy a encenderlo».

Algo que me ha llamado siempre la atención de los establecimientos estos gigantes que ocupan todas las esquinas de Madrid en lo que solían ser cines es que en la planta dedicada a mujeres nos vamos chocando todas porque no nos miramos. En la planta de hombres no se choca nadie, pero en la femenina veo pasar a chicas con los ojos casi en blanco, abriéndose paso entre la multitud como guiadas por una luz divina.

Da un poco de miedo comprobar que cuando vislumbramos algo que nos gusta ya no vemos nada más. Podríamos tener a nuestros pies a una persona con un ataque cardíaco y pasaríamos por encima para coger esa camisa que nos llama desde una balda sin prestarle la más mínima atención al moribundo. Quizá después, si nos quedara tiempo y no hubiéramos visto ninguna prenda más que nos atrajera, podríamos agacharnos a comprobar si el enfermo está vivo o muerto. Si estuviera vivo, todavía nos quedaría tiempo para elegir un par de pantalones más antes de que falleciera definitivamente. Si estuviera muerto, ya no habría nada que hacer, así que también aprovecharíamos para seguir con nuestras compras.

Hay gente muy lista diseñando las tiendas de ropa. Han conseguido que de una planta a otra salgas casi despedida de las escaleras mecánicas y sin darte cuenta aparezcas delante de un montón de camisetas de colores chillones que no te pondrás en la vida pero que por alguna razón empiezas a coger de las perchas.

Y encima escribo este capítulo en un caluroso día en el que me veo obligada a vestir pantalón largo porque no me he depilado. Decido entonces tirar de la cuchilla, consciente de las consecuencias. Y ya sé lo que pasará tras esta decisión temeraria. Cuando la chica que me depila se detenga en mis piernas la semana que viene, me lanzará una mirada de absoluta decepción y dirá con un hilo de voz: «Has usado la cuchilla». Yo contestaré cabizbaja y culpable: «Lo sé, lo sé, no debí hacerlo...». Pero ¡por qué tengo que llevar pantalón largo con treinta y cinco grados sólo porque alguien haya decidido que no puedo tener pelos en las piernas! Y podría seguir con multitud de ejemplos; antiarrugas, anticelulitis, antitodo aquello con lo que parece que la naturaleza nos castiga y contra lo que se supone que debemos luchar.

¿Por qué nos han hecho esto? Y sobre todo, ¿por qué nos hemos dejado?

Y ahora voy a aplicarme una mascarilla facial. Si llega el fin de la esclavitud estética, que al menos me pille hidratada.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

No sólo del cuerpo depende el éxito. Queremos descubrir si tú eres esa mujer que todas queremos ser, esa mujer que todos los hombres quieren conseguir, esa mujer que todos los niños quieren como madre, todos los perros como dueña, todos los padres como hija, todos los abuelos como nieta, todos los suegros como nuera, todos los yernos como esposa, todos los nueros como yerna... Bueno, eso.

1. ¿Qué papel tenías en el colegio?

A. Siempre fui la líder de la clase y los profesores me ponían como ejemplo de estudiante. Suelo recordar aquella etapa con cariño.

B. Era invisible. Durante toda mi época escolar tuve que presentarme cada día ante la clase porque pensaban que era nueva. Suelo recordar aquella etapa con mi terapeuta.

2. ¿Cómo fue tu adolescencia?

A. Maravillosa, tenía grandes amigos y un físico espectacular. Fueron los años más divertidos de mi vida. ¿Habéis visto «Sensación de vivir»? Pues igual.

B. Terrible. Estaba sola, era completamente plana y tenía muchos granos. Fueron los años más deprimentes de mi vida. ¿Habéis visto *Carrie*? Pues eso.

3. ¿Cuántos novios has tenido?

A. Uf, no los puedo recordar, han sido tantos...

B. ¿Cuentan como novios los chicos que se han parado a hablar conmigo más de diez minutos?

4. ¿Qué relación mantienes con tus ex?

A. Me adoran y están locos por mí. Les dejé yo para emprender mis viajes sola alrededor del mundo y encontrarme a mí misma. Aun así, les llamo siempre por

sus cumpleaños para mantener nuestra amistad.

B. Me dejaron ellos para salir con mis mejores amigas. Cuando les llamo para felicitarles el cumpleaños me preguntan quién soy y cómo he conseguido sus teléfonos. Algunos amenazan con avisar a la policía si vuelvo a llamar.

5. ¿Cuál es tu posición en el trabajo?

A. Soy jefa de departamento, acaban de ascenderme y mis compañeros me admiran y respetan. Todos los jueves salgo a cenar con el director de mi empresa y su mujer, que me quieren muchísimo.

B. Tengo una posición muy relajada... Concretamente, tumbada en el sofá hasta que me llame alguien para contratarme.

¿Sabéis lo que os digo? Da igual lo que hayáis contestado: el fracaso es mucho más *cool* que el éxito.

7. OLVÍDATE DE MÍ

Si te han plantado, tranquila. En breve empezarás a florecer.



Seamos claras: si acabas de romper con tu pareja, en este momento no le deseas la felicidad. No, escucha, ya sé que piensas que a ti eso no te ocurre, pero el primer paso para superarlo es la sinceridad. Y yo de sinceridad probablemente sepa menos que vosotras, pero no tengo la culpa de que me hayan pedido que escriba esto, así que apechugad.

Si de verdad quieres lo mejor para él, no debería importarte que unos días después de vuestra ruptura él ya se haya enamorado de otra.

—Oye, que quiero romper, he conocido a otra mujer que me gusta más que tú.

—Pues claro, mi vida, lo entiendo perfectamente. Haré las maletas y te dejaré la casa libre para que la disfrutéis los dos.

Pues no. En la primera etapa después de romper con tu novio sólo deseas que su actual y al parecer feliz relación fracase y se estanque en el fango de la rutina y la decepción. No pasa nada, no somos nosotras, es nuestro ego el que habla. Ya se le pasará.

Pero para que se le pase hay que reconocer primero que estás en ese momento y dejar de pretender que lo llevas fenomenal. Si tu novio te ha dejado por una amiga tuya, han decidido casarse, vivir en el campo y tener muchos hijos y tú te empeñas en decir que lo llevas bien, es difícil que realmente lo llegues a llevar bien. Sin embargo, si admites que lo llevas fatal, que les deseas el mal infinito en su nueva vida, que sus hijos sean muy feos y nazcan con sobrepeso y que la alergia conquiste sus bucólicos días en esa fastuosa casa con piscina, es posible que te encuentres mucho más cerca de la superación. Luego las cosas se ponen en su sitio, dejas de odiarlos e incluso puedes pasarte a tomar un café y a conocer a sus simpáticos niños gordos.

Al principio, el que era el hombre de tu vida te cae mal y te sientes abandonada, amargada, fracasada, vapuleada y humillada, PERO DE BUEN ROLLO. Y no importa que tú no quisieras continuar la relación, aquí estamos hablando de cómo impactan los ex al ego, y el ego no tiene actitudes lógicas. El ego es un caprichoso que se enrabieta en cuanto no le prestan atención... Y esto lo sé por una amiga.

Yo dejé a un novio duradero un domingo y al jueves siguiente él ya estaba con otra. ¿Cómo se puede llevar esto bien, por mucho que fuera yo quien zanjara la relación? De repente sientes que nunca exististe, que se ha saltado el luto necesario de una ruptura y que todo lo que ha vivido contigo lo está olvidando entre las sábanas de otra mujer. Pero la broma no acabó ahí. Esta chica trabajaba en la misma empresa que yo y teníamos que vernos cada día en el comedor (imaginad el infierno de las digestiones). Muy divertido todo.

Suena terrible decirlo, pero muchas veces terminar las relaciones me da más pereza que tristeza. (Ah, pues no suena tan mal). Al zanjar una historia se apodera de mí un bloqueo similar al que siento cuando cambio de teléfono móvil. Una vez que me acostumbro a un teléfono, me veo incapaz de familiarizarme con otro. Me da la sensación de que el siguiente no lo controlaré, de que perderé la destreza para manejarlo y además me verá obligada a descifrar todos esos nuevos iconos que aparecen en la pantalla.

Reconozco que vivo las relaciones de pareja con escepticismo. Me di cuenta de este problema hace unos años, un día que salí de compras con quien entonces era mi novio. Me quería comprar el concierto de Woodstock y él sugirió que lo adquiriera en *Blu-ray* (formato de disco óptico de nueva generación de doce centímetros de diámetro para vídeo de alta definición, y no lo he mirado en *Wikipedia*). El *Blu-ray* podía verse en un aparato mágico que todo lo reproducía que le pertenecía a él, pero era incompatible con mi reproductor de *DVD*, que era mi aportación a la convivencia (junto con un fondo de armario que tenía intimidado a su escaso y humilde vestuario).

A partir de aquella inofensiva sugerencia, mi ex y yo entramos en un tenso subtexto. «Es que ese formato sólo se ve en tu reproductor» (y yo soy una mujer independiente). «Pero tenemos otro reproductor en casa que sí lo lee» (pero soy tu novio y vivimos juntos, ¿recuerdas?). «Ya» (por ahora). «¿Estás segura de que no quieres comprarlo en mejor calidad?» (¿no confías en que esta relación tenga futuro?). Silencio. Un inusual impulso de valentía me poseyó: «Vale, lo compramos en *Blu-ray*» (voy a darle una oportunidad a lo nuestro).

El futuro, cómo no, nos deparó la separación unos meses después, aunque quiero creer que para mí fue una lección importante de confianza y un paso necesario para superar mi miedo al fracaso de la pareja... Sí, puede ser, pero ¿quién tiene hoy el concierto de Woodstock y el aparato mágico que todo lo reproduce? ÉL.

CARIÑO, ¿HAS BAJADO LA BASURA?

Aun así, aquella convivencia fue una experiencia positiva durante años, y eso que no es fácil mantener viva la magia.

La parte más difícil de los primeros días de convivencia es absolutamente infantil. Se trata de ese día en el que tienes que ir al baño a evacuar. Bueno, sí, a cagar. Ya ves tú qué chorrada, pero es un momento de mucha intimidad y sólo saber que él está rondando el cuarto de baño, que entrará inmediatamente después o, simplemente, que sepa lo que estás haciendo, da como vergüenza. Ya os digo, es muy tonto. Yo he sido capaz de pasar días sin visitar el retrete con tal de no sufrir esa tensión. Oírle ahí fuera mientras yo intento ser silenciosa, hacer ruidos de despiste para que él crea que estoy haciendo otra cosa... Pero, a ver, ¿qué otra cosa? ¿No es casi peor que crea que te estás dedicando a una tarea supermisteriosa durante quince minutos en un cuarto de baño? ¿Y qué pretendo, que piense que mi cuerpo no funciona como los demás? ¿Que soy una extraterrestre? «Ya te dije que soy diferente a las otras mujeres. Lo que no te comenté es que la diferencia radica en que yo no tengo intestino».

En el día a día yo me levanto con el pelo como si fuera un champiñón, con legañas y las sábanas marcadas en la cara. Salgo de la cama y me planto mi camiseta de batalla; una que a King África le quedaría holgadita. Si vives sola y no hay testigos de la ausencia absoluta de *glamour*, no hay problema, pero si con este aspecto te diriges al salón, donde se encuentra tu novio, no sabes muy bien qué piensa al verte: «Mira qué mona y qué tierna, la quiero tanto...». O: «¿En qué hora le dije que podía venirse a vivir conmigo? ¿Y por qué no consigo recordar qué fue lo que vi en ella entonces?».

Porque hay días en los que tu pareja, directamente, no te gusta. Pero no hay que darle demasiada importancia, porque al día siguiente te encanta y no comprendes cómo es posible que todas las mujeres del mundo no vayan detrás de tu novio, que se ha convertido en el hombre más irresistible del planeta. Y entonces te sientes una mujer muy afortunada por estar junto a él. Pero unos días después tu autoestima se pasa tres pueblos y piensas que es él quien debería sentirse afortunado por estar con una mujer como tú. Te miras al espejo y piensas: «Mírame, molo un montón, yo podría estar con quien me propusiera».

Resulta curioso cómo una puede pasar de sentirse arrebatadora a verse insignificante en apenas unas horas. Cómo te levantas dispuesta a comerte el mundo y a media tarde te encuentras tan inapetente. Por eso las ciclotímicas (y sobre todo nuestras parejas) no sabemos lo que es la monotonía en la convivencia. Algo bueno tenía que tener este desequilibrio.

Con la convivencia las cosas cambian, no podemos negarlo. Una no acaba de saber en qué momento pasó de decirle «te quiero» a todas horas a preguntarle cada noche «¿has bajado la basura?». Y de repente, cuando estás en la cama, en lugar de acariciarle melosa y seductora y decirle «ven, cariño, acércate y hazme tuya», te apartas con movimientos bruscos y le dices: «Anda, échate *pa'llá* que me das calor».

Pero ésta no era mi primera convivencia con un novio, por eso me sorprendió el

terror que les sigo teniendo a algunas cosas. Mi primera crisis de pareja (y digo *mi* porque la crisis la tuve yo sola, que por algo soy tan autosuficiente) llegó en cuanto me trasladé a su casa y comprobé que mi ropa no cabía en el armario. El pobre había apiñado todas sus cosas en una esquinita para dejarme espacio, pero NO ERA SUFICIENTE. Me tiré en la cama desesperada, como si acabaran de diagnosticarme una enfermedad terminal, mientras decía: «Déjalo, esto no va a funcionar, no me caben los abrigos».

Él no podía entender cómo tenía tanta ropa, y mientras seguía buscando huecos para todas mis prendas yo me iba sorprendiendo también. «Anda, no sabía que tuviera tres pares de botas de montaña...». (Teniendo en cuenta que voy a la montaña una vez cada tres años, no parece muy lógico). A todo le tenía que buscar una utilidad para demostrar que mi ropa bien valía un codiciado hueco del armario: «Necesito esta camiseta porque es la única que me pega con este bolso, por lo tanto necesito este bolso porque es el único que me pega con esta camiseta».

Y tras haber conseguido, por fin, reducir su vestuario a unos cuantos taparrabos y calcetines finos para tener más espacio, llegó el aparentemente inofensivo momento de colocar los libros. Él se puso manos a la obra mientras yo me peleaba con los zapatos. (Por cierto, ganaron ellos). Al principio no le di mayor importancia, pero cuando vi que mezclaba sus libros con los míos me empecé a tensar. No está mal que sus libros y los míos estén juntos, pero a mí me da cierta seguridad tener localizadas mis cosas para que cuando tenga que marcharme de casa pueda hacerlo rápido, sin pararme a separar libros en plena huida (a esto lo llamo yo confiar en una relación). Por esta regla también sería capaz de dejar la ropa dentro de las maletas, preparada para salir corriendo en cualquier momento, o dormir con el abrigo puesto por si el arrebato de independencia me da en plena madrugada.

Luego ya pasé a la actitud pasiva agresiva para intentar descolgar sus cuadros y colgar los míos: «Entonces..., esa foto tan triste te gusta AHÍ EN MEDIO del salón, ¿no?». El tono pasivo agresivo lo tengo por culpa de mi madre, que mientras cocino siento cómo me respira en la nuca vigilante y dice cosas como «... ah, que tú no le echas más aceite a eso... Ya...». (Consultar el capítulo «Arizona Baby», apartado «Madres»).

Y nuestras madres son un tema, sí, pero ¿qué me decís de las madres de ellos? Recuerdo una Nochebuena con unos suegros en la que además estaban allí los hermanos de mis suegros, los hermanos de mi novio, sus primas y un amigo. Estuve a punto de preguntarles por qué no habían invitado a cenar a todos los vecinos del bloque, ¡ya total! Como es ya un clásico en mi vida, se me cerró el estómago debido a la tensión. Y no tener hambre cuando estás en casa de tus suegros es lo peor que puede pasarte. Puedes ser una borde, maltratar a su hijo, aprovecharte de los recursos económicos de la familia o ser una exconvicta peligrosa; ahora, ¡como no comas! Por ahí no pasan.

La suegra me decía: «Cómete los mejillones rellenos, que me he pasado todo el

día cocinando». ¿Y a mí qué me cuenta? Usted sabrá cómo administrarse su tiempo. Yo no me habría pasado un día entero rellenando mejillones, ella sí; pues nada, que se los coma ella.

Esta mujer decidió sabiamente que yo no le convenía a su hijo, y digo sabiamente porque unos meses después experimenté la liberación de romper aquella historia. Pero antes de sentirme liberada me sentí un poco humillada.

¿Y TÚ QUÉ TAL?

Era una época de ésas en las que piensas que nada puede ir peor hasta que descubres que sí, que si lo has dejado con tu novio todavía puedes quedarte sin trabajo, y que si te quedas sin trabajo quizá tengas que volver a vivir con tu madre. Y que el día que te encuentras con tu exnovio y su nueva novia, hay muchas posibilidades de que a ti te haya salido un grano en un lugar estratégicamente cabrón, como puede ser LA NARIZ.

Momentazo vital.

Salí de casa para comprar leche porque mi único y mayor objetivo al levantarme era desayunar (mis aspiraciones apuntan alto). Yo sólo quería entrar en el súper, coger la leche y subir a casa a autocompadecerme, entre otras cosas, por ese grano en la nariz que parecía tener vida propia e incluso reírse de mí cuando me miraba al espejo y comprobaba que ahí seguía el tío, haciéndose fuerte y sin intención alguna de desaparecer.

Total, que íbamos mi grano y yo (en ese orden) por la calle cuando divisé a mi reciente exnovio en la lejanía. Miré al suelo y me concentré mucho para hacerme invisible, pero algo debió de fallar en la técnica y, mientras yo intentaba escaquearme, él se acercó gritando mi nombre junto a una mujer despampanante, sin granos en la nariz.

Se acercaron DE LA MANO, paseando su complicidad por las calles con una amplia sonrisa de tontos enamorados. Ellos estaban en color, yo en blanco y negro, comenzaron a hablar animadamente, que ya ves tú lo que me apetecía a mí hablar animadamente, nada, nada en el horizonte me proporcionaba el más mínimo ánimo. Mi ex me preguntó muy interesado cómo me iba la vida, y yo por supuesto mentí mientras ellos me miraban el grano sin perder detalle. Con la seguridad que proporciona no tener granos en la nariz y estar enamorados y ser correspondidos, me propusieron tomar un café todos juntos. Yo miré el móvil con cara de «no sé yo, es que tengo un compromiso...» (desayunar, llorar y enviar currículos) y me metí en un jardín de explicaciones innecesarias sobre el exceso de trabajo que tenía, que me habían encargado un montón de trabajos aquí y allá, que mi vida era un no parar de trabajo, sí, metiendo la palabra «trabajo» en cada frase por no decir «ni de coña me voy a tomar algo con vosotros dos, vamos, ¿qué necesidad?».

Y allí estábamos los cuatro, él, ella, yo y mi grano a punto de terminar tan liviana conversación, cuando de repente aparece... tachán... ¡MI MADRE! A ver, yo a mi madre la quiero mucho, pero éste no era el momento más oportuno y el destino debería haberlo sabido. De hecho, era el momento para que aparecieran los protagonistas masculinos de «Melrose Place», pero con ropa de ahora, invitándome a una fiesta en un ático del Soho. ¿Qué broma era aquélla?

Así que en el momento en el que yo debía aparentar ser una mujer autosuficiente y superliada con una vida muy intensa, entra ella en escena y, PARA AYUDAR, le comenta a mi ex que a ver si me consigue un trabajo, que no tengo nada y que estoy fatal desde que me quedé EN PARO.

Silencio tenso en el que se evidencian las mentiras que llevo diez minutos relatando. Para afrontar la situación con valentía empiezo a repetirme mentalmente: «Esto no está pasando, esto no está pasando...». Pero sí, estaba pasando, y tanto.

Por fin nos despedimos y ellos se marcharon. Mi madre me miró perpleja sin saber qué había hecho mal y continuó su camino, no sin antes comentar que VAYA GRANO me había salido. Subí a casa humillada y me dispuse a prepararme un café y a beber para olvidar. Pero no, eso habría sido demasiado fácil.

Había olvidado comprar la leche.

Pues nada, café solo. Paradojas de la vida.

El último novio serio que tuve (no es que él fuera serio, más bien todo lo contrario y por eso fue mi novio) no quería tener hijos. Éste fue el detonante de la ruptura que acabó con nuestra relación, aunque desde entonces hemos conseguido mantener nuestra amistad. Hace un par de meses me contó que había conocido a una chica y que se había enamorado. Era la primera vez que le ocurría desde nuestra ruptura y me pilló desprevenida. Mi ego aprovechó el descuido y se lanzó sobre mí, devorando todo mi ser y dejando apenas unos jirones de piel sin engullir. Aquellos trozos de piel se derrumbaron en el sofá y se entregaron a la autocompasión. No era sólo que el hombre que tanto me había amado ahora amara a otra, sino que encima a mí no me amaba nadie en aquel momento (ni en éste, que yo sepa). Porque, si uno quiere, la comparación con la vida de los demás puede hundirte; no hay más que proponérselo. Siempre habrá alguien aparentemente más feliz que tú. Y si se trata de tu exnovio y su nueva novia, ya la autocompasión puntúa doble.

Una vez asumido esto, unos días después me contó, COMO DE PASADA, que se iban a vivir juntos. Esto ya es ensañamiento, pensé, ¿de verdad tiene que ir todo tan rápido? Cualquiera persona que viva en otro planeta, o sea, cualquier extraterrestre, diría: «Pero ¿por qué, no te alegras por ellos?». Pues no. Para alegrarme por ellos tengo que estar yo muy bien y no era el caso. Que digo yo que por qué la gente no hace estas cosas estando yo bien y las tienen que hacer estando yo mal. ¿Se puede ser más egoísta? Yo estoy contenta bastante a menudo, ¿qué les costaba esperar? ¿No podían aguantar un poco y ser felices coincidiendo con uno de esos momentos? ¿Tan

difícil es? ¿Tan centrados estaban en ellos mismos que no me tenían en cuenta a mí?

Esta actitud miserable (la mía, digo) se me pasó en unos días, más que nada porque me dio la gana, y yo cuando me pongo me pongo para bien y para mal. Así que no me quedó más remedio que asumir en un mes su enamoramiento y su inminente mudanza, vale. Conseguido. Me relajo, se relaja, y una tarde nos ponemos al día sobre nuestras vidas. Él me habló de la casa que iban a alquilar, yo de que no sabía si podría pagar la mía en los siguientes meses... Él me habló de cómo iba su trabajo, yo de que iba a quedarme en paro en dos semanas... Él me habló de ELLA, yo le hablé de... mí...

Todo un poco así.

El caso es que ayer me fui a comer con una amiga y me contó que alquilaban una casa de ensueño en su barrio; grande, luminosa, dividida en dos partes independientes, con un pequeño jardín en pleno centro de Madrid, plaza de garaje incluida y bastante barato. Las dos fantaseamos con cómo sería vivir en aquella casa ideal, pero de repente recordé los detalles que me había comentado mi ex sobre su nueva casa y todo encajaba... ¡VENGA YA! Ya está bien, una cosa es que te enamores, otra que os vayáis a vivir juntos en un mes, pero otra muy distinta es que te apropiés de una casa perfecta que deseamos mi amiga y yo. ¿ESTO QUÉ ES? ¿Es que eres insaciable? Pues por lo visto sí, porque mi amiga llamó a la chica de la inmobiliaria, que resultaba ser amiga suya, y le preguntó si había alquilado el piso y a quién. Efectivamente, el nombre coincidía y además venía con información extra: se mudan a esa casa porque VAN A SER PADRES.

Shock. Mi amiga me interroga para descubrir cómo me ha sentado la noticia y yo me sorprendo a mí misma con una risa floja para afrontar inconscientemente el humor negro del destino.

Hoy me llama mi ex espontáneamente y, tras charlar un rato como si no pasara nada, no puedo evitar contarle la trama surrealista que me ha llevado a descubrir la noticia... Se queda todavía más en *shock* que yo, y finalmente alcanzamos cierta fluidez y armonía a lo largo de la conversación. Hablamos de la Navidad, de cómo pasaremos las fiestas y de qué planes tenemos para fin de año. Yo le cuento que cenaré con mi madre y él me dice que le han dejado una casa en NUEVA YORK para la ocasión.

BASTA.

¿POR QUÉ NO ME MATÁIS DIRECTAMENTE Y ACABAMOS CON ESTO?

Conclusión: no te compares. Tu vida tiene un valor individual al margen de la vida de los otros. Y además, al final nadie es tan feliz como parece... Vaya, aquí hay algo que no cuadra. ¡Viva la contradicción!

CÓMO SUPERAR UNA RUPTURA CON DIGNIDAD

Lo bueno de romper las relaciones es que se empieza una nueva etapa. Al principio esto no anima nada, no quieres una nueva etapa, quieres la de antes y que todo siga exactamente igual, aunque estuviera mal, pero al menos es un mal acogedor, una inercia cómoda, una insatisfacción familiar, como de «ay, qué bien estoy así de mal». Pero a menudo, por lo menos para mí, se siente cierto alivio pasado el luto inicial tras la ruptura.

Aun así, los primeros días, semanas y a veces incluso meses, sientes un dolor espantoso que no se parece a ningún otro.

Por si os sirve de algo, me dispongo a daros algunos consejos para superar una ruptura sentimental lo más dignamente posible.

1. Si de verdad quieres sentirte mejor tras la separación, empieza por no escuchar música que te recuerde a él; ni el tema con el que os conocisteis, ni aquella canción que te dedicó cuando todavía estaba enamorado de ti, ni la que sonaba en el restaurante cuando rompíais, ni la que sonaba en el coche cuando volvías a casa después de romper... Acabamos antes si no escuchas música durante un tiempo.

2. No veas *Los puentes de Madison*.

3. No le llames para ver cómo está si todavía no estás preparada para escuchar que se encuentra perfectamente.

4. No te engañes pensando que no va a encontrar a nadie como tú. No te engañes pensando que no vas a encontrar a nadie como él. No te engañes pensando que nadie te va a querer. No te engañes pensando que vas a ligar como en tu vida. No te engañes pensando, punto.

5. No salgas a ligar inmediatamente, sólo conseguirás acabar comparándole con todos los posibles candidatos o llorar en brazos de los desconocidos con un *gin-tonic* de más.

6. No hagas como que no pasa nada; sí que pasa y además no pasa nada. (Parece confuso, pero tiene sentido... Creo).

7. No intentes sacar el tema constantemente sin que venga a cuento. «¿A cuánto están los tomates? Es que me acabo de separar».

8. Si estás en *Facebook* y él también, date de baja; si le tienes en el *Messenger*, dale de baja; si le sigues en *Twitter*, deja de seguirle; si te sigue él, bloquéalo; si le tienes de vecino, cámbiate de casa; si todavía vivís juntos, haz como que no le ves.

9. No preguntes a los amigos comunes si saben algo de él, no vaya a ser que lo sepan.

10. No veas *Los puentes de Madison*.

11. No hables de él en pasado («era de Cáceres, era Capricornio»); sigue vivo, sólo que no está contigo. Es mejor asumirlo cuanto antes.

12. No llores más de media hora diaria.

13. No caigas en los tópicos. Comer helado de chocolate delante del televisor no

va a suavizar el sufrimiento, sólo te va a dar gases y eso no ayuda.

14. No llames a tus amigas fingiendo estar interesada en cómo están ellas si lo que realmente quieres es hablar de cómo estás tú.

15. No te agobies cuando compruebes que desde tu ruptura todas tus amigas hasta ahora solteras están iniciando relaciones sentimentales. No lo hacen a propósito, esto va así.

16. No veas *Los puentes de Madison*.

17. Si te ves con más de cuarenta años y el deseo de ser madre, no desesperes y repítete: «Hay un montón de hombres interesantes dispuestos a tener hijos conmigo. Hay un montón de hombres interesantes con los que yo estaré dispuesta a tener un hijo. Hay un montón de donantes de esperma». Y luego ya lloras tu dosis de media hora.

18. No hagas caso a tu monólogo interior (excepto si éste te dice «no te tires por ese balcón», en ese caso sí). No lo escuches cuando te dice que eres la mejor, ni cuando te dice que eres una mierda. Lo más probable es que no seas ninguna de las dos cosas. Nadie lo es.

Si te han plantado, tranquila. En breve empezarás a florecer.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

Es muy fácil decir que somos muy amigas de nuestros ex o que tenemos superadas las rupturas que nos empujaron a la soltería pero, a la hora de la verdad, ¿cuán cierto es eso?

1. ¿Qué es lo primero que te viene a la cabeza cuando escuchas la palabra «exnovio»?

A. Una migraña.

B. Una migraña seguida de una descomposición intestinal.

2. ¿Volverías con un exnovio si se diera la ocasión?

A. Sí, claro, volvería con ellos para luego poder dejarlos yo.

B. Ni muerta.

3. ¿Alguno de tus exnovios es amigo tuyo?

A. A ver que haga memoria... Eeeh... ¿Estamos locos?

B. Sí, aunque desde que empezó a salir con otra chica, se fueron a vivir juntos y tuvieron un hijo no hemos vuelto a hablar... Un momento, ¿he dicho que sí?

4. Un exnovio te envía una invitación a su boda. ¿Qué harías?

A. Responderle con una tarjeta en la que le doy el pésame.

B. Decirle que tengo gripe y además me he roto una pierna, y que al tener menos equilibrio me he caído por las escaleras rompiéndome la otra pierna, y claro, entre eso y que vienen unos familiares de muy lejos a visitarme, que justo estoy de obras en casa y que no me apetece una mierda asistir a su boda, pues que no, que no voy a ir.

5. Y si fueras tú la que se casa, ¿invitarías a algún exnovio?

A. Sólo si mi nuevo novio mola más que él y es algo muy evidente.

B. ¿Casarme yo? Por favor... Siguiendo pregunta.

6. Tu reciente exnovio tiene una nueva novia.

A. Ya romperán.

B. Intento imaginarlos enfadados o aburridos en ese sofá que compré yo.

7. ¿Cuál es el principal motivo de tus rupturas?

A. Que ellos lo hicieron todo mal y yo lo hice todo bien.

B. La A, la A.

Sí, lo sé, no había opciones positivas en las respuestas. No me lo toméis en cuenta, es sólo una etapa.

8. ARIZONA BABY

Mi reloj biológico estallará en cualquier momento. No sé si cortar el cable rojo o el azul.



Decía una ministra hace un tiempo que «la falta de varón no es un problema médico». Pese al cinismo de esta afirmación, es cierto, aunque algunos traten a las solteras como a enfermas («tú lo que necesitas es un hombre que cuide de ti»). Pero ¿qué se supone que puede hacer una mujer que no tiene pareja si desea tener un hijo? Según andan las cosas, gastarse una pasta que no todas tenemos. Por mucho que queramos —o simplemente hayamos asumido— permanecer solteras en este momento, con el tema de la maternidad todo se complica. Y no digo que en pareja la maternidad no sea complicada, pero al menos ya tienes claro con quién quieres tener un hijo. Las demás nos encontramos con unos cuantos problemas:

La cuenta atrás

Llega un punto en el que, si no lo tienes claro, es tu biología la que se encarga de elegir el momento. Porque tú has estado esperando a que apareciera el padre ideal y ahora, rondando o superando los cuarenta, descubres que ese hombre puede que no exista, o no exista para ti, o te estés quedando sin tiempo para seguir buscándolo. Y lo del padre ideal es bastante infantil, como lo es el hombre ideal y pensar que nosotras seríamos madres ideales o parejas ideales, pero yo qué sé, existe tanta intoxicación cultural que quizá hayamos perdido demasiado tiempo en elucubraciones absurdas.

El candidato

La imagen que tuve durante años del padre ideal podría pertenecer perfectamente a un anuncio de seguros. Yo, que me las doy de moderna, de mujer de mi tiempo y de liberada, me encontraba fantaseando con un hombre de pelo canoso y jersey de lana que le tiraba la pelota a un perro labrador en un muelle y sujetaba a mi hijo de los brazos para darle vueltas mientras ambos reían. Yo observaba la escena desde lejos con una sonrisa; una sonrisa de madre sabia, con experiencia y con la tranquilidad de que mi hijo estaba en buenas manos.

Lo que ya no me tranquilizaba tanto era: ¿por qué lanzarle una pelota al perro en un muelle? Creo que mezclo recursos publicitarios: ¿no es un poco peligroso que la pelota caiga al mar y el perro vaya detrás? Antes de que el perro acabe ahogado y mi hijo se convierta en un niño conflictivo por no haber podido superar el trauma del muelle, sería mejor llevar el plan del perro y la pelota a la playa. Sí, siguiente fantasía estúpida: los tres con los pantalones remangados riéndonos y jugando a perseguirnos por la orilla.

También me gusta la escena del padre en la bici llevando a mi hijo detrás; una imagen que veo a menudo. Sin embargo, cuando me paro a pensar qué hubiera pasado si alguno de mis exnovios la hubiera llevado a cabo, se me corta la respiración de golpe. Creo que todos ellos se habrían estampado en algún bordillo a los diez metros de salir de casa, y no es que insinúe que no me fío de los hombres con los que he salido, es que lo afirmo rotundamente.

Otra situación que me fascina es la del padre contándole un cuento al niño en la penumbra de una acogedora habitación con pósters de animales, lámparas con dibujos, una alfombra de colores y flores en el balcón (la decoración que he elegido podría generar un trastorno psicológico a ambos debido al exceso de estímulos visuales).

Otras veces sueño con llegar a casa y encontrarme al padre de mis hijos haciendo una tarta sorpresa para mí con el delantal manchado de caramelo y nuestro hijo pequeño en brazos, mientras la niña mayor termina de dibujar un enorme corazón de chocolate. Y encima ha hecho la cena para todos, ha limpiado la cocina, ha puesto la lavadora y ha planchado (y todo esto con el niño pequeño en brazos). Y luego cenamos los cuatro para celebrar mi vigésimo quinto cumpleaños (es mi fantasía y cumplo la edad que me da la gana).

Tampoco pido tanto, ¿no? Sólo busco a un hombre que sepa lanzar una pelota, montar en bici, leer, ponerse un delantal y coger a un niño en brazos. Ni siquiera hace falta que lo haga todo a la vez, no estoy exigiendo que lea un cuento en bici con el niño en brazos mientras lanza una pelota con el delantal puesto.

Cuando en el fondo lo que estás buscando es un padre para tus hijos, cada detalle acaba por parecerte decisivo. De pronto, todo gira en torno a esos hijos que no tienes y ese padre que no existe, pero como buena madre preventiva que eres no hay que despistarse.

Pongámonos en situación:

Salgo a cenar con un tío encantador que sufre de alopecia. A mí no me supone ningún problema la falta de pelo, pero ¿es hereditaria? Ya estoy oyendo a mis hijos, calvos con veinte años, recriminándome: «Qué, ¿no podrías haberte enrollado con uno que tuviera pelo? ¡Mira lo que nos has hecho!». Cuando ya nos hemos sentado a una romántica mesa, a la luz de las velas, en vez de preguntar «¿pedimos un vino blanco?» me sale «¿la alopecia es hereditaria?». Y tras la cena y la típica charla de primera cita, con temas tipo «¿hay casos de esterilidad en tu familia?», «¿alguna enfermedad genética que recuerdes?» y preguntas así, cotidianas, para ir conociéndonos, decidimos marcharnos.

Salimos del restaurante, él lo hace primero y deja caer la puerta al pasar. Yo no doy crédito: ha dejado caer la puerta en lugar de sujetármela. ¿Qué clase de padre haría eso? ¿Y si la puerta les cae a mis hijos en la cara? ¿Qué pasará cuando lleve a urgencias a mis hijos calvos porque la puerta se les ha incrustado en la cara? Al contemplar el panorama llamarán a los servicios sociales y me dirán: «¿Cómo se ha atrevido a tener hijos con un hombre que deja caer la puerta sin sujetarla? ¿Qué clase de madre es usted? Lo siento, pero nos vemos obligados a retirarle la custodia».

El entorno

Es curioso cómo cuando comento con algunas personas mi deseo de ser madre soltera, muchos me dicen que si no tengo pareja podría adoptar, «que hay un montón de niños huérfanos en el mundo». Y es verdad. Pero por ese mismo motivo también podrían adoptar ellos en vez de tener hijos biológicos, ¿no? Has tenido un hijo y ahora quieres tener otro... Adóptalo. ¿O es que eso está reservado para las que queremos tener hijos sin pareja? Adoptar desde luego que es una opción, pero no necesariamente reservada para las solteras, amigos, también para vosotros. Que parece que estáis diciendo que los niños que «sobran» porque no tienen padres son para las mujeres que «sobran» porque no tienen maridos. No sé si intuís la condescendencia que destila este argumento sobre un tema tan serio como es la orfandad.

Si cada mujer tuviera que dar una explicación convincente de por qué quiere ser madre antes de serlo, no nacería nadie. Pero claro, ese tipo de preguntas capciosas se guardan para las mujeres solas que queremos ser madres. Si tienes pareja es lógico que quieras procrear, a nadie se le ocurre preguntarle a un matrimonio por qué quiere un hijo; sin embargo, a nosotras sí, y además muchas veces como diciendo: «¿Por qué te empeñas? ¿No ves que no viene a cuento?».

Entonces ya empiezan a sugerir que lo importante es pensar en el niño y no en tus deseos, como dando por hecho que en pareja SIEMPRE se hace así pero que tú emprendes la aventura casi por aburrimiento, por no estar sola, por tener un tema de conversación con tus amigas madres. Si no tienes pareja, querer tener un hijo es egoísta. Si tienes pareja, nadie se va a plantear si estás siendo o no egoísta. Os juro

que la próxima vez que me encuentre en esta situación pienso reforzar los prejuicios de quienes me cuestionen:

—¿Y tú por qué quieres tener hijos?

—No sé, pues por hablar de algo, ¿no? Veo a todas las madres tan entretenidas en los parques que me he dicho: YO TAMBIÉN QUIERO UNO.

Y a mí lo que me preocupa de todo esto es el mensaje social que reivindica un único modelo familiar, y que ensalza una elección de vida sobre todas las demás.

También hay quien te trata con condescendencia cuando les hablas de la inseminación, porque por lo visto la inseminación artificial es, efectivamente, artificial, y la inseminación a través del coito es inseminación auténtica. Algunos todavía se lamentan por no tener un hijo en pareja, como si tenerlo «sola» fuera una especie de traición a la naturaleza y tenerlo con tu marido fuese moralmente más digno. ¿Estamos diciendo con esto que todas las relaciones entre hombres y mujeres son auténticas? ¿En serio? ¿Y si hacemos memoria y recordamos algunos de nuestros encuentros sexuales seguiremos pensando lo mismo? Lo dudo.

Porque el sexo puede depararnos grandes experiencias, pero algunas veces se convierte en la respiración asistida de relaciones que murieron tiempo atrás, en una estrategia para ser aceptados, en una intención de manipulación, un desahogo hormonal estrictamente personal, un trámite para ahuyentar la soledad, una lucha de poder, el invento de un deseo que ya no tienes para mantener una relación que ya no existe, o en parches que cubran nuestras carencias a costa de las de los demás. (Para más información, consúltese el capítulo «Sexo en Nueva York»).

Esta sensación de ir por detrás del ritmo supuestamente natural de la mujer no sólo la alimento yo, no, también tengo amigos con una gran sensibilidad y psicología que al enterarse del último embarazo me dicen cosas como «que te estás quedando sola, que sólo faltas tú, que ya tienes una edad...». Sí, tengo una edad y el año que viene tendré otra, y es asunto mío lo que haga con ellas.

El problema que encuentro en mi entorno es que los hijos de mis amigas han nacido prácticamente a la vez y así serán amigos y jugarán juntos. El mío estará solo, sin amigos de su edad, y al ser el más pequeño los otros niños no le harán caso. Entonces, el pobre sufrirá un terrible trauma por sentirse desplazado y tendrá que acudir a una terapia. Y entre las clases extraescolares a las que acudirá, que serán muchas porque abarcarán todas las actividades que yo no pude realizar en mi infancia, más el psicólogo, me saldrá carísimo.

Dios mío, tengo un hijo traumatizado antes de quedarme embarazada. Pero ¿qué clase de madre soy?

La obsesión

Lo malo es que, si esto se tornase en pensamiento obsesivo, yo sería perfectamente capaz de experimentar un embarazo psicológico. Pero no me quedaría

ahí, no, no soy de ésas. Si tuviera un embarazo psicológico, iría con ello hasta el final y con todas sus consecuencias. Una vez concebido el futuro bebé psicológico, tendría dos opciones. Podría decidir ser una madre soltera tranquilamente o empezar a buscar un padre para mi hijo nerviosamente. Esto último en caso de que decidiera que mi hijo imaginario necesitase un padre real, porque también podría escoger un novio psicológico, que es lo que llevo haciendo toda la vida... Por eso suelo estar aparentemente sola.

Al supuesto padre le contaría la noticia de que estoy embarazada, pero no entraría en minucias acerca de si el embarazo es psicológico o no, porque no se trata de abrumarle con detalles absurdos. Como soy muy responsable y una excelente madre en potencia, asistiría desde el principio a clases de parto sin dolor. Puede que alguien piense que me precipito en esto, pero digo yo que cuanto antes empiece mis clases menos me dolerá después, ¿no? Así debe de ir la cosa.

Luego hablaría con otras madres en los parques para tantear cuáles son las mejores guarderías, visitaría unas cuantas y hablaría con todos los profesores, muy preocupada por la educación de mi hijo psicológico. Todo esto alternado con trastornos hormonales, emocionales y alimenticios, náuseas, dolor de espalda, hinchamiento de tobillos y cansancio permanente (visto así se le quitan a una las ganas). En los días en los que me encontrara mejor físicamente me lanzaría a comprar cucos, cunas, carritos, complementos y todo lo necesario e innecesario (porque está claro que la mitad de las cosas, siendo sinceras, sobran) para el mantenimiento de cualquier niño, sea psicológico o no, que no es plan de discriminar a nadie. En el momento oportuno solicitaría la baja por maternidad. Eso contando con que estuviera contratada en alguna empresa para entonces, que no tiene por qué ser el caso. Claro que, si mi embarazo fuera psicológico, mi trabajo también podría serlo; la psicología no tiene límites y por lo visto yo tampoco.

Y para rematar cambiaría de casa y alquilaría un piso más grande con un bonito y luminoso dormitorio para el bebé que decoraría con todos los peluches que me han regalado mis ingenuos amigos y familiares creyendo que estoy embarazada.

Pero vamos, yo sé que no me conviene agobiarme con este tema. Voy a tener que relajarme (tic-tac) y esperar el momento adecuado para hacerlo (tic-tac). Cada cosa a su tiempo (tic-tac). Si tiene que ser, será (tic-tac). Espero no estar volviéndome loca (tic-tac). Vosotras también lo oís, ¿no?

UNA CASA EN EL CAMPO CON MUCHOS CABALLOS

En los últimos años, mis fantasías sobre maternidad ya no iban dirigidas a tener hijos en pareja sino sola y, visto lo visto, tiene toda la pinta de que va a acabar siendo así. Pero esto no evita que, aunque haya dejado de fantasear con el padre ideal, lo haga igualmente con un «yo ideal» o con una vida supuestamente ideal que no tiene

nada que ver con la mía.

Por ejemplo, la idea romántica de vivir fuera de Madrid me gusta mucho y, aunque soy enfermizamente urbana, en el fondo hay una parte de mí que se ve sin problemas en una bonita casa de campo con desván, jardín, chimenea y una cocina rústica.

Me imagino a mí misma con un jersey de lana de cuello alto color crudo que me queda muy bien, unas botas camperas, las mejillas sonrosadas por la vida sana y el pelo ondulado al viento en mis paseos por la huerta. Por las mañanas voy con mis hijos (que no tengo) a hacer la compra a una tiendecita que regenta una entrañable pareja de ancianos en mi cuatro por cuatro (que tampoco tengo), y saludo con la mano a los simpáticos vecinos del pueblo que tanto me aprecian.

También tengo un perro (que me dan miedo) grande, y una guitarra (que no sé tocar) con la que amenizo las reuniones de amigos frente a la chimenea (que no sé encender), cantando canciones de Dylan y de Simón & Garfunkel (porque inglés sí que sé).

En mi fantasía sé reconocer a primera vista los distintos tipos de árboles y plantas, voy a por setas en los días lluviosos, distingo a los pájaros por su plumaje, y al caer la noche despliego todo mi conocimiento en astrología (que en realidad consiste en saber que la Osa Mayor tiene forma de cazo) y les hablo a mis hijos de las constelaciones antes de dormir.

Tengo una huerta, tengo una granja, tengo caballos, tengo pollos, tengo vacas (tengo un estrés de la leche, y yo que me vine al campo para vivir relajadamente...) y tengo una escopeta por si acaso se acercan los lobos y se comen a mis gallinas. Es cierto que no sólo no sé usar una escopeta, sino que ni siquiera he visto nunca una de cerca; pero bueno, eso los lobos no lo saben.

En las tardes de primavera me quedo tranquilamente en la mecedora del porche tallando madera y canturreando un blues, mientras espero a que mi marido vuelva de trabajar duramente en el campo porque de repente, no sé cómo, me he convertido en una granjera de Luisiana. Yo lo único que quería era una discreta casita en la sierra y estoy a un paso de lanzarme a recoger algodón en compañía de otras esclavas negras.

MADRES

Inevitablemente, cuando deseas ser madre te paras a pensar (aunque hay quien lo piensa en marcha, y así va el mundo) en si serás el tipo de madre que ha sido la tuya y en la relación que tienes con tus padres.

Llega un día en el que te das cuenta de que tus padres no son invencibles; no son los que más saben y tampoco son perfectos. Ese día que le regalas un ordenador portátil a tu madre y le tienes que explicar que puede moverlo de la mesa, porque es PORTÁTIL. Lo mismo sucede con el teléfono móvil, que no tienes que pararte en seco

cuando te llaman porque es, como su propio nombre indica, ¡MÓVIL!

Cuando descubrí de verdad que mi padre no era Superman yo tenía diez años. Estábamos juntos en el parque de atracciones y a mí me daba terror subir en la montaña rusa, pero él insistió en que montáramos a fin de que le perdiera el miedo de una vez por todas. Subimos los dos, me divertí mucho y efectivamente les perdí el miedo a las alturas y al movimiento del gusano gigante aquél. Cuando bajamos de allí yo insistí en montar de nuevo, pero cuando me di cuenta mi padre estaba vomitando discretamente detrás de un árbol. Ahí lo vi claro: mi padre no es Superman. Y si mi padre, que es el hombre más importante de mi vida, no es Superman, ¿qué puedo esperar del resto de los hombres? Supongo que si mi padre hubiese intuido que ésa sería mi conclusión y mi condena tras la anécdota del parque de atracciones, habría optado por llevarme al cine o a alguna otra actividad sencilla, para así conservar mi nivel de fascinación.

Pero a estas edades ya las ves venir, ya sabes que algún día tomarás el relevo de la familia. Que no vas a ser siempre hija, que te va a tocar ser madre, en el mejor de los casos, aunque a este paso igual soy directamente abuela... ¿Se puede hacer eso? Que según dé a luz la comadrona me diga: «¡Enhorabuena, señora, ha tenido usted a su nieto!».

Creo que me siento dispuesta para el relevo cada vez que, atentos a la estupidez del día, consigo hacer un plato de cuchara. Ahí me veo yo muy ama de casa, muy capaz, muy resuelta. Como si poner cosas en una olla me convirtiera en una mujer madura, con decisión y una enorme capacidad de liderazgo. Hago un buen cocido y me digo: «Bien, Bárbara, ya puedes ser la cabeza de una familia numerosa si te da la gana». Me imagino a mí misma vestida con un delantal y un pañuelo en la cabeza sirviendo platos en el patio de una villa siciliana, con una mesa de veinte personas gritando y yo encargándome de todo; el vino, la comida, la conversación, los negocios familiares (no me preguntéis cómo he llegado a ser el protagonista de *El padrino*, porque esto me pasa a menudo y yo también me pierdo en el camino). Y ahí ya me agobio, hombre, porque una cosa es hacer un cocido para familiares o amigos y otra montar un restaurante o encabezar la Mafia italiana.

De todas maneras, sin ser ningún desastre para la casa y la cocina, reconozco que no me interesan nada estas tareas y que soy una inútil en algunas de ellas. Por ejemplo, odio hacer la compra.

Cuando las otras clientas me observan en el mercado, siempre creo que estoy pidiendo mal; mal la mercancía, mal las cantidades, mal la pronunciación de los alimentos, mal. Si compro mandarinas, me parece estar escuchando a mis espaldas: «¿A quién se le ocurre pedir mandarinas? ¡Si todo el mundo sabe que no es época de mandarinas!». Entonces tartamudeo en cada frase, lo que no agiliza precisamente las compras e impaciente todavía más a las clientas. Estas señoras se pasan la mañana contándoles su vida a los tenderos, ¿qué más les dará que dude un minuto antes de pedir unas pechugas de pollo? (¿Será época de pechugas de pollo?).

Tampoco retengo los precios, y como quiero hacerlo todo muy rápido para volver a casa cuanto antes, soy capaz de pagar lo que me digan sin haberlo calculado:

—Un kilo de tomates, dos lechugas y un plátano. Son trescientos euros.

—Bien, cóbrese.

Y a mí no se me puede decir eso de «¿qué más te pongo?», porque tiendo a seguir añadiendo alimentos por miedo a decepcionar al frutero. Pero cuando sigue insistiendo tras haberme vendido fruta y verdura como para alimentar a todo mi distrito, me dan ganas de increparle:

—¿Cómo que qué más? ¿Es que eres insaciable? ¿Tengo que pedirte un órgano para que dejes de preguntar? Venga, pues ponme un riñón y acabemos con esto.

A veces, para fingir seguridad y evitar que las señoras se nos cuelen, algunos nos lanzamos a pedir cantidades que hemos oído pero que no sabemos cuánto son:

—Ponme cuatrocientos gramos de jamón de york.

Observas horrorizada al charcutero mientras sigue cortando, porque sabes que nunca te dará tiempo a comerte todo ese jamón, pero ya no puedes echarte atrás por dignidad.

Y si sólo fuera esto... Pero no. Cuando mi hijo hipotético esté a punto de perder un botón, me acercaré corriendo a cámara lenta gritando «noooooooooo» en plano cenital, para evitar que se desprenda del todo, simplemente porque ¡tampoco sé coser!

Hay una cosa en la que todas las hijas coincidimos y es que, por mucho que queramos a nuestras madres, sabemos que tienen una especial habilidad para sacarnos de quicio con el mínimo esfuerzo posible. No hay más que oír cómo se contesta a una madre por teléfono:

Riiiiiiiiing.

—DIME.

Si mi madre me llama y no contesto, ella me imagina atropellada por un coche. Si me llama por segunda vez y tampoco contesto, me imagina atropellada por un camión. Y si no contesto una tercera vez me imagina bajo las ruedas de un coche, seguido de un camión, seguido de un tren de alta velocidad que pasaba por allí.

Hace no mucho me fui con unos amigos a una casa aislada en la montaña. La gracia era ésa: estar aislados en la montaña. Pero mi madre no podía resistir que no tuviera cobertura y acabó pidiéndome el teléfono fijo y el nombre del pueblo más cercano, y si me descuido es capaz de investigar los centros de salud de los alrededores, el número de la Guardia Civil (me refiero al móvil particular de cada miembro) y los currículum de los médicos de guardia. Pero, tras echarle la bronca por la exageración, me encuentro preguntando en el bar del pueblo cuál es el número de emergencias de la zona ante la mirada atónita de mis amigos. Aun así, no puedo culparla porque reconozco que tengo gran parte de responsabilidad en su preocupación. La de veces que la pobre ha recibido una llamada desde un hospital y los disgustos que le he dado lo explican todo bastante bien.

Quizá por todos esos disgustos que van acumulando, las madres son expertas en inculcar nuevos temores a sus hijos. Por ejemplo, si te ven entrar en un coche con un fular largo te recordarán que Isadora Duncan murió estrangulada cuando su fular se enganchó en las ruedas del coche. Da igual que tú te estés metiendo en un Seat Panda, ellas tienen esa imagen clara y te la repetirán hasta que seas tú misma la que se meta con temor en el coche, no vaya a ser...

Ya sabéis ese clásico de la madre preguntando a su hijo si lleva una muda limpia por si tiene un accidente, ¿no? Y hombre, que esta señora piense que su hijo pueda tener un accidente cada día, ya mal, pero que lo que más le preocupe sea que el equipo médico compruebe que ante todo es un herido limpio, es surrealista.

En la cocina también he adquirido el comportamiento de pasiva agresiva típico de las madres, que consiste en decir las cosas sin decirlas. Si mi novio de turno está cocinando y hace algo de forma diferente a como lo haría yo (es decir, si lo hace MAL), en vez de decir abiertamente «pon un poco más de aceite», comento «¿sólo le pones ese aceite?». Y por no decirle «echa cebolla», le miro por encima del hombro y farfullo «ah, que tú no le echas cebolla...».

Tengo una amiga que tras tener su primer hijo recibió la visita de su madre en el hospital. Lo primero que ésta le dijo fue: «Estás gordísima, ¿no?». Ella se indignó, obviamente, pero unos días después se encontró a sí misma diciéndole a su novio: «Vaya tripa estás echando, ¿eh?».

PUES EL MÍO YA CASI ANDA

Las visitas a los bebés de mis amigas también son un tema. Es curioso pero todos son muy especiales, o eso dicen sus madres. Yo no puedo contradecir sus argumentos porque en el fondo a mí también me lo parecen, pero nadie habla objetivamente en estas circunstancias. Así que ellas están casi convencidas de que han dado a luz una reencarnación de Buda y que los demás niños son de lo más vulgar.

«Los niños no ven cuando acaban de nacer, pero EL MÍO SÍ ME VE».

«Los niños apenas tienen fuerza en las primeras semanas, pero LA MÍA YA CASI SE PONE DE PIE».

«Es verdad que tardan un poco en hablar, pero oye, mi hijo YA DICE COSAS».

Sólo les falta decir: «Ya sé que los seres humanos no pueden realizar este tipo de actividades, pero... MI HIJO SOBREVUELA LA CIUDAD POR LAS NOCHES SIN NECESIDAD DE CAPA NI NADA».

Sé que seré una madre con defectos, porque soy un ser humano con muchos de

ellos, aunque confío en tener una versión mejorada de mí misma para cuando llegue el momento de tener a mis hijos (por falta de tiempo NO VA A SER).

Y hasta que llegue ese momento, aquí sigo, a mis cuarenta años, sin apenas certezas, pero con un montón de dudas, un montón de preguntas y, sobre todo, un montón de lonchas de jamón de york en la nevera.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

En este capítulo dedicado a la maternidad es necesario pasar un test que nos demuestre cuán preparadas estáis para afrontarla. Entendedlo, es por el bien de vuestros hijos hipotéticos.

1. ¿Quieres ser madre?

- A. Sí, pero sin obsesionarme.
- B. Sí, pero en plan muy obsesivo.

2. ¿Por qué quieres ser madre?

- A. No lo sé, es un sentimiento demasiado íntimo como para expresarlo en palabras.
- B. Para que mi entorno deje de preguntarme que «yo para cuándo».

3. ¿Qué tipo de madre piensas que serías?

- A. Responsable pero relajada.
- B. De las que cuando sus hijos les llevan la contraria dicen «ay, qué ganas tengo de morirme», y luego lloran en un sillón.

4. ¿Cuál crees que será la decisión más importante que deberás tomar como madre?

- A. Decidir qué educación quiero darles a mis hijos.
- B. Decidir a qué internado debo mandarlos en cuanto aprendan a andar.

5. ¿Qué sientes cuando coges a un bebé en brazos?

A. Un amor infinito.

B. Una contractura inminente.

6. ¿Qué estarías dispuesta a sacrificar por la maternidad?

A. Lo que sea necesario.

B. Nada. ¿Por?

¿Qué más se puede añadir?

9. NOVIA A LA FUGA

¿Y si tu vida no se parece en nada a lo que habías planeado? ¿Y si es todavía mejor?



¿Sabes lo que te digo? Que igual estás sola porque quieres. Que quizá todavía no hayas tenido el valor de aceptar que tu vida sin una pareja te gusta. A veces una siente el vértigo cuando comprueba que disfruta de su soledad y de la ausencia de obligatoriedad que implica un novio. Siente el vértigo porque toda la vida se imaginó a sí misma en unas circunstancias que parecían inamovibles y resulta que ahora no responden a la realidad.

Y, por otra parte, es un alivio comprobar que no lo controlamos todo, que suceden cosas más allá de nuestros deseos y que lo que nos queda por recorrer nos depara sorpresas que no forman parte de nuestros estáticos objetivos, formulados en el pasado probablemente desde un esquema social, y no desde una actitud guiada por la inteligencia o la emoción real.

El otro día, viendo un programa de crónica social, me di cuenta del hallazgo de los reporteros, sin que ellos mismos fueran conscientes, cuando le preguntaron a la famosa de turno si su corazón estaba «ocupado». De repente, visualicé mi anatomía como si se tratara de un mapa en plena guerra mundial. Los territorios ocupados están sometidos, la ocupación es una invasión, no sé si me explico. Por eso yo no quiero tener mi corazón OCUPADO por nadie. ¡No quiero a un soldado alemán invadiendo mi Polonia!

Cuando echo un vistazo a mi vida desde la infancia hasta ahora, descubro la importancia que han tenido primero los niños, luego los chicos, luego los hombres y últimamente los señores.

Pero, por mucha vergüenza que me dé reconocer esto (de perdidos al río), en el

sexo opuesto no buscaba sólo el amor o lo que fuera eso, sino confirmar mi propia valía a través de los demás. Así es como funcionan a veces tanto las amistades como las relaciones de pareja. Y sabemos que no es la forma más sana de relacionarnos, pero estamos en un estado un poco primario emocionalmente hablando (disculpá el mayestático, pero así me siento acompañada).

Por eso nos parece tan importante contar con la aprobación —y a ser posible la admiración— de los demás. Aunque esto tiene el riesgo de convertirnos en unas egocéntricas que utilizan el mundo para observar su propio reflejo. Yo, otra cosa no, pero de egocentrismo sé bastante. Yo, yo, yo sé bastante de egocentrismo.

Ahora creo o espero estar mejor de lo mío, pero hubo una época en la que cuando escuchaba una canción me dedicaba a imaginarme a mí misma como cantante, guitarrista, bajista o batería del grupo, el instrumento que más relevancia tuviera, claro, que para eso era mi fantasía. Creo recordar que era adolescente (o eso quiero pensar). Pero eso no es lo peor (que ya es), es que también imaginaba quiénes asistían al concierto, y solían ser esos hombres a los que me hubiera gustado conquistar y otros que quedaron en el camino, tipo exnovios o chicos que me habían rechazado.

Otras veces protagonizaba mentalmente un acto heroico en presencia del tío que me gustaba. Esta fantasía iba orientada a salvar a alguien de las llamas, evitar un atropello o reanimar a un desconocido tras un terrible accidente. Imaginaba cómo despejaba el círculo de curiosos que se había creado alrededor (formado por varios hombres atractivos, como si fuera una secuencia de *Rebeldes*) y soltaba frases tipo: «Dispérsense, aquí no hay nada que ver», mientras le salvaba la vida al enfermo con una mano y con la otra me encendía un cigarro. Y todos fascinados CONMIGO, por supuesto.

En la adolescencia era bastante voluble, y si veía *Dirty Dancing* soñaba con llegar a una discoteca donde la gente hacía hueco para que yo bailara y entonces me colocaba en el centro de la pista y comenzaba una coreografía perfecta. Los asistentes murmuraban, me admiraban, y luego yo me marchaba como si nada porque en el fondo era humilde y no le concedía importancia a mi protagonismo.

Y si veía *Karate Kid* quería hacer karate simplemente para dejar atónitos a mis compañeros de clase y a mi orgulloso entrenador oriental. El deporte en sí me importaba un pito, lo que buscaba era reconocimiento.

Lo grave es que esta estupidez egocéntrica todavía parece funcionar a veces: uno mola en función de que los demás piensen que molas (sí, tengo cuarenta años y sigo utilizando el verbo *molar*).

Y creo que ésta es una de las claves de desear con tantas fuerzas un novio a nuestro lado, una persona, supuestamente incondicional, que nos confirme que valemos la pena. Es estúpido y ruin. Sobre todo, porque así acabamos relacionándonos todos con todos por puro utilitarismo. «Yo te valoro a ti si tú me valoras a mí. ¿Hay trato?».

Sé de amigas que a estas alturas se acuestan con desconocidos porque no quieren

dormir solas. Amigos que mantienen relaciones muertas, aterrados ante la idea de quedarse solos. Amigos que alimentan supuestas amistades por miedo a pasar los días solos. Personas que llaman a otras simplemente porque se aburren. Personas usadas por otras personas incapaces de gestionar su soledad.

La soledad más intensa es precisamente la que más se esconde, la soledad disfrazada de vida social, de relación sentimental, de cómplice que nunca llegará a ser amigo. En la intimidad de nuestro pensamiento más sincero, ¿cuántas relaciones mantenemos por comodidad? ¿Cuántas por conveniencia? ¿Cuántas por miedo? ¿Cuántas de ellas por compasión? ¿A cuántas personas utilizamos y por cuántas de ellas somos igualmente utilizados? Usar a los demás como un medio para conseguir nuestros fines es una práctica tan cotidiana que uno ya no se detiene a distinguir entre las verdades y las mentiras de su propia vida.

Hay relaciones que duran diez años en las que habría bastado con cinco. Relaciones de seis años en las que habría bastado con dos, relaciones de una noche en las que habría bastado con una caña, e incluso relaciones en las que habría bastado con no relacionarse. Creo que uno en el fondo sabe cuándo permanece en una historia por compasión o dependencia, y creo también que a todos nos da miedo estar solos, y acabar solos, y ante eso preferimos sumergirnos en un sucedáneo de vida y hacer como que todo va bien. Pero no somos tan imbéciles. (Bueno, hay quien sí. Yo, sin ir más lejos, a veces lo soy un poco... Y si voy más lejos ya lo soy bastante). Sabemos lo que hacemos, y si decidimos indagar un poquito, sabemos los porqués. Pero ¿cuántas experiencias estamos ignorando? ¿Cuántas cosas podrían estar sucediendo si camináramos libres y sin escudos de protección?

UN NOVIO PARA *BARBIE*

Lo malo es que los escudos los vamos poniendo desde pequeños; es más, siempre hay algún adulto que te dice eso de que tienes que estudiar para «defenderte en la vida». ¿Defenderme por qué? ¿Por qué damos por hecho que nos van a atacar? Con el modelo familiar tradicional ocurre lo mismo: cuanto más se parezca nuestra vida a la idea convencional instaurada en la sociedad, más protegidos nos sentiremos.

De pequeña, mi objetivo cuando jugaba a las muñecas era que éstas tuvieran un novio. Me encantaba hacerle trajes de papel de aluminio a la *Barbie* para sus fiestas e inventarle reuniones de trabajo, pero su mundo no estaba completo si no le encontraba pronto alguien con quien descubrir las relaciones de pareja. Yo sabía que en aquella época tener una *Barbie* ya era un lujo, aunque luego descubrí que el problema no era la época sino nuestra economía familiar. Mis padres no podían cargar con los gastos que suponía enriquecer la vida sentimental de mis muñecas, así que decidí pasar a la acción y hacer lo que haría cualquiera en una situación límite: robar.

Estaba yo en el patio del colegio cuando de repente me fijé en un coche de juguete que conducía un solitario *Madelman*. Era un muñeco atractivo, con barba poblada y cara de hombre interesante y de mucho mundo interior. No lo dudé y empecé a tirar del muñeco para sacarlo del coche y llevárselo como ofrenda a mi *Barbie*. Yo tiraba fuerte, pero el muy cabezón se resistía a venirse conmigo. Finalmente me salí con la mía y me llevé el *Madelman*, aunque sus piernas se quedaron en el coche. No era mi intención lisiarlo, pero no me dejó otra opción. A partir de ese momento, mi *Barbie* tuvo un novio herido en Vietnam. Pero lo esencial estaba cubierto: TENÍA NOVIO.

También recuerdo cómo en el colegio jugábamos a «parejas y unidades». Las parejas perseguían a las unidades, y al alcanzarlas éstas eran eliminadas. Las unidades, sin embargo, sólo podían huir. Mal empezamos. ¿Es la pareja más fuerte que la unidad? Por lo visto, sí. ¿Y por qué? ¡Porque son más! ¿Sólo por eso? Que sí, que sí. Que las parejas son más poderosas que las unidades. ACABÁRAMOS.

Los juegos infantiles son, claramente, un reflejo del funcionamiento social. Recuerdo aquella canción que cantábamos las niñas cogidas del brazo, «al jardín de la alegría quiere mi madre que vaya, a ver si me encuentro un novio, el más bonito de España».

Uno: ¿por qué limitar la búsqueda a España? ¿Acaso no tenemos derecho a un novio extranjero?

Dos: ¿la alegría está estrictamente ligada a encontrar novio? Eso nos cuentan.

Éstas son las cosas que llevamos oyendo desde los cinco años, y ahora resulta complicado quitárselas de la cabeza y pensar que la pareja es una opción más, pero no la única.

UNO MÁS UNO

No estar en pareja no es un fracaso social, porque la pareja no es nada. No somos dos, somos uno más uno. Puede que te apoyes en otro, que te acompañes, que cuentes con el otro, pero la vida sigue siendo un camino personal. Estar con otro puede hacerte el día a día más fácil, o más difícil. Puede empujarte a aprender, o a agazaparte para siempre y no sacar la cabeza de tu nidito de «amor».

Estar con otro puede ser una experiencia maravillosa, pero estar solo también. Las emociones son individuales, incluso el amor es un sentimiento personal que se comparte, pero no por eso deja de ser individual.

Hay una frase de Antoine de Saint-Exupéry que dice así: «Amarse no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en la misma dirección».

Todos hemos pasado por alguna ruptura en la que tus amigos, en pareja, intentan consolarte (curiosamente, suelen sentarse juntos al otro lado de la mesa, evidenciando tu soledad) y te dicen que no debes preocuparte, «seguro que encuentras a otra

persona». Sin embargo, a nadie se le ocurre decirte: «No te preocupes, sola puedes estar estupendamente». ¿Por qué? ¿Por qué no asumimos de una vez que en el jardín de la alegría no hay sólo novios nacionales esperando nuestra llegada sino experiencias más allá del modelo social?

Animo enérgicamente a que le echemos un poco de valor y salgamos de la ficción social y el espejismo afectivo. Salgamos del escondrijo vital y pongámonos a prueba en nuestra soledad.

Para mí este discurso es peligroso porque, como dicen algunas amigas, me he convertido en una adicta a romper. No soy una psicópata (creo), simplemente siento que cada relación que termina me indica que estoy haciendo lo que debo, y estar haciendo lo que debo me produce satisfacción. ¿Quiere decir esto que hay que romperlo todo? No, pero si me detengo a reflexionar sobre las relaciones que he tenido, casi podría afirmar que sólo una o dos han sido positivas para ambos. Y cuando digo positivas me refiero a que nos hemos impulsado, a que ha habido más cariño y alegría que inseguridad y resignación. Me refiero a hombres que no han tratado de retenerme por encima de todo y a los que yo no he intentado manipular en función de mis intereses. Porque cuando nuestros sentimientos están tan relacionados con los del otro, ¿cómo de real puede ser eso? ¿De verdad puedo llamar amor a algo que si no es correspondido se transforma en odio?

Imagino que no soy la única a la que le ha pasado eso de enamorarse de alguien que no se enamora de ti. ¿No? Si a vosotros no os ha pasado, que sepáis que a mí tampoco... Era por hablar de algo...

Centrémonos entonces en esos pobres desgraciados que se han visto atrapados en un desencuentro emocional alguna vez. Lo que de verdad quiero saber es el porqué del sufrimiento al no ser correspondido. Más allá del despecho, el ego, la rabia, la humillación, la tristeza, el vacío... Vale, igual no hay que ir mucho más allá para entenderlo, pero insisto: ¿qué sucede en el fondo? Pues lo de siempre; el terror a la soledad, que en cada rechazo aumenta y se hace más palpable.

¿Y sabéis por qué creo que ese terror es la base de todo esto? Porque nos aliviaría mucho saber que, a pesar de que la relación no prospere, ese individuo insensato que ha osado rechazarnos —¡a nosotros!— en realidad sí nos ama, pero (comienza aquí el *Greatest Hits* de excusas para no asimilar un rechazo): «Es muy tímido y no es capaz de expresar lo que siente, tiene un bloqueo emocional y no es capaz de expresar lo que siente, tiene miedo al compromiso, está en un momento muy distinto al tuyo, es que es muy infantil, acaba de salir de una relación tormentosa, tiene demasiado trabajo, es que le das miedo...». (Me niego a creer que yo le dé miedo a ningún hombre a no ser que le persiga con un picahielos por la casa..., que todo se andará).

O sea, que nos aliviaría mucho saber que, aunque la compañía no sea física, hay alguien ahí para nosotros. Por eso creo que necesitamos más que nos quieran a querer, por eso creo que necesitamos más que deseen estar con nosotros a desear estar con los demás. Cualquier cosa para evitar esa amenazante soledad, que tememos nos

esperará sonriendo con sadismo y acariciando un gato persa en un sillón de orejas al final de nuestro camino.

TU ÚLTIMO TREN

Yo me pongo enferma cuando las cosas no fluyen, tengo esa enorme capacidad de somatización. Por eso, cuando alguien me pregunta cómo puedo ser tan insensible después de mis rupturas, tras las que paso página con bastante facilidad, contesto que, además de la experiencia (ya tengo muchas rupturas a mis espaldas), éstas me suponen una liberación. No porque el otro me tenga secuestrada, pobre, no es el caso, sino porque me tengo secuestrada a mí misma. Tengo una parte de mí depositada en otra persona que no está siendo capaz de gestionarla, al menos no como yo necesitaría que lo hiciera. Y no le puedo pedir más, cada uno hace lo que puede, pero al menos sí puedo intentar encontrar la valentía para enfrentarme a mí misma y descubrir si mantengo la relación por «amor» o por miedo. ¿Miedo a qué? A que cada hombre que aparece más allá de los cuarenta años porte un cartel que rece SOY TU ÚLTIMO TREN.

La sensación que me produce la expresión «el último tren» es casi anacrónica. Imagino cómo espero en el andén con mis maletas de cuero mientras me sujeto la pabela para evitar que el viento la arrastre (la imagen es tipo *Orient Express*, que mola más). Llega el tren y subo a duras penas con mi equipaje. El revisor, con un bigote muy Hércules Poirot, toca el silbato y mete prisa a los viajeros. Me sitúo junto a la ventanilla mientras algunos pasajeros recorren todavía los pasillos en busca de su asiento.

A mi lado se acomoda una señora muy grande que me mira de arriba abajo con suspicacia. En el vagón restaurante ceno sola y observo a la gente comer en silencio. No se oyen risas, no percibo miradas amables y los camareros me sirven con brusquedad. Se me cierra el estómago. Hay algo en el ambiente que me hace dudar. ¿Es éste el tren en el que quiero viajar? Y si lo es, ¿por qué siento este desasosiego?

Pero no pasa nada, pienso, si no deseo continuar el viaje basta con bajarme en la próxima estación. El revisor, que ha escuchado mis pensamientos, me advierte de los riesgos que corro. Los pasajeros dejan de comer y me escudriñan. Entre todos intentan convencerme de que quizá no exista otro tren. Debería conformarme con éste y dejar de buscar, porque me arriesgo a quedarme en tierra mientras los demás continúan su camino.

El convoy se detiene. La gente sigue mirándome con curiosidad. Trago saliva. El revisor hace sonar el silbato sin perderme de vista. Todos confían en que no voy a bajar, es lo más sensato. De repente, un arrebató me conquista y salgo corriendo, dejando incluso mi equipaje en el compartimento. Por las ventanillas veo los rostros atónitos de los pasajeros; algunos me dedican una mirada de condescendencia, dando

por hecho que voy a quedarme sola en el andén, a la espera de un tren que jamás llegará.

No existe un último tren, y parece que este absurdo sólo fomenta que nos enganchemos a quien se ponga a tiro para evitar quedarnos abandonados en una gélida y remota estación.

Hay un huevo (lamento la expresión, pero así rebajo trascendencia un momento) de emociones y personas por descubrir, en forma de relación de pareja o en forma de encuentros, de amantes o de amigos. Y llegarán, no se sabe cuándo ni dónde, pero nada indica que mantener nuestras exigencias con respecto a los demás sea sinónimo de renunciar a las caricias, palabras o impulsos de esas personas que todavía no han aparecido. Y hasta que aparezcan, este andén se puede transformar en una etapa de nuestra vida en la que nos quedan muchas cosas por hacer.

Pasan trenes todos los días, pero eso no significa que tengamos que cogerlos.

MANTENER EL EQUILIBRIO

Sin embargo, parece que estar solo se ha estigmatizado.

Yo aprendí tarde a montar en bicicleta, y además lo hice bajo una enorme presión; esa que se siente cuando has oído cientos de veces que montar en bicicleta es muy sencillo y puede hacerlo cualquiera. ¿Y si podía hacerlo cualquiera menos yo? Me sucedió algo parecido cuando escuché que el ajedrez era un juego para gente inteligente. A partir de ese momento me bloqueé para siempre y llegué a ser vapuleada incluso por niños insoportablemente hábiles de siete años. Para mí, lo de la bici era igual. Yo era la única niña del *camping* en el que veraneaba que no iba en bicicleta. Aquello tenía que terminar, aunque fuera por mantener la reputación de la familia, que nunca supe muy bien cuál era pero tenía que haber una.

Tuve que lanzarme al vértigo de prescindir de los ruedines con los que aprenden los niños. No teníamos tiempo. Debía aprender rápido y poner cara de veterana para pasar desapercibida.

Mi abuela empujaba mi diminuta bicicleta por las sendas rodeadas de caravanas y tiendas de campaña mientras yo me agarraba al manillar con tanta fuerza que podría haberlo destrozado. Me sudaban las manos y mi cuerpo estaba tan rígido como una armadura medieval. La vista se me iba nublando y el paisaje pasaba frente a mí a cámara lenta. Algunos vecinos observaban el acontecimiento interesados y me animaban a pedalear.

Tras unos metros recorridos satisfactoriamente, cometí el gran error de mirar hacia atrás. Ese instante de flaqueza podía haberme convertido en una estatua de sal, como la mujer de Lot, pero lejos del castigo bíblico lo que me esperaba en aquel momento era la soledad absoluta.

No había nadie cubriéndome las espaldas. Un silencio seco se incrustó en mis

pupilas y el pánico se apoderó de mí: mi abuela ya no me empujaba. Era yo la que avanzaba sola sobre la bicicleta. Yo era la única responsable de que aquel vehículo se mantuviera en pie.

Y entonces se produjo el desastre. El miedo me hizo perder el equilibrio y me estrellé contra una tienda de campaña y un contenedor. Me lo llevé todo por delante y terminé con la cabeza en el suelo, junto a varias bolsas de basura. Con mi trayectoria como humorista involuntaria, no me extrañaría nada que en aquel momento se encontrara observando la escena uno de mis múltiples amores platónicos del verano.

El caso es que no fui capaz de mirar a mi alrededor para comprobarlo. Con las rodillas ensangrentadas, la cabeza hundida y la dignidad desollada, cogí lo que quedaba de aquel objeto diabólico y me marché.

Para mí, aquello fue una metáfora de lo que me esperaba. Era mi entrada en la vida adulta. Tenía diez años, pero ya había aprendido las claves que rigen la existencia de los mayores.

En la vida estás solo. Como mucho hay alguien para darte un empujón, pero la responsabilidad de mantenerte en pie y avanzar es exclusivamente tuya.

EL TEST DE LAS SOLTERAS

Está claro que somos exigentes con los demás, pero ¿estamos a la altura de nuestros requisitos? ¿Qué nivel de autocrítica tenemos nosotras?

Tu novio o amante te dice:

1. Eres muy egoísta, sólo piensas en ti.

A. No caigo, ¿en quién más podría pensar?

B. A partir de ahora pensaré en los dos.

2. Eres tan inmadura...

A. ¡Y tú más!

B. Dame tiempo y aprenderé a madurar.

3. Eres muy posesiva.

A. Le sueltas la mano, amoratada por la presión, y le dices: «¿Qué quieres, que te deje suelto en esta jungla?».

B. Es porque te quiero, pero no es mi intención agobiarte.

4. Eres demasiado dominante.

A. Calla y sigue masajeándome los pies.

B. Gradas por abrirme los ojos, es un rasgo de mi carácter que deseo eliminar.

5. Estás demasiado a la defensiva.

A. ¿Estás intentando dejarme?

B. Lo siento, he estado muy estresada últimamente, no volverá a ocurrir.

6. Eres muy celosa.

A. ¿Hablas conmigo o con esa camarera a la que no le quitas ojo?

B. Aprenderé a confiar más en ti.

7. Eres muy controladora.

A. No, cariño. Sólo te llamo para saber dónde estás, con quién y qué haces exactamente.

B. Es sólo miedo a perderte, pero haré un esfuerzo por relajarme.

8. Eres demasiado superficial.

A. Cómo se nota que a ti no se te ha roto una uña.

B. Mañana mismo me leo *Crítica de la razón pura* de Kant y empezamos de nuevo.

Si la mayoría de tus respuestas han sido A, estás abocada a un fracaso inevitable. Si por el contrario has elegido B, tienes toda mi admiración; eres respetuosa, solidaria, comprensiva... En definitiva, eres una extraterrestre.

EPÍLOGO: EL APARTAMENTO

Solteras a los cuarenta, ¿fracasadas o pioneras?



UN EXNOVIO: dicese de un hombre con el que mantuve una tormentosa relación, y que ahora se siente culpable por haber sido el principal responsable de nuestra ruptura y de mi sufrimiento.

OTRO EXNOVIO: dicese de un hombre con el que mantuve una tormentosa relación, y que ahora se siente culpable porque yo le he hecho creer que ha sido el principal responsable de nuestra ruptura y de mi sufrimiento.

YO: persona o similar que se aprovecha del complejo de culpa de sus exnovios para conseguir sus objetivos.

MIS OBJETIVOS: hacer una mudanza.

MUDANZA: actividad, aparentemente inofensiva, que realizan un mínimo de dos exnovios y que te sumerge en diversas crisis anímicas.

La única mudanza que compensa el estrés psicológico que implica un cambio de casa es la que simultáneamente te impulsa hacia un cambio de vida. Y con el cambio de vida no me refiero a dar la vuelta al mundo con una mochila para conocerte a ti misma. Es más, si estamos dispuestas a recorrer tantos kilómetros, es preferible que sea para conocer a otra persona que no seamos nosotras, que ya nos tenemos muy vistas.

El cambio de vida llega cuando somos capaces de dejar atrás todo lo que no necesitamos, lo que nos pesa, lo que ya no responde a quienes somos ahora.

Una mudanza es una oportunidad de limpieza física y psicológica que puede convertirse en el escenario de nuestro próximo acto; un acto sin estrenar, con infinitas

posibilidades frente a nosotras.

Las mujeres de mi generación tenemos un buen follón mental y emocional; por una parte estamos empeñadas en repetir esquemas de nuestras abuelas, y por otra intentamos liberarnos de las cadenas culturales o morales de nuestros ancestros. Nos movemos entre dos aguas y por épocas nos da por ahogarnos.

Deseamos una relación de pareja como las de antaño, pero no somos las mujeres de antaño. Necesitamos libertad e improvisación, pero a menudo no somos tan libres ni espontáneas. Quiero estar sola, pero no siempre, quiero estar con alguien, pero no todo el rato, quiero una relación de pareja que me permita tener una vida de soltera, quiero seguir soltera pero con algunas de las cosas que echo de menos de la relación de pareja.

Perseguimos objetivos que no nos corresponden, y cuando comprobamos que no funcionan lo intentamos con otros que consuelen nuestra frustración, pero que al final tampoco encajan.

Nos toca inventar alternativas, nos toca dirigir nuestros pasos hacia otro lugar, aunque todavía no sepamos cuál.

Llega el momento de explorar nuevas vías, de intentar ahuyentar la presión social, de evitar adjetivos despectivos como «solterona», de entregarnos a las relaciones sin abandonarnos, de liberar a las siguientes generaciones de tanta convención y de la idea de que si no cumples las reglas del sistema estás abocada al fracaso.

Para ser una mujer completa necesito enamorarme. Para ser una mujer completa necesito realizarme profesionalmente. Para ser una mujer completa necesito ser madre... No. Para ser una mujer completa necesito dejar de sentir que soy una mujer a medias.

Y mientras pienso todo esto, observo mi solitaria mesilla de noche. Puede que algún día aparezca su pareja, puede que no, pero prometo no dedicar lo que me queda de vida a intentar encontrarla.

Esto no va a ser fácil, dadlo por seguro, así que al menos hagamos que sea divertido.

Amigas, va por vosotras.



BÁRBARA ALPUENTE (Madrid, 1973) es guionista, columnista y escritora. Ha trabajado en *Canal Plus*, *Radio Nacional* y *Paramount Comedy*, entre otros medios. Ha sido coordinadora de gui3n y guionista de televisi3n en programas de humor y series como *Camera Caf3* y *Doctor Mateo*, y columnista durante a3os de *YoDona*. En la actualidad est3 preparando una obra de teatro y colabora en el blog *Otras pol3ticas*.